COLECCION UNIVERSAL

Núms. 1.041-1.043

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

La Dorotea

ACCIÓN EN PROSA

TOMO I





ESPASA-CALPE, S. A.

COLECCION UNIVERSAL

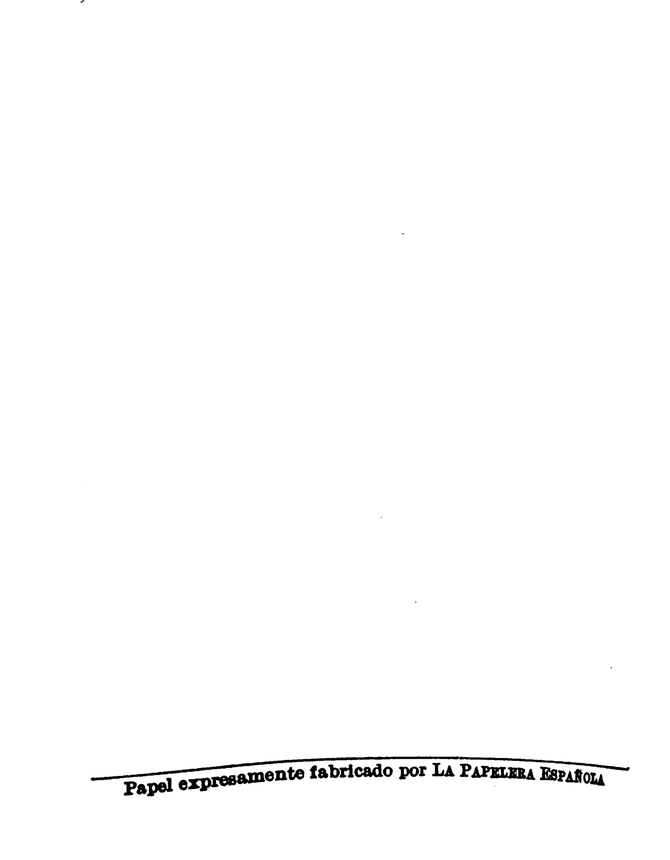
Frey Lope de Vega Carpio

LA DOROTEA

ACCIÓN EN PROSA

TOMO I

MCMXXVIII



Félix

FREY LOPE DE VEGA CARPIO

La Dorotea

ACCIÓN EN PROSA

TOMO I



ESPASA-CALPE, S. A.
1928

Talleres ESPASA-CALPE, S. A. - Ríos Rosas, 24. - Madrid.

SUMA DE PRIUILEGIO

Tiene priuilegio por diez años Frey Lope de Vega Carpio para imprimir este libro, intitulado *La Dorotea*, sin que otro ninguno le pueda imprimir ni vender sin su licencia en el dicho tiempo, con las penas en él contenidas: firmado de su magestad, y refrendado por don Fernando de Vallejo, su secretario. Fecha en Madrid a 14 de setiembre de 1632.

SUMA DE TASSA

Está tassado este libro, por los señores del Real Consejo, a quatro marauedis y medio cada pliego; tiene treinta y cinco pliegos y medio, que al dicho precio monta quatro reales y veinte y quatro marauedis. Dada en Madrid a 14 de setiembre de 1632.

FE DE ERRATAS [1]

Mager aunque, quita *aunque*, fol. 39.
De su, di *de tu*, 52.
Ha hecho, di *has hecho*, 141.
Amenaceis, di *amaneceis*, 160.
Defensadara, di *desenfadará*, 126.
La de mis ojos, di *la que de mis ojos*, 275.
Carros, di *Arcos*, 249.
Delectione, di *delectatione*, fol. vltimo.

Este libro, intitulado *La Dorotea*, con estas erratas, está bien y fielmente impresso conforme su original.
Madrid y setiembre 7 de 1632.

El Licenciado Murcia de la Llana.

1. Como curiosidad y para no omitir nada del original reproducimos esta fe de erratas.

AL ILUSTRÍSIMO Y EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON GASPAR ALFONSO PÉREZ DE GUZMÁN EL BUENO, CONDE DE NIEBLA

Escribí *La Dorotea* en mis primeros años, y habiendo trocado los estudios por las armas, debajo de las banderas del excelentísimo señor duque de Medina Sidonia, abuelo de v. excelencia, se perdió en mi ausencia, como sucede a muchas; pero restituída o despreciada (que así lo suelen ser después de haber gastado lo florido de su edad), la corregí de la lozanía, con que se había criado en la tierna mía, y consultando mi amor y obligación la vuelvo a la ilustrísima casa de los Guzmanes, por quien la perdí entonces: donde si viniere de buen semblante, será en ella alguno de los armiños de sus generosas armas; y si vieja y fea, la opuesta sierpe a la insigne daga del coronado blasón de su glorioso timbre. V. excelencia tiene el nombre de Bueno por naturaleza y sucesión de tantos príncipes que lo fueron: con esto sólo lisonjeo su grandeza, pues es título que se traslada del mismo Dios, que guarde a v. excelencia muchos años.

Frey Lope Félix de Vega Carpio.

AL TEATRO,

DE

DON FRANCISCO LÓPEZ DE AGUILAR

Como nuestra alma en el canto y música con tan suave efecto se deleita que algunos la llamaron armonía, inventaron los antiguos poetas el modo de los metros y los pies para los números, a efecto de que, con más dulzura pudiesen, inclinar a la virtud y buenas costumbres los ánimos de los hombres; de que se colige cuán agreste y bárbaro es quien este arte — que todos los incluye — desestima, respetado de los antiguos teólogos, que con él alabaron y engrandecieron — aunque engañados —, sus fingidos dioses, hasta los nuestros, con sagrados himnos, el verdadero y solo. Pero puede asimismo el poeta usar de su argumento sin verso, discurriendo por algunas decentes semejanzas; porque esta manera de pies y números son en el arte poética como la hermosura en la juventud y las galas en la disposición de los cuerpos bien proporcionados, que el ornamento de la armonía está allí como accidente y no como real substancia.

De suerte que si alguno pensase que consistía en los números y consonancias, negaría que fuese ciencia la poesía. *La Dorotea* de Lope lo es, aunque escrita en prosa, porque, siendo tan cierta imitación de la verdad, le pareció que no lo sería hablando las personas en verso como las demás que ha escrito; si bien ha puesto algunos, que ellas refieren, por que descanse quien leyere en ellos de la continuación de la prosa, y por que no le falte a *La Dorotea* la variedad, con el deseo de que salga hermosa, aunque esto pocas veces se vea en las griegas, latinas y toscanas.

Consiguió, a mi juicio, su intento, aventajando a muchas de las antiguas y modernas — sea dicho con paz de los apasionados de sus autores, como lo podrá ver quien la leyere —; que el papel es más libre teatro que aquel donde tiene licencia el vulgo de graduar, la amistad de aplaudir y la envidia de morder. Parecíanle vivos los afectos de dos amantes, la codicia y trazas de una tercera, la hipocresía de una madre interesable, la pretensión de un rico, la fuerza del oro, el estilo de los criados; y para el justo ejemplo, la fatiga de todos en la diversidad de sus pensamientos, por que conozcan los que aman con el apetito y no con la razón, qué fin tiene la vanidad de sus deleites y la vilísima ocupación de sus engaños.

Lo que resulta de ellos dijeron lepidísimamente Plauto en su *Mercader* y Terencio en el *Eunuco;* porque cuantos escriben de amor enseñan cómo se ha de huir, no cómo se ha de imitar; porque este

género de voluntad — como Bernardo siente — ni tiene modo, ni modestia, ni consejo.

Si algún defecto hubiere en el arte — por ofrecerse precisamente la distancia del tiempo de una ausencia — sea la disculpa la verdad; que más quiso el poeta seguirla que estrecharse a las impertinentes leyes de la fábula. Porque el asunto fué historia, y aun pienso que la causa de haberse con tanta propiedad escrito; yo lo he sido de que salga a luz, aficionado al argumento y al estilo. Al que le pareciere que me engaño, tome la pluma; y lo que había de gastar en reprender, ocupe en enseñar que sabe hacer otra imitación más perfecta, otra verdad afeitada de más donaires y colores retóricos, la erudición más ajustada a su lugar, lo festivo más plausible y lo sentencioso más grave; con tantas partes de filosofía natural y moral, que admira cómo haya podido tratarlas con tanta claridad en tal sujeto.

Si reparare alguno en las personas que se tocan de paso, sepa que los del tiempo en que escribió eran aquellos, y los trajes, con tanta diferencia de los de ahora, que hasta en mudar la lengua, es otra nación la nuestra de lo que solía ser la española. Aquello se usaba entonces y esto ahora, que así lo dijo Horacio, con haber nacido dos años antes que fuese la conjuración de Catilina; y más antiguas son las comedias de Aristófanes, Terencio y Plauto, y se leen con lo que usaban entonces Grecia y Roma; y entre las nuestras, más cerca de nuestros tiempos, *La Celestina* castellana y *La Eu-*

frosina portuguesa. Demás que en *La Dorotea* no se ven las personas vestidas, sino las acciones imitadas.

También ha obligado a Lope a dar a la luz púbrica esta fábula al ver la libertad con que los libreros de Sevilla, Cádiz y otros lugares del Andalucía, con la capa de que se imprimen en Zaragoza y Barcelona, y poniendo los nombres de aquellos impresores, sacan diversos tomos en el suyo, poniendo en ellos comedias de hombres ignorantes que él jamás vió ni imaginó, que es harta lástima y poca conciencia quitarle la opinión con desatinos; y así suplica a los ingenios bien nacidos y bien hablados en cuyas lenguas vive la alabanza y cuya pluma jamás se vió manchada del vituperio, que no crean a estos hombres a quien la codicia obliga a tanta insolencia, y sólo lean a *Dorotea* por suya sin reparar asimismo en aquellos ignorantes que trasladan sátiras de sus costumbres no perdonando edades, noblezas, religiones, honras ni lugares altos; hombres que no saben de los libros más de los títulos, y que al fin los dejan como cosa que compraron para engañar, y la venden porque no la han menester, aborrecidos del mundo, la escoria de él, la envidia de la virtud, émulos carcomidos de la gloria de los estudios ajenos, a quien compara san Agustín a las lagunas en cuyo cieno se crían serpientes y animales inmundos, de quien ya queda esperando que entretengan la risa de los príncipes soberanos con las lágrimas de la honra, aunque no es posible que sus divinos entendimientos crean

(en agravio de los estudios de la virtud) la bárbara lengua y pluma de la ignorante envidia, fiera a quien doran los dientes las heridas de la gloriosa fama cuando piensan que los tiñen en la inocente sangre.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, CABALLERO DEL HÁBITO DE SANTIAGO, SEÑOR DE LA TORRE DE JUAN ABAD, EN EL PRÓLOGO DE LA COMEDIA EUFROSINA

Con grande gloria de la virtud y buen ejemplo, se han escrito en España, con nombre de comedias (fuera de las fábulas), historias y vidas que a la virtud y al valor enseñan y mueven con más fuerza que otra alguna cosa como se ve con admiración en las de Lope de Vega y Carpio, tan dignas de alabanza en el estilo y dulzura, afectos y sentencia como de espanto en el número demasiado para un siglo de ingenios, cuanto más para uno solo a quien en esto siguen dichosamente muchos que hoy escriben. Etc.

EL MAESTRO JOSÉ DE VALDIVIELSO, CAPELLÁN DEL SERENÍSIMO CARDENAL INFANTE

Atentamente he visto *La Dorotea*, de Frey Lope de Vega Carpio, del hábito de San Juan, por mandato y comisión de V. A. No tiene cosa opuesta a nuestra sagrada fe y a la honestidad y decoro

de las costumbres. De su artificio y estilo, que ejemplar enseña y dulce entretiene, no me atrevo a exagerar mi sentimiento, porque los censores de los libros tienen ya quien lo sea de sus censuras, en ofensa grande de la confianza que vuestra alteza hace de sus estudios; y así diré solamente que tiene *La Dorotea* hermosura y entendimiento para salir a luz, siendo V. A. servido: que este es mi parecer, en Madrid a 6 de mayo de 1632.

El Maestro José de Valdivielso.

DE DON FRANCISCO LÓPEZ DE AGUILAR

Vi, por mandármelo el señor don Juan de Velasco y Azevedo, electo prior de Roncesvalles y vicario general de Madrid, *La Dorotea*, de Frey Lope de Vega Carpio, del hábito de San Juan y príncipe de los poetas castellanos; y hallé en ella estilo elegante y puro y tal que se puede decir justísimamente lo que en otra ocasión escribió un sabio por él:

Usque adeo ut Plauti non sit cultive Menandri
Carpiaco eloquio pulchrius eloquium.

Gusté de sabrosísimos y agudos donaires, cuadrándole muy bien lo que por él se cantó contra un infausto gramático:

Quid dignum ferula tua notasti
In Vega nitido elegantiarum
Parente omnium et omnium leporum
Omnium quoque calculis perito?

Noté, finalmente, no común erudición en las materias y ciencias que toca con grande y clara noticia dellas, mereciendo en todo rigor de justicia el grande, aunque breve, elogio de este verso:

Scientiarum Vega Carpius Phoenix

Lo que no hallé en todo el contexto fué cosa que se oponga a la piedad y doctrina católica ni publique guerra a las buenas costumbres, antes es prosa grave y versos dulces y pulidos todo lo referido. Puédesele dar la licencia que merece y suplica. Madrid 6 de mayo de 1632.

LAS PERSONAS QUE SE INTRODUCEN

DOROTEA, *dama.*
TEODORA, *su madre.*
GERARDA, *su amiga.*
D. FERNANDO, *caballero.*
JULIO, *su ayo.*
CELIA, *criada de Dorotea.*
FELIPA, *hija de Gerarda.*
CÉSAR, *astrólogo.*
LUDOVICO, *su amigo, y de D. Fernando.*
D. BELA, *indiano.*
LAURENCIO, *criado suyo.*
(MARFISA, *dama.*) [1]
(CLARA, *criada.*) [1]
(*La Fama.*) [1]
Coro de Amor.
Coro de Interés.
Coro de Celos.
Coro de Venganza.
Coro de Ejemplo.

1. Falta en el original.

ACTO PRIMERO

ESCENA PRIMERA

TEODORA. — GERARDA

GERARDA

El amor y la obligación, no sólo me mandan, pero porfiadamente me fuerzan, amiga Teodora, a que os diga mi sentimiento.

TEODORA

¿En qué materia, Gerarda?

GERARDA

De Dorotea, vuestra hija.

TEODORA

No es tanto que ella yerre como que vos lo advirtáis.

GERARDA

Como eso puede nuestra amistad antigua y el amor que la tengo.

TEODORA

Bien se conoce del afecto con que desde el principio de nuestra plática me le habéis encarecido.

GERARDA

La mayor desdicha de los hijos es tener padres olvidados de su obligación, o por el grande amor que los tienen, o por el poco cuidado con que los crían.

TEODORA

¿Puédese negar a la Naturaleza el amor de la sangre, ni el de la crianza a sus gracias, desde la lengua balbuciente hasta el discurso de la razón?

GERARDA

Puede, cuando el castigo importa.

TEODORA

En la parte de la Naturaleza, sería quebrar un hombre su espejo porque le retrata, pues el inocente cristal lo que le dan eso vuelve, y en la de la crianza, lo que sucede a los animales y aves, que se crían todo el año para matarlos un día.

GERARDA

Si el hijo retrata al padre en las costumbres, perdónele porque le parece; si no, bien puede quebrar el espejo, pues que no le retrata, que cuando vos erais moza, lo mismo hacíais con el cristal que no os hacía buena cara.

TEODORA

Eso de *cuando erais moza,* os lo pudiérais haber excusado, que ahora también lo soy.

GERARDA

Desconfío de persuadiros a lo que vengo, porque si vos os dais a entender que sois moza, mejor perdonaréis a vuestra hija sus defectos; que ningún juez sentencia animosamente, si es culpado en el mismo delito, y en vuestra edad sería poca prudencia acercarse a morir y comenzar a vivir.

TEODORA

¿Tanta edad os parece que tengo?

GERARDA

En buena fe, que es punto el de vuestros años, que cualquiera jugador le quisiera más que la mejor primera.

TEODORA

La tema de este mundo más general es quitarse años a sí, y ponerlos a los otros; y es necesidad inútil, porque lo mismo piensa a un tiempo el que se los pone al otro, y cada uno se los quita.

GERARDA

Pues yo ¿qué me quito?

TEODORA

Gerarda, Gerarda, si vos queréis haceros odiosa y que huyan de vos vuestras amigas, no hallaréis mejor invención que andar calificando las edades; porque no hay secreto que más se sienta descubrir que el de los años, y ya sé que hay personas tan curiosas desta impertinencia, que por su gusto buscan los libros del bautismo de los otros, y encubren con invención la parroquia donde se bautizaron: yo tengo, gracias a Dios, todos mis dientes cabales, que si no son tres, no me falta ninguno.

GERARDA

Galana es mi comadre, si no tuviera aquel Dios os salve.

TEODORA

Mi brío suple cualquier defecto.

GERARDA

La casa quemada, acudir con el agua.

TEODORA

Yo sé que envidian mis amigas la tez de mi rostro.

GERARDA

Como esas necedades hará la envidia.

TEODORA

Que como nunca me afeité, no me la quebraron los aderezos fuertes, tan opuestos a la verdad, que adelgazan y quiebran.

GERARDA

Harto es que el tiempo no haya echado surcos por tierra tan suya.

TEODORA

Lo que no puedo negaros es que estoy un poco más fresca de lo que solía; pero por eso gozaré de dos mocedades.

GERARDA

La mula buena, como la viuda, gorda y andariega.

TEODORA

Las canas aún se dejan entresacar de los demás cabellos, y yo siempre tuve lunares; demás de ser indicio de poco sentimiento no tener canas a su debido tiempo.

GERARDA

Siempre fuistes muy sentida.

TEODORA

Cuando éstas sean canas, la Luna tiene manchas. ¿Y por qué no ha de valer a las mujeres lo que se permite a los hombres? Y en verdad que creo que no sois vos tan niña, que, si no me acuerdo mal, me tuvisteis de las andaderas en casa de mis padres.

GERARDA

Nunca yo hubiera dicho aquello de *cuando erais moza,* que tan fuertemente me habéis castigado: si así riñerais a Dorotea, no os murmuraran vuestras vecinas, y tuvierais mejor opinión en la corte. Pero diréisme vos, que *quien tunde el paño, quita la cresta al gallo.*

TEODORA

¿Pues qué hace Dorotea que merezca mi indignación?

GERARDA

¿Para qué fingís ignorancia, pues no sois marido bien acondicionado? ¿Pensáis persuadirme que no lo sabéis, como aquello de los años?

TEODORA

Diréis que la festeja don Fernando: ¡qué gran delito! ¿Y para eso, Gerarda, veníais tan armada de sentencias y tan prevenida de advertimientos?

GERARDA

Hoy es día de echad aquí, tía. Yo, amiga, no soy de aquellas que lo son de la merienda, del presente, del juego y del coche al río, ni me ha conocido nadie por sumillera del ajeno gusto. ¿Qué ropas ni basquiñas tengo por eso? ¿Qué moza he conducido? ¿En qué sala he estado mirando los retratos o hablando con los pajes? A lo que venía me movieron dos cosas: el servicio de Dios y vuestra honra.

TEODORA

Diréis que no la tengo, porque aquel señor extranjero regaló a mi hija: eso fué con mucha honra y con palabra de casamiento.

GERARDA

Robles y pinos, todos son mis primos.

TEODORA

Fuése a su tierra: ¿qué milagro? También se fué Eneas de la reina Dido, y el rey don Rodrigo forzó a la Cava.

GERARDA

Que no me espanto de eso, Teodora, que ya se sabe que *libro cerrado no saca letrado.*

TEODORA

Siempre fué la cartilla de los maldicientes la hipocresía: no veréis memorial que no comience diciendo que es por excusar la ofensa de Dios, y es por enemistad o celos. ¡Ay, Gerarda, Gerarda!; parecéis al negrillo de Lazarillo de Tormes, que cuando entraba su padre, decía muy espantado: «¡Madre, coco!»

GERARDA

¿Pues qué tengo yo para que me parezcan los otros negros porque no me veo? Mi hija Felipa ya está casada, y cuando no fuera mujer de bien, como lo es, ¿corre eso por mi cuenta, o por la de su marido?

TEODORA

Quien al asno alaba, tal hijo le nazca.

GERARDA

Los padres, Teodora, somos como las aves; en sabiendo volar el pájaro, ayúdele el aire y válgale

el pico: pero Dorotea, que no está fuera de vuestras alas, y que cada día vuelve a reconocer el nido, y que ha cinco años que este mozo la tiene perdida, sin alma, sin remedio, y tan pobre (por no darle disgusto, o por miedo que le ha cobrado), que ayer vendió un manteo a una amiga suya; y dice que por devoción y promesa trae un hábito de picote, la que solía arrastrar Milanes y Nápoles en pasamanos y telas ¿Para qué será bueno que ande de recoleta por un lindo, que todo su caudal son sus calcillas de obra y sus cueras de ámbar, esto de día, y de noche broqueletes y espadas, y todo virgen, capita untada con oro, plumillas, vanditas, guitarra, versos lascivos y papeles desatinados? Y ella muy desvanecida de que se canten por el lugar, a vueltas de sus gracias, sus flaquezas. ¡Qué gentil Petrarca para hacerla Laura! ¡Qué don Diego de Mendoza, la celebrada Filis! ¡Ay, Teodora, Teodora! La hermosura, ¿es pilar de iglesia, o solar de la montaña que se resiste al tiempo, para cuyas injurias ninguna cosa mortal tiene defensa? ¿o es una primavera alegre de quince a veinticinco, un verano agradable de veinticinco a treinta y cinco, un estío seco de treinta y cinco hasta cuarenta y cinco? Pues desde allí, ¿para qué será bueno el invierno? Que ya sabéis que las mujeres no duran como los hombres.

TEODORA

Más cincos habéis dado que un juego de bolos.

Pues sabed que todos son de largo, y que se pierde el juego. Los hombres en cualquiera edad hallan sus gustos, y son buenos para los oficios y para las dignidades: tienen entonces más hacienda, y son más estimados: pero como las mujeres sólo servimos de materia al edificio de sus hijos, en no siendo para esto, ¿qué oficio adquirimos en la república? ¿Qué gobierno en la paz? ¿Qué bastón en la guerra? Volved, volved en vos, Teodora; no acabe este mozuelo la hermosura de Dorotea, manoseándola; que ya sabéis con qué olor dejan las flores el agua del vaso en que estuvieron. Yo he sabido que un caballero indiano bebe los vientos desde que la vió en los toros las fiestas pasadas, que estaba en un balcón vecino al suyo; y sé yo a quién ha dicho, que me lo dijo a mí, que le daría una cadena de mil escudos con una joya, y otros mil para su plato, y le adornaría la casa de una rica tapicería de Londres, y le daría más dos esclavas mulatas, conserveras y laboreras, que las puede tener el rey en su palacio. Es hombre de hasta treinta y siete años, poco más o menos, que unas pocas de canas que tiene, son de los trabajos de la mar, que luego se le quitarán con los aires de la corte; y yo vi el otro día un rótulo en una calle que decía: «Aquí se vende el agua para las canas». Tiene linda presencia, alegre de ojos, dientes blancos, que lucen con el bigote negro, como sarta de perlas en terciopelo liso; muy entendido,

despejado y gracioso; y, finalmente, hombre de disculpa, y no mocitos cansados, que se llevan la flor de la harina, y dejan una mujer en el puro salvado, que ya entendéis para lo que será buena.

TEODORA

Gritad niños, que baja el vino; hoy a cuatro, mañana a cinco. Si traíais, Gerarda, esa correduría, ¿para qué era menester tanta retórica? ¿Veis cómo os dije yo que el memorial comenzaba por el servicio de Dios, y acababa en el del diablo?

GERARDA

Yo, amiga, vuestro bien miro, vuestra honra y la de esa pobre muchacha, que mañana se marchitará como rosa, y buscaréis dineros para curarla; que esto le dejará don Fernandillo, y no los juros y regalos del indiano. Para todo acontecimiento, Teodora, hombres, hombres, y no rapaces, que con la saliva de las mujeres les sale el bozo. Con esto me voy a rezar a la Merced; que en verdad que no iré a casa sin encomendar a Dios vuestros negocios.

ESCENA SEGUNDA

DOROTEA Y TEODORA

DOROTEA

¡Brava conversación has tenido con la bendita Gerarda! ¿Piensas que no lo he oído? Pues aunque me estaba tocando, más tenía los oídos en su plática que los ojos en mi espejo. ¿Esto quieres tú oír, y que se te atreva una vil mujer, por el interés que le han dado, a decirte en tu cara que des lugar a un hombre para que yo le admita?

TEODORA

Quedo, señora dama, quedo; que si a mí me pierden el respeto, ella ha dado la causa.

DOROTEA

¿Yo la causa? ¡Gracia tienes! ¿Cuándo tuve yo más dicha contigo? ¡Qué presto diste crédito a Gerarda! ¡Qué presto pudo persuadirte lo que deseabas! Buena eras para juez; dichosa contigo la primera información, desdichada la segunda.

TEODORA

¿Puedes tú negar cosa alguna de cuanto ha dicho, ni poner falta en una mujer honrada, que sólo pretende el servicio de Dios y nuestra honra? ¿Debe de ir ahora a que la premie por ventura el indiano? Pues en verdad que fué a rezar a la Merced por nosotras, y que es mujer que le encargan lo mismo enfermos, necesitados y presos.

DOROTEA

Enfermos de amor, necesitados de remedio para sus deseos, y presos de su apetito.

TEODORA

¡En esta mujer pones falta! ¡Buena lengua se te ha hecho! ¡Qué cierto es perder la vergüenza tras la honra! ¿Qué día se fué a comer Gerarda sin haber visitado todas las devociones de la Corte? ¿En qué jubileo no la hallarán devota? ¿Qué sábado no fué descalza a Atocha? ¿Qué doncella no ha casado? ¿Qué casada no ha puesto en paz con su marido? ¿Qué viuda no ha consolado? ¿Qué niño no ha curado de ojo? ¿Qué criatura no se ha logrado, si ella le bendice las primeras mantillas? ¿Qué oraciones no sabe? ¿Qué remedios como los suyos para nuestros achaques? ¿Qué hierba no conoce? ¿Qué opilación no quita? ¿A qué partos secretos no la llaman? Finalmente, para la dicha de una casa, no es menester mas de que ella la perfume.

DOROTEA

No te desvanezcas en su alabanza, que todas esas gracias tienen diversos sentidos; y si no son ironías, no se han de entender literalmente.

TEODORA

La bachillera ya comienza a hablar en el lenguaje de su galán: aprovechada está de parola. ¿Es eso lo que le enseña? De *ironías* quedará rica *literalmente.* ¿Sacólas de los sonetos? Pierda la ignorante la flor de su juventud en esas boberías; que cuando más medrada salga, quedará celebrada en un libro de pastores, o la cantarán en algún romance, si de cristianos, Amarilis; si de moros, Xarifa; y el galán, Zulema.

DOROTEA

¡Notable batería hizo en el muro de tu entendimiento la fisonomía liberal del rico indiano! ¡Así suelen ser ellos, como te le pintó la Circe! Y ¡qué bien supo apocar y disminuir las partes de don Fernando! ¡Qué bien la pagas en elogios el gusto que te ha hecho! Con esa información, ¿quién no la tendrá por santa, sus devociones por verdaderas, y sus medicinas por milagros? Añade a las hierbas que conoce, las habas que ejercita; y en vez de las bendiciones, los conjuros que sabe. Pues si hablas en el mal de ojo, ten por cierto que son más los que contenta que los que quita. Ella fué

por quien conociste al conde: ponga faltas a don Fernando, que no podrá decir con verdad ninguna más de que es pobre; pero ¿qué riqueza como la de su entendimiento, persona y gracias?

TEODORA

¡O loca, desdichada, perdida, engañada de otro loco! ¿Qué gracias, qué persona, qué entendimiento tiene, si le confiesas pobre? ¿Cuándo has visto sobre sayal pasamanos de oro? Estarás muy desvanecida con que te llama la divina Dorotea... Yo visitaré tus escritorios, yo te quemaré los papeles en que idolatras y esas locuras en que estudias vocablos que no nacieron contigo; no te quedará señal de este mozo, si yo puedo, y ojalá te le pudiera sacar del alma. ¿Qué me miras? ¿Gestos me haces? Por el siglo de tu padre, que si te doy una vuelta de cabellos, que no has de haber menester rizos; y dile a don Fernando que haga versos a este sujeto, y que me llame Nerona, sacrílega, atrevida a la cabeza del Sol, y que cuantas hebras te quite se me vuelvan rayos.

DOROTEA

Haz burla, no importa; afea mis pensamientos, infama mis costumbres. ¿Qué muertes de hombres has visto a nuestra puerta por vanidades mías? ¿Qué casada se ha quejado de la mala vida que le ha dado su marido por mi causa? ¿A qué fiesta

voy? ¿De qué ventana me quitas? ¿Qué galas me murmuran adonde voy a misa?

TEODORA

¡Eso que no es nada! Pues ¡triste de ti! ¿por quién haces esa penitencia? Dí que eres virtuosa, porque ese mozo te tiene hechizada, por darle gusto; porque ya debe de amenazarte, que es lo último del trato de semejantes hombres. Pues desengáñate, Dorotea, que no le has de ver ni hablar más en tu vida. ¡Tú pobre, yo sin honra; tú con hábito de picote todo un año, y yo molestada de mis amigas todos los días! Resuélvete; que te tengo de cortar el cabello, y encerrarte donde aun el sol tenga asco de entrar a verte, o has de dejar esa perdición, esa locura, esa costumbre, ese trato infame. [*Asela del cabello y la maltrata.*] ¿Lloras? Bien haces; pero no pienses enternecerme; que no hago yo aquí papel de galán celoso, sino de madre honrada. [*Vase.*]

ESCENA TERCERA

DOROTEA SOLA

¡Ay, infeliz de mí! ¿Para qué vivo? ¿Para qué solicito conservar la más triste vida que se ha dado a esclava? ¿Cuál mujer de mis años la pasa con tantos sobresaltos y desdichas? ¿Dónde me lleva este amor desatinado mío? ¿Qué fin me promete

tan desigual locura de lo que pudieran haber merecido las partes de que me ha dotado el cielo? Cuando haya pasado lo mejor de mis años en este laberinto amoroso, ¿qué tengo de hallar en mí, sino arrepentimiento para los que me quedaren, cuando a los que desprecio les dé venganza? Fernando mío, no querría que mi alma, que allá tienes, te lo dijese que está pensando: cosa tan nueva, que jamás pensé que llegara a mi pensamiento. No puedo más; que me veo cercada de tantos enemigos, que no podré escapar la vida si no es perdiendo el seso; pero si allá te dijere esta novedad en tu agravio, consulta con prudencia tu entendimiento, no con tu amor tus años. Pero, ¿cómo es posible que el primer movimiento de lo que digo, haya llegado a mi imaginación? ¿Qué puedo querer sino quererte? ¿En qué puedo emplear mis años como en servirte? ¿Qué puedo yo desear como agradarte? ¿Qué riqueza como oírte? ¿Qué tiempo más bien empleado que en tus brazos? ¿Cómo viviré yo sin ti? Menos falta me puede hacer la vida que tus ojos. ¿Quién me consolará de no verte, después de tantos años de gozarte? Ese agrado tuyo, ese brío, ese galán despejo, esos regalos de tu boca, cuyo primer bozo nació en mi aliento, ¿qué Indias los podrán suplir, qué oro, qué diamantes? Mas ¡ay triste!, que de esta amistad nuestra está ofendido el cielo, mi casa, mi opinión y mis deudos; mi madre me persigue, las amigas me riñen, los vecinos me murmuran, las envidias me reprenden, mi necesidad ha llegado a lo último. Fernando no

tiene más que para sus galas: mira las otras mujeres con ellas: ya le parecerán mejor; que el adorno y la riqueza añaden hermosura y estimación, y la pobreza del traje descuida los ojos, y hace que una mujer cada día parezca la misma; y la diferencia causa novedad y despierta el deseo. Esto no podrá durar para siempre; y como no hay cosa más pública que el amor, aunque jamás lo crean los amantes, será imposible librarle de algún fin desdichado o en la vida o en la honra; y lo que más se debe temer, en el alma. ¿Para qué quiero aguardar a que te canses y me aborrezcas? ¿A que te agraden las galas de otras, y este sayal que visto sea silicio de tus brazos y penitencia de tus ojos? No quiero aguardar al fin que tienen todos los amores; pues es cierto que paran en mayor enemistad cuanto fueron más grandes. Si habemos de ser enemigos después, más vale que ahora nos concertemos con amistad; que cuando el trato cesa sin agravio, bien se puede conservar en llaneza sin reprensión, y en voluntad sin miedo. —Celia, Celia: dame el manto, y dí a mi madre que voy a misa.— Resuelta estoy. ¿Qué aguardo? ¡Jesús!: parece que tropecé en mi amor. ¡Oh amor!: no te pongas delante, déjame ir, pues me dejaste determinar; que en las mujeres la resolución es difícil, la ejecución es fácil! [*Vase.*]

ESCENA CUARTA

[*Sala en casa de don Fernando*]

DON FERNANDO. — JULIO

JULIO

Con poca gracia te levantas.

FERNANDO

Mil desasosiegos he tenido esta noche.

JULIO

¿No has dormido?

FERNANDO

Poco y con mil congojas.

JULIO

Del calor serían.

FERNANDO

No, sino del primer sueño.

JULIO

¿Qué soñabas?

FERNANDO

Una confusión de cosas.

JULIO

¿Qué sueño hay tan claro que no sea confuso? Los que grave y suavemente duermen, dice el filósofo que no sueñan; pues soñaste y con fatiga, no tenías quieto el ánimo. Los que sueñan, no por otra causa piensan que ven lo que sueñan, que porque la inteligencia está constante y sosegada; lo que acontece al ligero sueño, no al que por mucho calor se recoge a la parte interior. Soñamos lo que habemos hecho o queremos hacer, y también de lo que deseamos nacen tales imaginaciones y pensamientos; por eso es opinión del mismo que los virtuosos sueñan mejores cosas que los malos, viciosos y de perversas costumbres.

FERNANDO

Ya comienzas a cansarme con tus filosofías. Déjame, Julio.

JULIO

Dime por tu vida el sueño.

FERNANDO

Ya te digo que me dejes, Julio; ¿por ventura presumes interpretarle? ¡Qué gentil José estaba preso conmigo!

JULIO

Anfitrión fué el primero que interpretó los sueños; y porque esto es de Plinio, él mismo dice que poniéndose la parte siniestra del camaleón al pecho, sueña un hombre lo que quiere, o lo hace soñar a quien quiere.

FERNANDO

Como eso dirá Plinio.

JULIO

Cornelio Rufo soñó que perdía la vista, y despertando se halló ciego.

FERNANDO

Maldito seas, bachiller histórico, que así me quieres dar pena, entendiendo por conjeturas la causa por que la tengo. Soñaba, ¡oh, Julio!, que había llegado el mar hasta Madrid desde las Indias.

JULIO

Ahorrárase mucho porte desde Sevilla a Madrid. Di adelante.

FERNANDO

Llegaba furioso hasta la puente.

JULIO

¡Pobre de Illescas!

FERNANDO

En una famosa nave enramada de jarcias y vestida de velas, venía un hombre solo, que desde el corredor de popa arrojaba a una barca barras de plata y tejos de oro.

JULIO

¡Quién estuviera en la barca

FERNANDO

Estaba, ¡ay de mí!...

JULIO

Dilo: ¿qué tiemblas?

FERNANDO

Estaba Dorotea.

JULIO

¿Y tomaba el oro?

FERNANDO

Con las dos manos.

JULIO

Hacía muy bien, y ¡pluguiera a Dios que yo estuviera con ella!: que aun durmiendo no tuve

tanta dicha en mi vida. ¡Oh!: si fuera verdad eso que soñaste, ¡qué salieran de mujeres a la mar de Madrid! Y más si arrojaban oro.

FERNANDO

¿Salieran muchas?

JULIO

Más que al Prado. Pero ¿en qué paró la mar? Que estás más triste que si temieras anegarte en ella.

FERNANDO

En que al salir de la barca Dorotea y Celia cargada de oro, llegué yo a hablarla, y se pasó de largo sin conocerme.

JULIO

¿Y de eso estás triste?

FERNANDO

¿Es poca la causa?

JULIO

Pues ¿qué querías? ¿Que te diese del oro?

FERNANDO

No, sino que me hablase.

JULIO

¿Soñando pides correspondencias?

FERNANDO

¿Por qué no? Pues como yo me quejé de su desprecio, también podía Dorotea hablarme.

JULIO

Quiero interpretar el sueño.

FERNANDO

Habrás leído a Artemidoro.

JULIO

Como deseas dar a Dorotea lo que no tienes, ese pensamiento y solicitud ha nacido que la soñases rica.

FERNANDO

Amor quiera que esa sea la interpretación legítima.

JULIO

Dichoso eres, pues la enriqueces.

FERNANDO

No creas en ensueños.

JULIO

No sé lo que te responda, pues siempre sueño que soy pobre, y despierto soy lo mismo.

FERNANDO

¿Con oro han de vencer a Dorotea?

JULIO

Tendrá disculpa.

FERNANDO

Ovidio dijo que más daño había hecho el oro que el hierro.

JULIO

Estaría mal con el oro, cuyas virtudes no digo porque le temes; pero ¿qué muerte se ha dado con él, si no es la de Creso, que por su codicia se le dieron derretido? Y sabemos que hay oro potable que conserva la vida, y al fin entra en la confección de alquermes.

FERNANDO

Si yo tuviera oro, no le comiera, aunque me diera mil vidas.

JULIO

¿Pues qué le hicieras?

FERNANDO

Diérale a Dorotea.

JULIO

Basta el que le ha venido de las Indias; pero pídele hoy algunos tejos, y haremos el potable, que es de esta suerte, según doctrina de León Suavio. Toman en hoja o en polvos una onza, y resuélvenla en humor, añadiendo de vinagre distilado lo que basta; distílase después a veces separado, hasta que no queda sabor de los dos juntos; échase luego en cinco onzas de agua ardiente, y conservando un mes y reposado, se toma poco a poco.

FERNANDO

No hay cosa de que no quieras saber algo, y de todo no sabes nada: ¿qué filósofo antiguo o moderno no ha dicho mal del oro?

JULIO

El oro es como las mujeres, que todos dicen mal de ellas y todos las desean; y al fin es hijo del Sol, retrato de su resplandor, y vivífica naturaleza.

FERNANDO

No es por eso amarillo.

JULIO

Pues, ¿por qué?

FERNANDO

Por el miedo que tiene de que le busquen tantos.

JULIO

¡Qué cosa tan trivial y vieja! Perdóneme Diógenes.

FERNANDO

Más viejo es el oro.

JULIO

Es verdad, y sus canas son la plata.

FERNANDO

Ni la cama dorada alivia al enfermo, ni la buena fortuna hace al necio sabio.

JULIO

También te puede perdonar Sócrates.

FERNANDO

Dame aquel instrumento, estudiante de pesadumbres.

JULIO

Dellas y de filosofía estoy graduado.

FERNANDO

Saltó la prima.

JULIO

Sería de la puente, aunque no hay río.

FERNANDO

Yo la oí esta noche.

JULIO

Desvelado estabas.

FERNANDO

En Dorotea.

JULIO

Yo pensé que en ir a la mar a buscarla.

FERNANDO

El que dijo que fuera comodidad hallar a comprar cartas y bastas hechas, ¿por qué no dijo instrumentos templados?

JULIO

Porque fuera imposible, siendo las cuerdas de la materia que ves, porque con la humedad bajan y con mucha calor suben. Finalmente, son como algunas mujeres, que siempre es menester templarlas.

FERNANDO

Por eso tiran de su condición, para que alcancen al punto del que las templa.

JULIO

Muchas quiebran.

FERNANDO

Buscar las finas y arrojar las falsas; que así hacen los músicos...

JULIO

Una curiosidad hace a ese propósito.

FERNANDO

¿Cómo?

JULIO

Que cuando desatan la madeja, la dan con el dedo, teniendo en la boca el cabo de la cuerda; y si hace dos sombras, la dejan por falsa, y pasan

a otro tercio. Y así se ha de probar la mujer: y en haciendo dos sombras a cada parte, mudarse al tercio de otra.

FERNANDO

Yo he templado.

JULIO

A mi costa, que lo he oído.

FERNANDO

Oye un romance de Lope.

JULIO

Ya te escucho.

FERNANDO

[*Canta.*]

A mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.
No sé qué tiene el aldea
donde vivo, y donde muero,
que con venir de mí mismo,
no puedo venir más lejos.
Ni estoy bien ni mal conmigo;
mas dice mi entendimiento
que un hombre que todo es alma,
está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
y solamente no entiendo,
cómo se sufre a sí mismo
un ignorante soberbio.

De cuantas cosas me cansan,
fácilmente me defiendo;
pero no puedo guardarme
de los peligros de un necio.
El dirá que yo lo soy,
pero con falso argumento;
que humildad y necedad
no caben en un sujeto.
La diferencia conozco,
porque en él y en mí contemplo
su locura en su arrogancia,
mi humildad en mi desprecio.
O sabe naturaleza
más que supo en este tiempo,
o tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos.
«Sólo sé que no sé nada»,
dijo un filósofo, haciendo
la cuenta con su humildad,
adonde lo más es menos.
No me precio de entendido,
de desdichado me precio;
que los que no son dichosos,
¿cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
porque dicen, y lo creo,
que suena a vidrio quebrado
y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio
ver que todos le perdemos,
unos por carta de más,
otros por carta de menos.
Dijeron que antiguamente
se fué la verdad al cielo:
tal la pusieron los hombres,
que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
los propios y los ajenos;
la de plata los extraños,
y la de cobre los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
si es español verdadero,
ver los hombres a lo antiguo,
y el valor a lo moderno?
Todos andan bien vestidos,
y quéjanse de los precios,
de medio arriba romanos,
de medio abajo romeros.
Dijo Dios que comería
su pan el hombre primero
en el sudor de su cara

por quebrar su mandamiento;
Y algunos, inobedientes
a la vergüenza y al miedo,
con las prendas de su honor
han trocado los efectos.
Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos;
el uno se lleva al otro,
llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
universal movimiento,
la mejor vida el favor,
la mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
y no me espanto, aunque puedo
que en lugar de tantas cruces
haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
cuyos mármoles eternos
están diciendo sin lengua
que no lo fueron sus dueños.
¡Oh! ¡bien haya quien los hizo,
porque solamente en ellos
de los poderosos grandes
se vengaron los pequeños!
Fea pintan a la envidia;
yo confieso que la tengo
de unos hombres que no saben
quién vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
sin tratos, cuentas ni cuentos,
cuando quieren escribir,
piden prestado el tintero.
Sin ser pobres ni ser ricos,
tienen chimenea y huerto;
no los despiertan cuidados,
ni pretensiones ni pleitos,
ni murmuraron del grande,
ni ofendieron al pequeño;
nunca, como yo, firmaron
parabién, ni Pascuas dieron.
Con esta envidia que digo,
y lo que paso en silencio,
a mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

JULIO

¿Cómo no has cantado alguna cosa de Dorotea?

FERNANDO

Por la pesadumbre. que me ha dado aquello del oro.

JULIO

Pues, ¿por qué no había de tomarlo?

FERNANDO

Porque, como la perdiz conoce el halcón que la ha de matar, conozco yo que me ha de matar el oro.

JULIO

Tienen oro y mujer, correspondencia y simpatía; ni hay requiebro que las agrade como decirles que son como un pino de oro, y esto, no porque son altas y dispuestas, sino porque es el árbol más grande para que sea más el oro.

FERNANDO

Paréceme que siento chapines.

JULIO

Ese ruido y el de las cantimploras, dicen que es el mejor.

ESCENA QUINTA

DOROTEA. — CELIA. — FERNANDO. — JULIO

DOROTEA

[*En la calle.*] — Llama recio, si no te duele la mano.

CELIA

[*En la calle.*] — Si ha rondado don Fernando, dormirá, como se usa, haciendo noche lo mejor del día.

FERNANDO

Mira, Julio, que nos quiebran la puerta.

JULIO

Alguno habrá rodado desde el cuarto de arriba, o es pobre y sordo. ¿Quién está ahí?

CELIA

[*En la calle.*] — Abre, asaeteado.

JULIO

Celia, señor, Celia: papelito tendremos.

FERNANDO

¿De esa manera lo dices, hombre sin alma?

JULIO

¿Dónde vas, que has quebrado la guitarra por salir de prisa?

FERNANDO

A recibir el arco embajador de los dioses, la aurora de mi sol, la primavera de mis años y el ruiseñor del día, a cuya dulce voz despiertan las flores, y como si tuviesen ojos abren las hojas. [*Abre, y entra con Celia.*]

CELIA

No vengo sola.

FERNANDO

¿Quién viene contigo, que me has turbado? ¡Jesús! [*Sale Dorotea.*] ¿Es Dorotea? ¡Bien mío! ¡El manto sobre los ojos! Entra, entra. ¿Qué traes, que tropiezas? ¡Ni Celia alegre, ni tú descubierta! Cometa hay en el cielo: el príncipe Amor debe estar enfermo. ¿Aún no hablas? Siéntate, mi señora, siéntate: la escalera te ha desalentado. — Un poco de agua, Julio.

JULIO

¿Traeré con ella otra cosa?

FERNANDO

Pensé que habías venido. [*Vase Julio.*] — Señora, ¿qué es esto? ¿Por qué me matas? ¿Te han dicho algo de mí? Tu madre me habrá levantado algún testimonio por que me dejes. Pues plega al cielo, que si he mirado, visto, ni oído ni imaginado otra cosa de cuantas él ha hecho, fuera de tu hermosura, que la mar que esta noche he soñado me anegue y me sepulte, y el oro que te daban te conquiste. [*Vuelve Julio.*]

JULIO

Aquí está un búcaro y unas alcorzas.

FERNANDO

Come, bebe, o aquí están mi corazón y mi sangre. ¿Qué tienes? ¡Desmayóse! ¿Qué es esto, Celia? — ¡Muerto soy, acabóse mi vida! — ¡Ah mi señora! ¡Ah mi Dorotea! ¡Ah última esperanza mía! — Amor, tus flechas se quiebran; sol, tu luz se eclipsa; primavera, tus flores se marchitan; a obscuras queda el mundo.

JULIO

Celia, encender quiero un hacha.

CELIA

Calla, pícaro, que no estás en la comedia.

JULIO

Tenle bien esa mano, que se araña el rostro.

FERNANDO

¡Oh Venus de alabastro! ¡Oh aurora de jazmines, que aún no tienes toda la calor del día! ¡Oh mármol de Lucrecia, escultura de Miguel Angel!

JULIO

Ahora yo juraré que es casta.

FERNANDO

¡Oh Andrómeda del famoso Ticiano! Mira, Julio, ¡qué lágrimas! Parece azucena con las perlas del alba. — Desvíale los cabellos, Celia; veámosle los ojos, pues se deja mirar el Sol por la nube de tan mortal desmayo.

DOROTEA

¡Ay, Dios! ¡Ay, muerte!

FERNANDO

Ya volvió a concertarse cuanto habías dejado descompuesto; ya el amor mata, ya el Sol alumbra, ya la primavera se esmalta, y yo estoy vivo. Pero ¿cómo la primera palabra ha sido las dos cosas poderosas, Dios y la muerte?

DOROTEA

Porque Dios me libre de mí misma, y la muerte ponga fin a tantas desventuras como cercan mi afligido corazón y flaco espíritu; que la mujer más fuerte al fin es obra imperfecta de la Naturaleza, sujeto del temor y depósito de las lágrimas.

FERNANDO

Cuando naturaleza, atendiendo a lo más perfecto, por falta de la materia no hizo lo que pretendía, que es el hombre, sacó muchas excepciones de la común flaqueza.

JULIO

Dice muy bien don Fernando; y así vemos Artemisas para la memoria, Carmentas para las letras, Penélopes para la constancia, Leenas para los secretos, Porcias para las brasas, Déboras para el gobierno, Neeras para la lealtad, Laudomias para el amor, Cloelias para el valor, y Semíramis para las armas, que con el peine en los cabellos salió a ganar victorias, mejor que Alejandro con la fuerte celada.

FERNANDO

Y entre ellas, Julio, cuenta la perfección de la hermosura de Dorotea, la limpieza de su aseo, la gala de su donaire, la excelencia de su entendimiento, en que fué superior a todas; y esto no lo

digan mis ojos, no mi amor, no mi conocimiento; calle mi voluntad y hable la envidia; que no hay mayor satisfacción que remitirle alabanzas.

DOROTEA

¡Ay, Fernando, que no hay en la desdicha letras, en la fortuna gobierno, aunque fuese próspera, lealtad en los imposibles, brasas en la influencia, valor con las estrellas, amor en las violencias, secreto en las tiranías, constancia en las envidias, y armas en las traiciones!

FERNANDO

¿Qué es esto, mi bien? ¿Por qué me sangras a pausas? Dime: «Fernando, muerto eres»; irá Julio a que vengan por mí; y no me suspendas el dolor en la duda, que es más fuerte de sufrir el temor que el mal suceso, porque, imaginado, se piensa en que ha de venir, y venido, en que se ha de remediar.

DOROTEA

¿Qué quieres saber de mí, Fernando mío, mas de que ya no soy tuya?

FERNANDO

¡Cómo! ¿Ha venido alguna carta de Lima?

DOROTEA

No, señor mío.

FERNANDO

¿Pues quién tiene poder para sacarte de mis brazos?

DOROTEA

Esa tirana, esa tigre que me engendró (si yo puedo ser sangre de quien no te adora); ese cocodrilo gitano, que llora y mata; esa serpiente que imita la voz de los pastores, para que, llamando sus nombres, los devore vivos; esa hipócrita, siempre las cuentas en la mano, y ninguna con su vida. Hoy me ha reñido, hoy me ha infamado, hoy me ha dicho que me tienes perdida, sin honra, sin hacienda y sin remedio, y que mañana me dejarás por otra. Respondíle; pagáronlo mis cabellos... Ves aquí los que estimabas, los que decías que eran los rayos del Sol, de quien hizo amor la cadena que te prendió el alma, los que llamaban red de amor tus versos, este color que tú decías que deseabas tener en la barba antes que te apuntase el bozo. Estos, en fin, mi Fernando, lo pagaron: aquí te traigo los que me quitó, que los que quedan ya no serán tuyos; de otro quiere que sean; a un indiano me entrega: el oro la ha vencido, Gerarda lo ha tratado, entre las dos se consultó mi muerte. ¡Oh cruel sentencia! Supo que había vendido los pasamanos del manteo de tela el mes pasado, y anteayer el de primavera de flores: dice que es para darte el dinero que juegues, como si tú jugases, siendo tu mayor vicio libros de tantas len-

guas; y que con versos me engañas, y con tu voz, como sirena, me llevas dulcemente al mar de la vejez, donde los desengaños me sirvan de túmulo y el arrepentimiento de castigo. ¡Ay de mí! Déjame deshacer estos ojos, pues ya no son tuyos; no hay que respetarlos, no me ha de gozar con ellos quien ella piensa, porque verá en sus niñas tu retrato, que sabrá defenderlos. ¡Ah Dios! ¡Ay muerte!

JULIO

Volvió al estribo.

FERNANDO

¿Pues para ocasión de tan poca importancia tanto sentimiento, Dorotea? Vuelve a serenar los ojos, suspende las perlas, que ya parecían arracadas de sus niñas; no marchites las rosas, ni desfigures la armonía de las facciones de tu rostro con descompuestos afectos; que te aseguro, por el amor que te he tenido, que me habías dejado sin alma.

DOROTEA

¡Tenido, Fernando!

FERNANDO

Tenido y tengo; que no es amor sombra, que se desvanece en faltando el cuerpo. Pensé que te desterraba algún memorial celoso, o que se había

tu madre muerto súbito del mal del mismo nombre con los achaques de cosas agrias, o que venía tu dueño de las Indias. ¡Para tan débil causa tan fuerte sentimiento! Restitúyeme al corazón la alegría de verte, que me había quitado la tristeza de escucharte..., y vete en buena hora; que aguardo un amigo para un negocio, y no es justo que te vea; que las damas, y tan hermosas, sólo pueden estar sin sospecha en casa de jueces y de letrados; no en aposentos de mozos, dondé sólo hay espadas de esgrima, baúles de vestidos, e instrumentos de música.

DOROTEA

Pienso que no me has entendido.

FERNANDO

¿Tan mal he repetido la lección, que te parece que no hice de ella concepto?

DOROTEA

¿Pues cómo, si te digo que se acaba nuestra amistad, tan fácilmente te has consolado?

FERNANDO

Como tú lo estuviste para decírmelo.

DOROTEA

Yo vengo muerta.

FERNANDO

Si lo estuvieras en tu casa, no hubieras llegado a la mía.

DOROTEA

¿Mas qué piensas que te he burlado?

FERNANDO

¿Cómo lo puedo pensar, si estas veras vienen desde las Indias? Vete, mi bien, que es tarde.

DOROTEA

¿Aún quieres echarme de tu casa?

FERNANDO

Pues, ¿para qué quieres estar en ella, si no piensas volver a verla, como dices?

DOROTEA

¿Por qué no volveré a verla?

FERNANDO

Porque te vas a las Indias, y hay mar en medio.

DOROTEA

El de mis lágrimas.

FERNANDO

Las de las mujeres son entretelas de la risa; no hay tempestad en verano que más presto se enjugue.

DOROTEA

¿Qué has hecho tú por mí en tantos años, que me obligue a fingir el amor que te he tenido?

FERNANDO

¿También tú dices que te he tenido?

DOROREA

Y estará bien dicho; que no lo merece quien no siente perderme.

FERNANDO

Te engañas; que tú sola te pierdes.

DOROTEA

Extraños sois los hombres.

FERNANDO

Antes muy propios; que nuestra primera patria sois las mujeres, y nunca salimos de vosotras.

DOROTEA

Vámonos, Celia; que este caballero debe de haber hallado estos días lo que decía Gerarda.

FERNANDO

Antes tú has hallado lo que Gerarda decía; que si no fuera por ti, yo pudiera estar casado, con más oro que el que te han traído; pero aún no he cumplido veintidós años.

DOROTEA

Y yo, ¿tendré quinientos?

FERNANDO

¿Dígolo yo por eso, o porque, si Dios quiere, me queda vida para valerme de ella? Que de diecisiete llegué a tus ojos, y Julio y yo dejamos los estudios más olvidados de Alcalá que lo estuvieron en Grecia los soldados de Ulises.

CELIA

¡Qué sequedad de hombre! Dios me libre: ¿ahora cuenta fábulas?

DOROTEA

Déjale, Celia, que no es sin causa. Bien decía yo que andaba divertido: ya tendrá dueño; que a no

ser esta la causa, no estuviera tan bravo de corazón y tan valiente de ojos. [*Vase.*]

JULIO

¡Ah Celia, Celia!

CELIA

¿Qué quieres, Julio?

JULIO

Háblame tú a mí, y no me niegues el postrero abrazo, si no es que te ha venido alguna carta de las Indias con los criados del indiano.

CELIA

Déjame bajar, que se va mi señora sola. [*Vase.*]

FERNANDO

Cierra esa puerta, necio, y mira desde esa ventana si vuelve la cabeza Dorotea.

JULIO

Ni le pasa por el pensamiento.

FERNANDO

Muerto soy, Julio: cierra todas las ventanas no entre luz a mis ojos, pues se va para siempre,

la que lo fué de mi alma: quita de allí aquella daga, que el trato es demonio, la costumbre infierno, el amor locura, y todos me dicen que me mate con ella.

JULIO

Quedo, señor, detente. ¿Qué ceguedad es ésta?

FERNANDO

Déjame, que como estanque detenido rompe la presa el alma, y quiere salir la furia por los ojos. ¡Ay de mi vida! ¡Ay de mis esperanzas! Julio, déjame, y pues a los principios deste amor no fuiste prudente maestro, no seas ahora molesto amigo.

JULIO

Por el balcón no se baja bien a la calle; mejor irás por la puerta.

FERNANDO

Abrala el alma por el pecho a mis desdichas. ¿Qué tomaré para matarme? ¿Qué veneno será más breve? Solimán es de esclavos: yo que lo fuí de Dorotea, me mataré con él bajamente; que los venenos honrosos son para césares.

JULIO

Leamos a Nicandro; que él nos dará venenos.

FERNANDO

¡Qué falsa risa!

JULIO

¡Qué fina locura!

FERNANDO

Llámame un barbero presto; sangraréme de la vena del corazón, y luego que se haya ido me quitaré la venda; que si el amor a los principios pasa por aquellos espíritus sutiles de átomo en átomo a infeccionar la sangre, y en la más pura tiene asiento, sacándola saldrá también con ella; que si hasta los desmayos del ánimo es aforismo físico en casos lo piden, ¿cuál se puede ofrecer como éste?

JULIO

No me agrada el argumento; porque si amor es lo mismo que la sangre, ningún semejante puede expugnar su semejante, que es imposible, como el calor al calor y el frío al frío.

FERNANDO

Bestia, eso es por sí, pero no por accidente. ¡Qué gentil filósofo!, sabiendo que por el mío ya son contrarios.

JULIO

Lo que yo sé es que aquel gran médico Triverio dijo en su método, que la buena figura de la cabe-

za indicaba el temperamento del cerebro; nunca me pareció que la tenías bien hecha; fuera de que un excelente calor vicia las operaciones, y este de tu amor desatinado no te deja conocer la razón con la templanza que en tales ocasiones tienen los hombres cuerdos: si no te vales de la prudencia, mortal te juzgo, sin ir a los pronósticos de la nosomántica de Moufeto; que para esto yo sé más que Hipócrates. ¿Qué andas en ese escritorio? ¿Qué buscas? ¿Qué rasgas? Deja los papeles, deja el retrato: ¿qué te ha hecho esa divina pintura? Respeta en ese naipe los pinceles del famoso Felipe de Liaño; que no es justo que prives al arte deste milagro suyo, ni des este gusto a la envidia de la Naturaleza, celosa de que pudiese, no sólo ser imitada en sus perfecciones, sino corregida en sus defectos.

FERNANDO

¡Vive Dios, que te mate!

JULIO

Mátame; pero no has de tocar al retrato, que está inocente.

FERNANDO

Pues yo tengo de irme.

JULIO

¿Adónde?

FERNANDO

A Sevilla; porque estar adonde vea mi muerte, es sufrir tantas cuantos instantes tuviere el día.

JULIO

¿No es mejor no ver la causa?

FERNANDO

Es imposible, no habiendo tierra en medio.

JULIO

No me desagrada que te ausentes; pero, ¿con qué dinero?

FERNANDO

Marfisa, a quien siempre he despreciado, aunque nos hemos criado juntos, y que la dejé injustamente por esta ingrata, socorrerá nuestra necesidad liberalmente.

JULIO

¿Con qué achaque?

FERNANDO

Con algún engaño.

JULIO

Bien dices: vamos a verla.

FERNANDO

Guarda esos papeles y ese retrato, pero de suerte que no le vea.

JULIO

[*Aparte.*] — ¡Pobre mancebo!: perderá el seso; pero ¿cómo puede perder lo que no tiene?

FERNANDO

¿Qué dijiste?

JULIO

Que no tiene que perder quien ha perdido a Dorotea.

FERNANDO

¡Ay, Julio, qué bien dices! Pues ¡si vieras el entendimiento que tiene sobre tanta hermosura!

JULIO

El entendimiento no se ve, antes bien se diferencia del sentido en que aquél es una potencia aprehensiva de las cosas exteriores, sin real suscepción, sino por sola recepción de las especies; y el entendimiento, por quien el hombre aprende, no la misma cosa ni sus partes, o alguna corporal calidad de ella, sino recibiendo dentro de sí la especie de aquello que aprende.

FERNANDO

Bestia escolástica, ¿ahora me repites las palabras? ¿Estoy yo para sentir lo que digo? Méteme por tu vida en la opinión con que Aristóteles disentía de Platón en las especies, que pensó que se criaban con el entendimiento. Lo que yo quiero decir, bien lo entiendes; que por lo que se habla o se escribe, se conoce el que los hombres tienen, y en esos papeles se puede ver y conocer el entendimiento de Dorotea, como en sus Rimas el de Laura Terracina o la Marquesa de Pescara; y por eso que has dicho, muestra esos papeles.

JULIO

¿Ahora los escoges? No tienes tú mucha gana de ir a Sevilla.

FERNANDO

Escucha este. [*Lee.*] «Fernando mío, ¿para qué »son buenas tantas satisfacciones? Las que me »diste anoche fueron bastantes; que más me des»enojaron tus lágrimas entonces, que ahora tus »palabras; que no hay retórica para persuadir co»razones airados, como efectos tan humildes; sólo »me deja cuidadosa tu poca edad; no sea que el »haberte enternecido naciese de tus años, y no »de tus sentimientos. Si yo alabé a Alejandro de »airoso y gentil hombre, no fué en comparación »de tu persona, sino en descuido de mi ignorancia.

»Pusísteme la mano en el rostro: el agravio con»siste en ser por celos, que por amor no importara. »Pero dirás tú que de él nacieron ellos, y estará»nos bien el creerlo, a mí y al rostro. Si querías »errarme para que supiesen que era esclava tuya, »¿de dónde has imaginado que yo reparo en que »todos lo sepan? Pero puedo asegurarte que cuan»do del golpe del rostro sonó el eco en el alma, »dijo ella humilde: Sufre, Dorotea, que el mismo »que te ha ofendido, te ha vengado; pues mayor »que tu dolor será su sentimiento. Pero entre estas »amorosas humildades, advierte que en las muje»res de bien no es burla para tomar ejemplo; que »si con esto habemos los dos sabido a lo que llega »la llaneza del trato, no hay que aguardar a segunda »experiencia; porque, aunque dicen que la mujer »es animal que gusta del castigo, no todas son tan »seguras que no derriben al dueño, y se le vayan »donde no las alcance. Lo que ahora te pido es »que vengas a ver el rostro que ofendiste, para »saber cuál está más encendido, o el tuyo con la »vergüenza de lo que hiciste, o el mío con las se»ñales que me dejaste..»

JULIO

Yo me acuerdo de esa noche y de esas locuras tuyas.

FERNANDO

¡Oh, quién la hubiera muerto!

JULIO

Señor, mira que es tarde para hablar a Marfisa.

FERNANDO

Este papel es de mi letra. Versos son... Ya me acuerdo; que me los volvió para que se los cantase. Quiero leerlos. [*Lee.*]

«Zagala, así Dios te guarde,
que me digas si me quieres;
que aunque no pienso olvidarte,
impórtame no perderme.
A tus ojos me subiste;
en ellos vi cómo llueven,
cuando quieren, perlas vivas,
y rayos, cuando aborrecen.
Si fué verdad, tú lo sabes:
Mis desconfianzas temen
que, como hay gustos que engañan,
habrá lágrimas que mienten.
Los hechizos de tu llanto
divinamente me prenden,
pues mis ojos de los tuyos
veneno de perlas beben.
Tus lágrimas me aseguran,
tus regalos me entretienen,
tus favores me confían
y tus celos me enloquecen;
mas en medio de estas cosas,
por cualquiera enojo leve,
si quieres, ¿cómo es posible
que te vayas y me dejes?
Tres días ha que te fuiste
a los prados y a las fuentes,
dejando las de mis ojos,
adonde pudieras verte.
¿En qué mejores cristales
quien ama mirarse puede,
si espejos del alma vivos
fueron las lágrimas siempre?
O me quieres, o me olvidas.
Si me olvidas, ¿cómo vuelves?
Y si me quieres, zagala,
¿cómo gustas de mi muerte?

Por hablar con las serranas
acaso y sin detenerme,
¡ay, Dios, qué duras venganzas
de culpas que no te ofenden!
Traen del baile a tu choza
mil almas tus ojos verdes,
y no los riño celoso
(Dios sabe si culpa tienen),
y tú me matas a mí,
que si he pensado ofenderte,
antes que mire otros ojos,
los míos llorando cieguen.
Zagala del alma mía,
vuelve por tu vida a verme;
mas ninguna obligación
te traiga si me aborreces;
que yo me sabré morir
desesperado y ausente,
porque me debas matarme,
porque no te canse el verme...

JULIO

Pues bien: ¿qué habremos de hacer con repetir ternuras? Si estás arrepentido de partirte, conmigo no hay para qué hacerte valiente.

FERNANDO

¡Ay, Julio! ¡Qué bien dijo Séneca, que mientras el ánimo está dudoso, por instantes se muda, impelido a diversas partes de varios pensamientos! ¿Soy yo quien se determina de no ver a Dorotea? No es posible. Pero ¿cómo puedo verla con este agravio? Mayor desdicha sería quedarme a verle. Animo, corazón desesperado; que nadie le puso en tanto mal, que no le pudiese sufrir.

JULIO

¿Ataré los papeles?

FERNANDO

Aguarda, veamos éste. ¿Qué piensas que dice? ¿No te acuerdas cuando fuimos al arroyo?

JULIO

Como si ahora fuera.

FERNANDO

Respóndeme a unos versos que le hice al brío y gracia con que anduvo aquel día, que fué el de mayor perdición para mis ojos.

JULIO

De los versos me acuerdo yo, y podría decírtelos.

FERNANDO

Dímelos, Julio; hagamos con toda solemnidad las cinco honras a esta ausencia.

JULIO

«Unas doradas chinelas,
presas de un blanco listón,
engastaban unos pies,
que fueran manos de amor.
Unos blancos zapatillos,
de quien dijera mejor
que eran guantes de sus pies,
justa, aunque breve prisión;
descubriendo medias blancas
poco espacio, de temor
de que no pudieran serlo

sin esta justa atención;
asiendo las blancas manos
un faldellín de color,
alfileres de marfil,
que dieron uñas al sol,
me enamoraron un día
que, con esta misma acción,
la bellísima Amarilis
un arroyuelo saltó.
Riéronse los cristales;
¡ojalá tuvieran voz,
porque dijeran su dicha
sin murmurar la ocasión!
Bien hayas tú, la serrana;
mil años te guarde Dios;
que aun para saltar arroyos
tienes brío y perfección.
Tu gusto goce otros tantos
el venturoso pastor
a quien amorosa has dado
de tus brazos posesión.
Cuando sales en chinelas,
me ha dicho más de una flor
que la pisas sin quebrarla:
tus pies tan ligeros son.
No suele pasar la aurora
por los prados tan veloz,
aunque en no dejar estampas
se quejan de tu rigor.
Mas la que en ella no dejas,
les dará mi corazón,
que, envidioso de las flores,
a recibirte salió.
Años ha, bella Amarilis,
que el alma a tus ojos doy,
mas no a tus pies, que aun apenas
los vió mi imaginación.
Cuando te calzas, sospecho
que es dificultad mayor
el hallar tus pies tus manos,
que el encarecerlos yo.
Tus zapatillos un día
han de pensar, y es razón,
que se te han ido los pies,
o que son un pie los dos.
Sólo me ha dado cuidado
(quiero bien, temiendo estoy)
que puedan tener firmeza
pies que tan ligeros son.
¡Ay, serrana! ¡Quién pensara
(mas no digas que yo soy)

que de unos pies tan ligeros
hiciera flechas Amor! —
Esto le dijo a Amarilis
un villano que la vió
que saltaba un arroyuelo;
que lo demás murmuró...

FERNANDO

Estaba por alabarte la hermosura, la gracia, el brío, el gusto, la alegría (que es una de las partes que constituyen una mujer hermosa), que tuvo aquel día Dorotea: más ¡ay, Julio, que es poner imposibles a mi partida! Mejor es imaginar que soy muerto, y que mi alma sola es la que va a Sevilla. Ea, Julio, buen ánimo.

JULIO

No te he oído en todos estos amores tan gracioso disparate. ¿Quién te ha dicho que las almas de los amantes ausentes van a Sevilla?

FERNANDO

La mía digo, Julio.

JULIO

Los que aman y se ausentan, suelen decir por encarecimiento, que dejan el alma a lo que aman, porque está más donde ama que donde anima; que apartada del cuerpo no perece, ni se seca de la potencia de la materia; y así, les parece a los amantes que no la llevan, pues que no viven, y que ella asiste como inmortal donde la dejan.

FERNANDO

Estoy por tenerlo por cierto.

JULIO

Esa razón sólo se puede perdonar a un loco, y en este propósito te quiero decir lo que siento de algunos melindrosos Catones, que en viendo en las comedias un galán muy tierno, presumen que el poeta imita sus costumbres mismas: censura indigna de hombres cuerdos, que de las cosas naturales hacen milagros; porque allí sólo se imita un mozo desatinado que sigue a rienda suelta su apetito, y mientras mejor fuere el poeta que le pinta, más vivos serán los afectos y más verdaderas las acciones. Dijo Claudiano que si sus escritos eran lascivos, su vida era honesta; mas, respondiendo a tu pensamiento, que imagina bárbaramente que deja a Dorotea el alma (aunque bien sé que no lo entiendes así), por loco que te tiene la fuerza de esta pasión invencible, digo, que sucede a los amantes lo que a las brujas, que piensan que van con el cuerpo donde las llevan imaginariamente; y así suelen ellos ver las acciones de sus damas, y dar crédito a sus celos.

FERNANDO

Yo te confieso, Julio, que en mi tierno y amoroso natural tiene esta pasión más fuerza.

JULIO

Toda causa de limitada virtud puede producir efecto más intenso en la materia dispuesta que en la que no lo está.

FERNANDO

¿Y qué hará donde la virtud es grande?

JULIO

Lo que se ve en esta precipitada locura.

FERNANDO

Yo hago lo que manda mi honra.

JULIO

¡Qué amor tan honrado, para ser libre!

FERNANDO

No toda la honra está sujeta a leyes.

JULIO

La que no está sujeta a ellas no es honra.

FERNANDO

Los hombres hacen honra de lo que quieren.

JULIO

Un hombre ha de querer lo que es justo para ser honra.

FERNANDO

Justo es huir de perderla.

JULIO

No la perdieras si huyeras dentro de Madrid de Dorotea.

FERNANDO

Las ocasiones cerca, el peligro es cierto; a la ausencia me remito, si bien con desconfianza.

JULIO

Siguiéndote cumpliré con tu amistad, no con mi obligación.

FERNANDO

Yo vi, yo amé, este error vive en mí, como dijo el Damón de Virgilio.

JULIO

La raíz de todas las pasiones es el amor: de él nace la tristeza, el gozo, la alegría y la desesperación.

FERNANDO

Esa me lleva, no sé si dejando el alma.

JULIO

Amor tiene fácil la entrada y difícil la salida.

FERNANDO

Mucho me ha de costar el deshacerme de la tenacidad de la costumbre.

JULIO

Así dijo un poeta:

Pintarle de colores como a loco,
y no llamarle amor, sino costumbre.

[*Vanse.*]

ESCENA SEXTA

[*Sala en casa de Marfisa.*]

MARFISA. — CLARA. — DON FERNANDO. — JULIO

MARFISA

¿Clara?

CLARA

Señora...

MARFISA

¿A qué hora vino a acostarse don Fernando?

CLARA

Sentí la puerta, y despertóme más el cuidado que el ruido, y antes que me volviese a dormir dieron las cuatro.

MARFISA

¡Qué perdición de hombre!

CLARA

Los años le disculpan.

MARFISA

¿Sabes lo que pienso?

CLARA

Ya sé yo que siempre estás pensando.

MARFISA

Que le tiene hechizado Dorotea.

CLARA

¿Hechizos llamas cinco años de trato?

MARFISA

Esos habían de cansarle.

CLARA

Si estuviera casado; que aún no quiso la lengua castellana que de casado a cansado hubiese más de una letra de diferencia.

MARFISA

No es tan hermosa como dicen.

CLARA

¿Dónde la viste?

MARFISA

En la Merced un día.

CLARA

Pues no tienes razón; que es linda moza de gentil disposición, buen aire y talle; los ojos son bellísimos, aunque algo desvergonzados.

MARFISA

Eso quieren los hombres.

CLARA

Mientras que no los tienen; que después más los querrían honestos.

MARFISA

Eso es donaire; que cuando conquistan las mujeres las querrían libres, y después santas.

CLARA

Son unos ojos que antes que los enviden quieren.

MARFISA

¿Por naturaleza o por artificio?

CLARA

Lo uno y lo otro, como respondió el convidado al paje que le preguntó si lo quería tinto o blanco. La boca es graciosa, y no le pesa de reirse aunque no le den causa. Pica en flaca, pero no de rostro.

MARFISA

Es muy de caras redondas. ¿Cómo le va de color?

CLARA

Trigueño claro.

MARFISA

¿El cabello?

CLARA

Algo crespo, efecto de aquel color.

MARFISA

Si fuera hombre, fuera atrevida y cobarde.

CLARA

¿Quién te lo ha dicho?

MARFISA

Yo lo he leído.

CLARA

Lo que es el entendimiento es notable, la condición amorosa, el despejo desenfadado, el hablar suave con un poco de ceceo, con que guarnece de oro cuanto dice, como si no bastara de las perlas de los dientes.

MARFISA

Maldita seas, pintamentiras, ¡Qué pesadumbre me has dado! ¿Qué más hiciera don Fernando en sus versos?

CLARA

De ellos lo he sabido más que de mis ojos.

MARFISA

¡Nunca tengas dicha! Aunque por ser tan necia, no te alcanzará esta maldición.

CLARA

Pues aún no te he dicho cómo canta y danza.

MARFISA

Ya se enmienda la ignorante, grosera, descortés y bachillera, que por hablar dice lo que no sabe. ¡Qué de parte está la tonta de su don Fernando!

CLARA

Más es tuyo que mío.

MARFISA

¿Cuándo fué mío? Pues con habernos criado juntos, aún no he merecido más amor que la llaneza de tratarnos sin cumplimientos.

CLARA

El y Julio, su ayo o su perdición, vienen muy aprisa, y a la puerta se queda su amigo Ludovico. [*Salen don Fernando y Julio.*]

MARFISA

¿Cómo vienes de esta suerte?

FERNANDO

No sé cómo te lo diga; ponte, Clara, a la reja, y mira si viene alguna justicia. [*Vase Clara.*]

MARFISA

¿Qué has hecho? ¡Triste de mí!

FERNANDO

Anoche...

MARFISA

Di, adelante.

FERNANDO

Anoche, entre la una y las dos, estaba hablando..., no se cómo la nombre.

MARFISA

Yo lo diré por ti, si se te ha olvidado. Hablabas con Dorotea.

FERNANDO

Con ese demonio, Marfisa.

MARFISA

¿Ella o yo? Que juntas el demonio con mi nombre, y siempre te lo parezco.

FERNANDO

Déjame, por Dios te lo suplico; que no es tiempo de quejas. Hablaba en fin con ella, contándole que

había soñado mil disparates de la mar, de las Indias, de los galeones y de la plata; pasaron dos hombres, amo y criado; deteníanse más de lo que pueden dar licencia aquellas horas; desviéme de la reja, díjela que cerrase la ventana, y sentéme en una piedra que sirve a los caballos y a los amantes de la calle, que todo es uno; volvieron tan descorteses, que quisieron reconocerme, metiendo los embozos de sus capas en la mía, mayormente el que la traía con oro; púseme en pie ligero, no de otra suerte que el toro que cerca de la vaca estaba echado, cuando por la senda que divide el prado siente latir los perros del cazador, que en confianza del plomo no le teme. «¿Qué quieren?» dije...

MARFISA

Eso no dijera el toro.

FERNANDO

Parece que te burlas.

MARFISA

Pues ¿qué he de hacer, sabiendo cuán mal se juntan una comparación y un sobresalto? Pero eso te ha quedado del curso de los versos.

JULIO

Señor, mira el peligro.

FERNANDO

Ya lo veo. Julio. — Marfisa, escucha. Respondiéronme: «Saber lo que hace en aquella reja...» «Estaba, le dije, preguntando si había de venir a aquellas horas algún hombre tan necio, que me lo preguntase.» Puse el broquel al pecho, porque es grande y hace más daño que provecho, quitando la vista; y sacando las espadas, se la puse al uno de los dos con gentil aire.

JULIO

Y yo, ¿no era nada entonces?

MARFISA

No hagas más efectos, por Dios; que temo lo que queda. Di presto; que bien puedes, pues vienes vivo.

FERNANDO

Maté al uno y herí al otro.

JULIO

Y yo, ¿mondaba nísperos?

FERNANDO

No se ha visto en el mundo valor como el que tuve.

JULIO

Y yo, ¿quedéme en casa?

FERNANDO

Bien lo hizo Julio. — ¿Qué tienes? ¿Lloras por mí, o por el muerto?

MARFISA

Lloro por entrambos.

FERNANDO

Mira si tienes qué darme; que me voy a Sevilla mientras pasa esta furia; porque temo que sepan quién lo ha hecho, o me conozca el que ha quedado vivo.

MARFISA

¡Triste de mí! Que si no es mis joyuelas, no tengo otra cosa que darte; pero piérdanse, pues te pierdo, que eras mi mejor joya: estas arracadas tienen diez diamantes...

FERNANDO

No te las quites, Marfisa.

MARFISA

Quien no ha de oír tus palabras, ¿para qué

quiere galas en los oídos? Voy por mis cadenas y lo demás que tenga algún valor. [*Vase.*]

JULIO

Gran ceguedad es la tuya, pues esto no te obliga.

FERNANDO

No puedo más; que no hay fuerzas contra la influencia del cielo y el albedrío del alma. Mas ¡cómo lo ha creído!

JULIO

Es uno de los defectos de las mujeres.

FERNANDO

¿Quedaron las mulas a punto?

JULIO

Con las maletas y cojines.

FERNANDO

¿Qué pusiste en la mía?

JULIO

Un vestido negro y alguna ropa blanca en una manga verde que me prestó Ludovico.

FERNANDO

¿Tienes botas?

JULIO

Una sola.

FERNANDO

De cuero digo.

JULIO

De lo mismo la llevo; pero de estas botas la sed son las espuelas.

FERNANDO

Por la calle de Dorotea habemos de pasar; que quiero que vea con sus ojos mi sentimiento; tú harás ruido para que se ponga a la ventana.

JULIO

No será menester; que en sintiendo que miran, ella se tendrá el cuidado.

FERNANDO

¡Válgame Dios! ¡Y lo que ha pasado por mí desde las nueve hasta las doce!

JULIO

La comida me holgara yo que hubiera pasado.

FERNANDO

En Getafe comeremos.

JULIO

No saldré yo de Madrid en confianza de Getafe.

FERNANDO

¿Qué te parece si fué verdadero el sueño?

JULIO

Calla; que viene. [*Vuelve Marfisa con Clara.*]

MARFISA

Mis cofres he revuelto, y cuanto he hallado que sea oro llevas en este lienzo.

FERNANDO

Mi alma sale a la fianza, y en prendas de esta liberalidad te dejo mi memoria. Escribiré en llegando, y escribiré en mi corazón la escritura de este recibo, para que la cobres de él, si Dios me deja volver a verte, testigos tus ojos. Mira con qué quieres que la firme.

MARFISA

¿Qué firma como tus brazos?

FERNANDO

No llores, Marfisa mía; que no acertaré a partirme; porque no hay rémoras para detener un alma como las lágrimas de lo que se adora.

MARFISA

En tu rostro las estampo, a efecto de que te acuerdes que las lloraron mis ojos casi en los tuyos, por engañarme de que eran tuyas.

FERNANDO

Alguna mía se ha mezclado en ellas, y yo te juro que las que me has puesto han hecho en mi rostro las letras de tu nombre; pero ¿qué esclavo trajo en el mundo hierros de diamantes? Yo me parto.

MARFISA

Yo me quedo muriendo. [*Vanse don Fernando y Marfisa.*]

JULIO

¡Ah, señora Clara! ¿Qué manda para Sevilla?

CLARA

Que saludes en mi nombre la Giralda.

JULIO

¿No me das algo para el camino?

CLARA

Esta sortija de azabache.

JULIO

Cosa de precio, digo.

CLARA

La fineza de los amores es estimar las cosas de poco precio; que las que le tienen, sin amor se estiman.

JULIO

También el amor se prueba en socorrer la necesidad de lo que ama.

CLARA

¿Quién te ha dicho que te amo yo, para socorrerte?

JULIO

Dame esa gargantilla; que ¡por vida tuya que estás mejor sin ella! Porque esa nieve no ha menester más adorno que su hermosura.

CLARA

Resfriaréme si me la quito.

JULIO

Yo te daré una liga.

CLARA

Pareceré caballo con banda al cuello.

JULIO

¿Qué traes en esta bolsilla?

CLARA

Unos pedazos de búcaro, que come mi señora; bien los puedes comer, que tienen ámbar.

JULIO

No los gasto de Portugal; mejor como búcaros de Garrobillas.

CLARA

Mi ama llora; voy a consolarla.

JULIO

No lo voy yo de ti; pero algún día...

CLARA

Pues ¿qué pensabas? ¿Qué era yo la menteca de Marfisa, que paga los celos de Dorotea con sus joyas? Vete, Julio; que no es nobleza comprar caro y vender barato, vestir locos y no pagar criados, y dar una mujer a un hombre lo que ha menester para sí misma; si no es que ya con lo

que nos hurtan del traje, también quieran que les valga el privilegio de nuestras condiciones. Pero en llegando a esto, tómense nuestros aliños, nuestros rizos, nuestros moldes y nuestros espejos; pero al pedir no toquen, porque lo tenemos ejecutoriado desde el principio del mundo, revalidando esta exención cuantos siglos hasta el presente han presidido al tiempo [*Vanse.*]

ESCENA SÉPTIMA

[*Sala en casa de Teodora.*]

TEODORA. — GERARDA. — CELIA. — DOROTEA

GERARDA

Esté en buen hora la honra de las viudas, el ejemplo de las madres, la maestra primorosa de las cortesías, la caritativa huéspeda de las desamparadas, magüer aunque con poca dicha, que merecía ser princesa de Transilvania.

TEODORA

Notable vienes, Gerarda, hablando a lo moderno y a lo antiguo. ¿Cómo has casado el *Maguer* y la *Primorosa*, ésta moza y aquél viejo?

GERARDA

Ya, Teodora, nuestra lengua es una calabriada de blanco y tinto.

TEODORA

Con eso la hablas de tan buena gana.

GERARDA

Un asno entre muchas monas, cócanle todas.

TEODORA

No te enojes, por mi vida. ¿De dónde vienes?

GERARDA

Vengo de donde nací, y voy adonde tengo de morir. En la Merced he cumplido con alguna de mis devociones.

TEODORA

¿Tose el padre prior? Bueno será el sermón.

GERARDA

Pues en verdad que no vengo a predicar, sino a tomar doctrina de vuestra virtud.

TEODORA

Tal sea mi vida, cual es la perdiz con lima. Ya,

Gerarda, no querría más de que saliese esta moza bien morigerada de mi educación.

GERARDA

Y esas dos palabritas, ¿de dónde son, Teodora? Bien digo yo, que se pega la habla como la sarna.

TEODORA

Comer a gusto, y hablar y vestir al uso. ¿Rezaste por nosotras, como lo prometiste?

GERARDA

A los cinco rosarios me deparó mi dicha... ¿quién dirás, Teodora? ¿Mas qué no lo adivinas?

TEODORA

¿Era aquella beata mortificada, que anda enseñando las cadenillas de hierro en las muñecas?

GERARDA

¡Sí, por cierto! *Viene de la huesa y pregunta por la muerta.* No, sino aquel caballero indiano, que os dije esta mañana que miraba con buenos ojos a Dorotea. Allí estaba rezando como un cordero. Debe de ser un bendito; que mirad, amiga, no todos los hombres comen la caza que matan: amores hay honestos que se causan naturalmente por no sé qué sinfonía o simpatonía, que dicen estos que saben poco latín y mucho griego.

TEODORA

Vieja que baila, mucho polvo levanta.

GERARDA

Por mi vida, que no seáis aguda, sino discreta. ¿Es mejor la perdición de Dorotea por Fernandillo? A peso de oro habíais vos de comprar *un hombrón de hecho y de pelo en pecho*, que la desapasionase de estos sonetos, y de estas nuevas décimas o espinelas que se usan; perdóneselo Dios a Vicente Espinel que nos trajo esta novedad y las cinco cuerdas de la guitarra, con que ya se van olvidando los instrumentos nobles, como las danzas antiguas, con estas acciones gesticulares y movimientos lascivos de las chaconas, en tanta ofensa de la virtud, de la castidad y el decoroso silencio de las damas. ¡Ay de ti, alemana y pie de gibao, que tantos años estuviste honrando los saraos! ¡Oh poderosa fuerza de las novedades! Pero, volviendo al señor don Bela, me dijo que no era su intento enamorar las rejas y dar materia de nota a las vecinas, sino con todo recato y decencia servir a Dorotea, y regalarla magnífica y espléndidamente; y dígolo como él lo dijo.

TEODORA

Temas hay de gavilán, que está cocido y quiere volar. Mirad, Gerarda; no es buena razón de estado que para sacar a mi hija de este lodo la metiésemos

en otro. Confieso la necesidad de esta casa y las obligaciones de ella; pero, aunque sean mayores, no es bueno romper la seda por sacar la mancha. Bien creo que ese caballero indiano fuera remedio de Dorotea, pero es muy costoso.

GERARDA

Tres cosas hacen al hombre medrar: ciencia y mar y casa real. Comadre, comadre, este mar no le navegáis vos, ya le pasó el indiano; deshonor por deshonor, troquemos el perdido por el que trae provecho. Discreta sois, miradlo bien, y consultad esta noche las almohadas; que podría ser que este caballero se casase con Dorotea, como lo han hecho otros muchos de mejor calidad, aunque la suya es grande, con personas más desiguales y de menores méritos.

TEODORA

Eso es cuando se brindan el amor y la fortuna, y hechos unos zaques levantan caídos y derriban levantados; pero cuando esto llegase a casamiento, que ya tenemos verdadera noticia de que su esposo Ricardo es muerto en Lima (¡bien haya Lima que deshizo y rompió tales prisiones!), ¿cómo se ha de remediar Dorotea para el honesto tálamo?

GERARDA

Es verdad que la dificultad ha menester a Hipócrates. ¡Miren qué cadeneta en el aire para po-

nerse anteojos!: como si los de un novio fuesen de larga vista, donde la mentira hace el papel del melindre y la confianza el del engaño. En verdad que pienso que de estas desgracias han pasado por estas manos más de sesenta y cinco, y que ninguno hasta ahora se ha quejado. No es tan boba Dorotea, que no sabrá llevar lo blanco de la pluma de un palomino entre el cabello para teñir a su tiempo con arte lo que ya era imposible por naturaleza.

TEODORA

Gerarda, no paséis adelante; que ella y Celia están fuera, y pienso que vienen.

GERARDA

Me voy por esta otra puerta. [*Vase.*]

ESCENA OCTAVA

TEODORA. — DOROTEA. — CELIA

TEODORA

¿De dónde vienes a las dos de la tarde, Dorotea? ¿Qué templo hay ahora abierto? ¿Qué devoción te excusa? Así se harán las haciendas de casa. Dos meses ha que comenzaste ese cañamazo para los taburetes. *Quien no ha mesura, toda la villa es suya.* Se habrá comunicado mi enojo con el Caballero de la ardiente espada: ¡cuál me habrá puesto!

¿Qué don Diego Ordóñez diría tales retos sobre Zamora la bien cercada? Miren allí cómo viene: ¡qué encendida! ¡qué descompuesta! ¡Plegue a Dios que yo mienta!

DOROTEA

Esto es lo que yo había menester.

CELIA

[*Aparte a Dorotea.*] — Ten paciencia; que importa.

DOROTEA

Más me importa acabar de todo punto mis desdichas que tener paciencia.

TEODORA

¿Qué estáis hablando las dos? Haréis burla de mí a coros: *ríñeme mi madre, y yo trómposelas.* Dame de comer, Bernarda, que esta señora no vendrá en ayunas; que pasteles y fruta no habrán faltado a aquel pobre hidalgo; que hasta regalos hechos bien alcanza su renta. — ¿Qué hace esa negra? ¿Por qué no sale de la cocina? Yo lo habré de hacer todo; que estas damas querránse recoger a contemplar en algún soneto. [*Vase.*]

CELIA

Déjala ir, no la repliques.

DOROTEA

¿Qué ruido es ese que hay en la calle?

CELIA

Unos caballeros que van de camino, y en el habla me parece que he conocido a Julio.

DOROTEA

El alma me has turbado; voy a verle. ¡Ay triste! Aquel de las plumas y la cadena, ¿no es don Fernando?

CELIA

Ahora vuelve el rostro.

DOROTEA

El es sin duda, él se va por lo que le dije: ¿cómo podré llamarle?

CELIA

No es posible: que va muy aprisa.

DOROTEA

¡Qué coléricos son los celos! ¡Muerta soy! ¡oh qué mal hice! Mi Fernando se va, no quiero vida.

CELIA

¿Qué haces, señora? ¿Qué has metido en la boca? ¡Jesús! La sortija de los diamantes se ha tragado para matarse. ¡Señora!... ¡Señora!... [*Vuelve Teodora.*]

TEODORA

¿Qué quieres, Celia?

CELIA

Dorotea se muere.

TEODORA

¡Ah niña! ¡Ah mis ojos! ¡Dorotea, Dorotea! ¿Cómo ha sido esta desgracia?

CELIA

No lo será pequeña si se muere. ¡Oh más firme que Porcia y con más noble muerte!: que la de Roma se mató con brasas, y con diamantes ésta.

CORO DE AMOR

SÁFICOS ADÓNICOS

Amor poderoso en cielo y en tierra,
dulcísima guerra de nuestros sentidos,
¡Oh, cuántos perdidos con vida inquieta
tu imperio sujeta!
Con vanos deleites y locos empleos,
ardientes deseos y helados temores,
alegres dolores y dulces engaños
usurpas los años.
Tirano violento de tiernas edades,
el bien persuades y al mal precipitas,
el fin solicitas del mismo a quien quieres:
tan bárbaro eres.
Huid sus engaños, haced resistencia
a tanta violencia, oh locos amantes;
que son semejantes al áspid en flores
sus vanos favores.
Templa las flechas en agua de olvido,
amor bien nacido de iguales extremos,
por que cantemos tus loores divinos
en sáficos himnos.

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

GERARDA. — DON BELA. — LAURENCIO

BELA

No digo yo lo prometido, pero todo el oro que el Sol engendra en las dos Indias me parece poco, y aunque se añadieran los diamantes de la China, las perlas del mar del Sur y los rubíes de Ceylán; y a ti, discreta Gerarda, a cuyo entendimiento se debe esta victoria, quiero servir por ahora con estos escudos.

GERARDA

El cielo te dé la vida que tus liberales manos merecen. No sé qué dicen de los indianos, o tú eres excepción de la generalidad con que se habla en ellos, o por algún miserable quedaron con mal nombre, como los calabreses nobles; porque se dice que aquella tierra fué la patria del hombre más infame.

BELA

Laurencio...

LAURENCIO

Señor...

BELA

Dale a Gerarda aquella tembladera de plata para que haga chocolate, y una de las dos cajas.

LAURENCIO

[*Aparte.*] — ¡Qué pronto dejarán en cueros a mi amo estas bellacas! ¿Mas qué volvemos a las Indias en calzas y en jubón como el hijo pródigo? Tome, madre.

GERARDA

La tembladera tomo, las cajas guarda; que el chocolate que yo bebo, por acá se hace en Sanmartín y en Coca.

LAURENCIO

Coca y Mona son dos lugares que caen juntos como Manzanares y la Membrilla.

GERARDA

¡Qué delgada es esta tembladera!

BELA

No se repara en el peso, sino en la capacidad.

GERARDA

Ninguna cosa de plata perdió por el peso.

BELA

Así es verdad; pero pon la voluntad dentro, y será pesada.

GERARDA

Dársela quiero a Dorotea.

BELA

No, por Dios, Gerarda; que es destruirme. ¡Hola, Laurencio!...

LAURENCIO

Señor...

BELA

Dame aquel búcaro dorado, que tiene el Cupido tirando al dios marino.

LAURENCIO

[*Aparte.*] — ¿No lo digo yo? Me quemen sino andan los conjuros.

GERARDA [*Aparte.*]

Este pícaro murmura; menester he contentarle.

LAURENCIO

Este es el búcaro.

BELA

Toma y dale a Dorotea; que si pone en él los rubíes de la boca, le volverá diamente, digno de la ambrosía de los dioses; y si quieres alegorizarle estas figuras, di que el Cupido es ella y yo el dios marino, pues vine por la mar a que me tirase las flechas de sus ojos.

GERARDA

¡Qué discreción, qué gracia, qué aplicación tan linda! ¡Oh entendimiento, dulce parte del alma! Moriráse por ti Dorotea, que está desvanecida de discreta, y no hay regalos que la enamoren como conceptos, ni tesoros que la obliguen como estas aplicaciones. ¿Qué dicen estas letras?

BELA

Omnia vincit amor, que es un hemistiquio de un poeta latino.

GERARDA

¡Jesús, don Bela! Concertados estáis los dos; que es muerta por hemisciquios.

LAURENCIO

Deben de ser en oro. [*Aparte.*] ¡Oh taimada vieja!

GERARDA

Si tú tienes algo de poeta, ganarásle el alma; porque como las mujeres son desvanecidas por que las alaben, esto hacen los versos con tanta bizarría, que las vuelven locas.

BELA

Yo le diré tales hipérboles y energías, que no me igualen cuantos ahora escriben en España.

GERARDA

Acabóse: si ella te oye eso de hipérboles y energías, como suele un niño ir los brazos abiertos a quien le regala, se irá a los tuyos; que en oyendo un vocablo exquisito, le escribe en un librillo de memoria, y que venga o no venga, le encaja en cuanto habla. ¿Cómo dijiste esas dos voces?

BELA

Hipérboles y energías.

GERARDA

Parecen frutas de las Indias, como plátanos y aguacates. Ahora bien, voy a darle este búcaro, y a comprarle de estos escudos algunas tocas; que como la moza es virtuosa y su madre miserable, ándase todo el año en cabello, ¡y qué cabello! Cuando le peina y tiende, parece una Magdalena

en el desierto; apenas le puedo coger con entrambas manos.

BELA

No, Gerarda, eso no; guarda tus escudos, y llévale estos doblones para que ella los compre.

GERARDA

¡Oh generoso caballero! ¡Oh hidalgo pecho! Dame esas manos; que te las quiero comer a besos.

LAURENCIO [*Aparte.*]

Como eso le habéis de comer tú y la doncella. ¡Ay tan grande invención como la desta hechicera!

GERARDA

Compraréle de camino medias y zapatos. ¿Zapatos dije? Zapatillos, y aún no es bastante diminutivo. Si la vieses..., no tiene tres puntos de pie, con ser la pantorrilla bizarra cosa; y esto efectivo, efectivo, que no comprado.

LAURENCIO

Los diablos tiene en el cuerpo esta hechicera. ¿Mas qué le da más oro?

BELA

No compres las medias, Gerarda; que yo se las enviaré hoy, con pasamanos y tabi para un manteo.

GERARDA

Pues si vas a la puerta de Guadalajara...

LAURENCIO [*Aparte.*]

Mala jara te pase.

GERARDA

No se te olvide la pobre vieja; que traigo este monjil más hecho andrajos que el sayo del hijo pródigo.

LAURENCIO [*Aparte.*]

Ese será mi amo.

BELA

Yo te sacaré monjil y manto.

GERARDA

¿Mas qué se te olvida algún manteo de frisa o de palmilla? Allí los hallarás colgados; no es menester aguardar la lista de los sastres: «daca para el angeo», «no hay harta seda», y otras impertinencias y sacaliñas.

BELA

¿De qué color eres, amiga?

GERARDA

De todas, príncipe; que cuando era moza, me inclinaba a verde; porque *quien se viste de verde, a su rostro se atreve;* pero ya, ¡mal pecado!, no hay color para mí como el abrigo, y más cuando veo que se aderezan los tejados, que es la mayor señal del invierno. Y espántome de los poetas, que cuando le pintan, diciendo que ya braman los aires, las fuentes se quejan, las aves hacen defensa a los futuros hielos, no hayan dicho: «ya se aderezan los tejados y se limpian los braseros».

LAURENCIO [*Aparte.*]

¡Oh, vieja futura! ¡Qué de parola mete!

BELA

Tendrás manteo, Gerarda, que será el tejado de tu invierno.

GERARDA

Dios te cubra de su gracia, y te abrigue de su gloria.

LAURENCIO [*Aparte*].

Debe de acabar el sermón.

GERARDA

En los ojos te veo que me le has de dar guarnecido...

LAURENCIO [*Aparte.*]

¡Y pedíale de frisa!

GERARDA

Que, aunque vieja, no me pesa de que me digan que llevo buenos bajos, que dan autoridad a la persona y buena opinión a la limpieza. Un poeta dijo que los pajes y lacayos eran los bajos de los señores, que, si van mal puestos, le desautorizan. No hay galán con mal pie y pierna; no hay casa firme sin buen cimiento; el lodo respeta las cosas nuevas, y no se pega tanto. Finalmente, de tres jornadas que tiene la mujer, conviene saber: la cara, la cintura y la planta, los bajos son el acto tercero. La mayor gracia en ellas y en los hombres es el andar bien: quien no está bien calzado, ha de andar mal por fuerza, y apenas se ha mirado la cara del que pasa, cuando los ojos bajan a registrar los pies; y si no van tales, no hay pavón tan lindo que no deshaga la rueda. Quédate con Dios, y a la tarde podrás ver a Dorotea, que ya está levantada.

BELA

Madre, ¿qué fué aquello de la sortija?

GERARDA

Un testimonio, celos de casadas, envidia de doncellas, malas lenguas de mujeres libres. ¡Pobre

de la hermosura! A nadie sin pensión la ha dado el cielo.

BELA

No sé qué me dijeron de un caballero que se iba, y que quiso matarse.

GERARDA

¡Matarse! Para eso está el tiempo. Como que no hubiese alma, y se hubiese de dar cuenta a aquel justo Juez de muertos y de vivos.

BELA

¿Por eso lloras?

GERARDA

Soy tan devota, que en hablando en el Señor, no puedo contener las lágrimas.

LAURENCIO [*Aparte.*]

Todo aquello es vino.

BELA

No llores, madre.

LAURENCIO [*Aparte.*]

Sálese el cuero.

GERARDA

Me voy a rezar un poco; que tengo no sé qué devociones; que no me dejan doncellas para casarse, ni enfermos para tener salud.

LAURENCIO [*Aparte.*]

Hará milagros.

BELA

Mira que estaré a las tres a la puerta de Dorotea.

GERARDA

¡Y yo esperándote! [*Vase.*]

LAURENCIO

Señor, ¿tienes juicio? ¿De esa manera gastas?

BELA

Necio, las entradas del amor son éstas; en ganando la plaza, retiraré la artillería.

LAURENCIO

¿Qué importa, si has gastado la munición, y no puedes cuando quieras?

BELA

Yo me conozco.

LAURENCIO

Y yo la corte.

BELA

Ya es tarde para persuadirme: sirve y calla, Laurencio; que no te traje para consejero, sino para criado. [*Vase.*]

ESCENA SEGUNDA

[*Sala en casa de Teodora.*]

DOROTEA. — CELIA

CELIA

¡Qué hermosa te hace el hábito de convaleciente! Que, fuera de la compuesta armonía de tus facciones, como a otras lo macilento desmaya, a ti te adquiere gracia lo descolorido.

DOROTEA

Pienso que estoy muy fea; que la perfecta lisonja siempre tuvo fundamento sobre defectos.

CELIA

En ti es imposible; que yo he oído decir que el cielo no admite peregrinas impresiones, ni tu rostro cosa indigna por lo mismo.

DOROTEA

¡Qué docta te dejó el buen Julio, maestro o ayo de aquel caballero ausente!

CELIA

Para esto no he menester yo sus libros: bien conozco que ellos sabían; pero más he aprendido yo de ti que de ellos, que sabes más que entrambos.

DOROTEA

En lo que más presumo que no estoy como dices, es en lo que me encareces; que los encarecimientos mentirosos, más son consuelo de las partes defectuosas que alabanzas; como cuando a una persona de mayor edad le dicen que no pasa día por él; y dicen bien, porque parece que ya los días le han dejado, y que él se pasa sin ellos.

CELIA

No le has tenido mejor en tu vida, di lo que quisieres; porque fuera del escapulario azul sobre el hábito blanco, miras por lo condolido con tanta garabatosa suavidad, que provocas a amor y a lástima: dos efectos que atraen la voluntad entre la piedad y el gusto.

DOROTEA

Yo me contento con haber quedado viva. Dame un espejo; que las mujeres, en viendo que nos

alaban, deseamos ver lo que alaban, no porque no lo creemos, sino por vanagloria de gozarlo.

CELIA

Este es el que tú llamas Felipe Liaño, porque retrata divinamente; pregúntaselo, y verás si no dice lo mismo.

DOROTEA

El dice verdad, y tú mientes. Toma, toma, cuélgale; que ni esta mañana ni ahora me ha engañado. Bien muestra mi rostro, como espejo de las facciones del alma, lo que tengo en ella: que yo no enfermé de destemplanzas de la sangre, sino de accidentes del espíritu. ¡Ay de mí! ¿Que tan necia resolución tomé cuando tan atrevida a mi amor dije tales locuras a Fernando?

CELIA

No comencemos esa plática por Dios; que volveremos a los desmayos pasados, y si el primero mal te ha perdonado, porque te halló robusta, no lo hará el que le sucediere, porque te hallará débil.

DOROTEA

¿Qué hará mi bien ahora?

CELIA

Estará en aquella gran ciudad, Babilonia de España, divertido por ventura en otro gusto; que

quien tuvo ánimo para irse, le habrá tenido para mudarse. Mal conoces la inconstante naturaleza de los hombres.

DOROTEA

De nosotras la tomaron.

CELIA

Primero fueron ellos.

DOROTEA

Nosotras salimos de sus espaldas.

CELIA

Con eso nos tienen en poco.

DOROTEA

Eso es por dos cosas que no caen en su culpa.

CELIA

¿Cuáles son?

DOROTEA

Guardarles poca lealtad, o nacer desdichadas.

CELIA

Y ¿qué lealtad nos guardan ellos?

DOROTEA

¿Tú no ves que son hombres?

CELIA

¿Que son hombres? Yo me holgara de ver el privilegio de la Naturaleza, por donde consta la libertad de que usan.

DOROTEA

¿Piensas tú que se les dió de balde?

CELIA

¡Y cómo si lo pienso, pues nacen como nosotras!

DOROTEA

¿No ves que está a su cargo nuestro sustento y vestido, y que corre por su cuenta nuestro amparo?

CELIA

Y ¿qué padecen las mujeres con su crianza? ¡Eso no es nada! Fuera de los dolores que les cuestan. ¡Quien los ve tan humildes, diciendo tata y mama, jugando con los pezones de los pechos, y a las pobres madres llamándoles reyes, emperadores y papas, y haciéndolos reír con las cosquillas! Y después, hechos unos leones, con tan malas palabras, con tan crueles obras; y lo que es

más de llorar, ensangrentando a veces esos mismos pechos que los criaron.

DOROTEA

Yo, Celia, no quiero defenderlos, que soy mujer; pero así como entre nosotras hay buenas y malas, hay también entre ellos malos y buenos. No es lo que yo siento ahora ni su bondad ni su malicia; la ausencia de uno que quise me atormenta. Este bien sé yo que era bueno para mí.

CELIA

Ya lo será para otra.

DOROTEA

No me des celos; que rodea con ellos el amor para el olvido. Dime que piensa en mí, revolviendo la memoria de nuestras cosas pasadas, sin descanso de noche, sin gusto de día; que le enfadan los amigos; que le parecen las mujeres feas; que va y viene desde Sevilla a Madrid más veces su imaginación que tiene el tiempo instantes; que con las desconfianzas despierta la voluntad y el olvido duerme. Verdad es que yo no tengo esperanza, porque solicité conmigo estos engaños, y podría decir lo que Luis de Camoens con tanta gracia, como otras muchas cosas, en su lengua portuguesa, quejándose de amor:

Que naon pode tirarme as esperanças,
que mal me tirará o que eu naon tenho.

CELIA

¡Con qué gracia hablaste la lengua portuguesa! ¿Para qué no la tendrá tu donaire?

DOROTEA

Ella es dulcísima, y para los versos lo más suave.

CELIA

Por tu vida, que con tu raro juicio arrojes de ti este pensamiento; y pues dices que estás sin esperanza, que te esfuerces a estar sin memoria, o que la tengas de las ofensas que ahora te hace con la ira o con la condición este sujeto de tu injusta tristeza.

DOROTEA

No lo creas, Celia; que los hombres nunca están más inhábiles para ofendernos que cuando maltratados; que mejor les va el ánimo cuando están satisfechos de que los queremos.

CELIA

Sí, en verdad. Sevilla es para eso; eso dicen de la hermosura de sus damas y aquellas bocas desenfadadas, donde tan lindos dientes brillan, que, como de las Indias traen perlas a España, pueden ellas enviar perlas a las Indias. Pues el río ¡es bobo para no ser el del olvido! ¿No ves que entra en el Guadalete, aquel río del romance

de la estrella de Venus? Que, preguntándole yo a Julio qué río era este que se cantaba más que nuestro Manzanares, me dijo que los antiguos pusieron allí el Leteo, que eso es Lethe, porque Guada es río, nombre arábigo, como Guadarrama, Guadalquivir, Guadalajara. Pues ¡lo que cuentan de sus barcos, con los tendales de ramos de naranjos, en que pasan a Triana y al Remedio!

DOROTEA

¡Nunca Dios te le dé, necia! ¡Qué alivio el mío cuando pudiera decir mi amor aquellos famosos versos:

> Que ya mis desventuras han hallado
> el término que tiene el sufrimiento!

CELIA

Ves ahí lo que te ha dejado don Fernando: versos, acotaciones y vocablos nuevos, de estos que no se precian de hablar como los otros.

DOROTEA

¿Qué mayor riqueza para una mujer que verse eternizada? Porque la hermosura se acaba, y nadie que la mire sin ella cree que la tuvo; y los versos de su alabanza son eternos testigos que viven con su nombre. La Diana de Montemayor fué una dama natural de Valencia de Don Juan, junto a León; y Ezla, su río, y ella serán eternos por su

pluma. Así la Fílida de Montalvo, la Galatea de Cervantes, la Camila de Garcilaso, la Violante de Camoens, la Silvia de Bernaldes, la Filis de Figueroa, la Leonor de Corte Real. Amor no es margarita para bestias: quiere entendimientos sutiles, aborrece el interés, anda desnudo, no es para sujetos bajos; después de muerta, quiso y celebró el Petrarca su bella Laura. Fernando me quiso en Madrid, y me querrá en Sevilla; y si se le olvidare, yo le enviaré allá mi alma que se lo acuerde.

CELIA

Yo, señora, deseo divertirte: no juzgues a malicia esta pintura breve del lienzo de Sevilla puesto en práctica. ¿Pensabas que era el Betis como nuestro Manzanares, río con mal de piedra, todo arenas, por quien dijo don Luis de Góngora, aquel famoso cordobés, que un jumento le orinó el invierno, y otro se lo bebió el verano?

DOROTEA

Manzanares no se precia de profundo; que es, como ingenio cortesano, oropel y ruido; de orillas sí y de seguridades: no es traidor como otros ríos, que han menester cada verano treinta ahogados, como aquel Minotauro que se comía los hombres; y más vale una noche de San Juan suya entre verbenas, álamos y mastranzos, que los días que dices de barcos enramados. Demás que, si por el

Betis vienen barcos de plata a la torre del Oro, por Manzanares vienen coches de perlas y diamantes, en mil hermosas damas, adonde para cuanto crían las Indias.

CELIA

Sí; pero ¿cómo puedes negar la culpa que tiene en que siendo los veranos tan humilde, se deja entrar de mil géneros de hombres y mujeres, hecho un valle de Josefat? Lastimosa libertad de la corte, no poco murmurada de los que saben cuánto importa en las mujeres la honestidad y en los hombres el recatarla de tantos ojos. Liñán de Riaza, ingenio ilustre, habló en los paños que lava, cuando dijo que era Manzanares

«Rico de plantas de pies,
Y de agua menguado y pobre.»

Pero más satírico el otro poeta, que dijo por el mismo:

«Que no son álamos todos
los que en el agua se ven.»

DOROTEA

Déjame, Celia, vete a tu labor; que más me quiero estar sola, que con quien me pone en las heridas cáusticos para matarme.

ESCENA TERCERA

MARFISA. — CLARA. — DOROTEA. — CELIA

MARFISA [*A Clara, dentro.*]

Abierta está la puerta, y el estrado enfrente.

CLARA [*Dentro.*]

Esta es la falsa, que la principal cae en la otra calle, que corresponde a ésta, aunque todas deben de ser falsas. [*Salen Marfisa y Clara.*]

MARFISA

¿Habrá, señoras mías, un jarro de agua para una mujer que viene del campo, y fatigada de poca salud?

DOROTEA

Désela Dios a tan gentil disposición, bizarro talle, gallardo aseo y hermosa cara. Entre, y siéntese para beberla; descansará también, y si es servida, enviaré por una silla para que vuelva a su casa.

MARFISA

¡Qué conformes palabras con la hermosura del dueño! Conformáronse el cuerpo y el alma: tal licor para tal vaso.

CELIA

El del agua está aquí, no sé si fresca; que ya no enfrían las cuevas.

DOROTEA

No bebáis, que os hará mal sin comer algo. Trae una caja, Celia, o mira si ha quedado algún bizcocho de los que me envió mi confesor.

MARFISA

Bésoos las manos; el agua quiero sola.

DOROTEA

No bebáis tanto.

MARFISA

Buena está, y no pierde por el olor del búcaro.

DOROTEA

Lleváoslo, con otros dos que son de la misma tierra.

MARFISA

¡Tantas mercedes! Este solo llevo por vuestro. Toma, muchacha; que es grande para la manga, donde le llevara por estimarle, y si fuera menor le colgara al pecho.

DOROTEA

Más habéis dado que recibís, aunque fuera de oro.

MARFISA

Cuanto hay en vuestra casa lo es. ¡Qué aseo, qué limpieza! Un nácar parece esta sala, y vos la perla.

DOROTEA

Después que estáis vos en ella, podrá parecerlo.

MARFISA

Dejando la respuesta a vuestra cortesía, ¿qué contiene este hábito?

DOROTEA

Una promesa.

MARFISA

¿Habéis estado indispuesta?

DOROTEA

Y con gran peligro.

MARFISA

No se os parece. ¿Qué mal tuvisteis?

DOROTEA

Un castigo.

MARFISA

¿De qué?

DOROTEA

De un atrevimiento.

MARFISA

Parecen males de amor, y en vos no pueden ser otros.

DOROTEA

Dije lo que no pensaba, y pensando en lo que dije, solicité mi muerte.

MARFISA

Creo que he oído que a vuestra puerta mató un don Fernando a otro caballero.

DOROTEA

¿Quién os dijo tan gran mentira? Mas pienso que debió de ser él mismo.

MARFISA

No le conozco; más sí a una dama muy suya a quien él lo dijo.

DOROTEA

¿Dama muy suya?

MARFISA

Ella se alaba de eso.

DOROTEA

Celia...

CELIA

Señora...

DOROTEA

¿No escuchas esto?

CELIA

Habrán engañado a esta dama.

MARFISA

También pudo ser posible; perdonad mi deslumbramiento, si este caballero os importa, o es acaso el dueño de vuestra casa.

DOROTEA

Ni me importa, ni es el dueño; pero tengo una amiga a quien él engañaba, y por ella me pesa.

MARFISA

¿Con qué la engañaba?

DOROTEA

Con amores, con caricias, con idolatrías, con papeles discretos, con versos amorosos, con amanecer a su puerta, con celos y con lágrimas.

MARFISA

¿Lloran los hombres?

DOROTEA

Este era tan lisonjero, que decía que ya él no era hombre; porque, transformado en su dama, había perdido el ser, y podía tener con disculpa esta condición; que en las mujeres la tiene, en quien las lágrimas son piedad, hermosura y consuelo, como mayorazgo de su imperfección.

MARFISA

Si él las llorara por vos, disculpado estaba, que sois un ángel, y más ahora, que el vestido blanco os sirve de alba y el hábito azul de estola.

DOROTEA

No era yo, cierto; que si lo fuera, no le hubiera dado causa para que se partiera.

MARFISA

¿Luego no está en Madrid?

DOROTEA

Fuése a Sevilla; pero cierto que me hacen sospecha vuestras preguntas, y si es que venís a informaros, ¿para qué tomasteis agua? Que mejor era para mí, pues vos sois el juez de este tormento.

MARFISA

Ni vengo a dárosle, ni vos le merecéis; pasé acaso, y las conversaciones nuevas traen mil despropósitos, y hacen caer en semejantes yerros; mas no debéis de maravillaros, que, como es ordinario en los hombres, en sacando una espada para ver los filos, sacarlas todos los que están presentes; así en nosotras, en sacando una sus pensamientos, las demás desenvainan los que tienen por mejores. Aseguraros puedo que en mi vida vi a don Fernando.

DOROTEA

Pues si queréis verle, podréis presto. Dame, Celia, el escritorillo de los embustes. No os haga escrúpulo el nombre; que en verdad que no soy hechicera; que le llamo así por las bagatelas que tiene: vocablo de un señor italiano, que me le ferió a un instrumento que yo tenía y que él codiciaba.

MARFISA

Debíades de ser vos el instrumento; porque el escritorio es el mejor que vi en mi vida, y tengo dos muy buenos.

DOROTEA

No seré galán con vos, aunque le alabéis, porque le estimo en mucho.

MARFISA

¿Qué tiene esta naveta?

DOROTEA

Papeles son.

MARFISA

¿Podré ver la letra?

DOROTEA

Parece que venís celosa.

MARFISA

Díjelo pensando que era vuestra, para ver cómo escribís; que para todo tenéis gracia, y si es como habláis, escribiréis altamente.

DOROTEA

Lo uno y lo otro hago mal. Este es el retrato.

MARFISA

¿Tan mozo es este caballero?

DOROTEA

Hízose cuando le apuntaba el bozo; ya le tiene, aunque poco.

MARFISA

¡Buena cara!

DOROTEA

No es lindo, pero todo junto es gentil hombre.

MARFISA

Perdonad que os pregunte: ¿cómo le tenéis vos, si no es vuestro?

DOROTEA

Por la buena mano de Felipe, que todos estiman tanto.

MARFISA

¿Queréismele feriar, si no os importa?

DOROTEA

Si vos decís que no le habéis visto, ¿para qué queréis su retrato?

MARFISA

Por saber si os importaba.

DOROTEA

Ya os dije al principio que éste era el escritorio de los embustes.

MARFISA

Disculpa bastante.

DOROTEA

No la tenéis vos de pedírmela.

MARFISA

Ya os dije la causa porque he codiciado ser amiga vuestra, y quisiera que desde luego no me encubriérades nada.

DOROTEA

¿Sobre qué trato queréis vos tan aprisa mis pensamientos? Lo cierto es que, aunque más los encubráis, se os ven los vuestros.

MARFISA

Soy agente de la amiga que os dije, y solicito su pleito. ¿Habéis tenido cartas de este caballero?

DOROTEA

Más parecéis juez que solicitador; amainad la libertad; que, como tengo pocas fuerzas y me lleváis cuesta arriba, me voy cansando.

MARFISA

¿Es clavicordio aquél?

DOROTEA

Es clavicordio.

MARFISA

¿También tenéis arpa?

DOROTEA

Si la tañéis, holgaré de oíros.

MARFISA

Nunca tuve más gracias que el desearlas. Ya soy vuestra amiga; cuando estéis más fuerte y de mejor humor, vendré a oíros.

DOROTEA

Vos me le dejáis tal, que no acertaré a serviros.

MARFISA

No ha sido mía la culpa, sino del mal que tenéis. —Vamos, Clara, y no quiebres el búcaro.

CLARA [*Aparte a su ama.*]

¡Qué bueno estaba don Fernando!

MARFISA

Tal es el pintor que le hizo. ¡Quién pudiera tomársele!

CLARA

Perdida queda. ¡Qué discreta has andado!

MARFISA

Pocas veces lo suelen ser los celos. [*Vanse Marfisa y Clara.*]

DOROTEA

¿Qué te parece de esta visita, Celia?

CELIA

Que nos engañó al principio.

DOROTEA

¡Dama Fernando, y más si es ésta! No sin causa se le dió tan poco de lo que yo le dije.

CELIA

Pues ¿cómo fué tan aprisa?

DOROTEA

Porque ya debía de tener prevenida su jornada. ¿Así, traidor?... Pues está cierta, Celia, que no

he tenido primero movimiento de rendirme, ni al indiano ni a las Indias, hasta este punto en que he oído de la boca de esta dama traición tan grande. ¡Oh fementido, oh falso, oh caballero indigno de este nombre! ¡A una mujer de mis prendas, ingrato, y que ha dejado por ti cuanto puede atraer la hermosura, la gracia y el entendimiento en la corte! ¿Esto merecía mi verdad? ¿Esto mis brazos? ¿Esto lo que he padecido con mi madre y deudos, las necesidades que me han combatido, y que vencí con tan honrada resistencia? ¿Qué Penélope fué más perseguida? ¿Qué Lucrecia más rogada? ¿Qué Porcia más firme? ¡Por ti me mataba yo con espada de diamante, que no pudiera labrarse mi firmeza con muerte menos firme! ¿Aquel valiente ánimo pagas con traiciones? ¿Gustos ajenos ocupaban tus brazos, cuando mis ojos lágrimas en las violencias de una madre airada? No más, injustísimo amor, no más; hoy sale Fernando de mi pecho, como espíritu, a los conjuros de esta mujer. Bien se ve que es ella, claro está; en sus razones se conoce, en sus preguntas se confirma. ¡Qué confiada hablaba! ¡El retrato me pedía! Mal hice en no dársele; pero mejor será el del alma, pues hoy le saca de ella la justicia de mi verdad y el delito de su mentira. Quédese aquí este otro para sacarle cada día a la vergüenza, dándole mil golpes.

CELIA

Temo que sean con la boca.

DOROTEA

¿Yo había de poner allí mis labios? ¿Yo, Celia? Plega a Dios que cuando tal haga, se me peguen y junten.

CELIA

Al naipe.

DOROTEA

Sí, sí, muy tierna me dejan estos celos; no celos, que son de lo que se imagina, sino de lo que se prueba. Tú verás lo que pasa: con una aguja le tengo de picar los ojos.

CELIA

Quejáranse los tuyos.

DOROTEA

No le miraré entonces.

CELIA

Pues ¿cómo verás dónde le picas?

DOROTEA

Un pintor tengo de llamar que le pinte una soga al cuello.

CELIA

¡Pobre Fernando! Mira que los caballeros no llevan soga; que el suplicio de su nacimiento es el

acero, por lo que tiene de espada, que es la profesión de la nobleza; pero hazme una merced.

DOROTEA

¿Qué quieres?

CELIA

Que no le mates sin confesarle. Déjale venir y pregúntale.

DOROTEA

Dirá mil mentiras. Ea, vuélveme a dar el escritorio; que hoy soy Julia con la cabeza del orador de Roma.

CELIA

¿Eras tú la que volvías por los hombres? *Escarbó el gallo, y descubrió el cuchillo.*

DOROTEA

Nunca pensé hallarle en tan hermosa vaina.

CELIA

Con celos todo parece mejor; que por eso los llamaron anteojos de larga vista.

DOROTEA

Ahora por mi mal creo sus alabanzas.

CELIA

En verdad que no es tan linda, y para dama con demasiada frescura.

DOROTEA

Si es hermosa, ¿qué importa fresca?

CELIA

Ser ganapán de leche.

DOROTEA

Más sientes de lo que dices.

CELIA

No lo hago por consolarte; pues ya lo estás de suerte, que quieres rendir tu rebeldía a un hombre extraño.

DOROTEA

Ningún español lo es, aunque viva en la China.

CELIA

A mí me parece demasiado hombre para la delicadeza de aquel tu ausente.

DOROTEA

La indignación facilita lo imposible.

CELIA

Debes de imaginar que al amor de Fernando le han crecido los bigotes con el tiempo, y nuestro don Bela se precia tanto de ellos, que los trae con sotacola los unos a la sombra de los otros.

DOROTEA

Cierto que es gentil hombre don Bela.

CELIA

Eso no lo oye don Fernando ni yo puedo decírselo.

DOROTEA

Escríbeselo, Celia.

CELIA

¿Para qué? Pues de la primera dama que se la ofrezca dirá lo mismo.

DOROTEA

¿Tan presto ha de hallar dama?

CELIA

En Toledo, el abad a huevo; y en Salamanca, a blanca.

DOROTEA

Yo tendré quien me lo diga.

CELIA

¿Para qué, si has de querer a don Bela?

DOROTEA

Dios sabe; yo te digo que vuelvan presto, y que Julio me diga cuanto ha pasado en mi ausencia.

CELIA

El callará por mí lo que Fernando hiciere contra ti.

DOROTEA

Yo le sabré obligar.

CELIA

¿No has oído aquel refrán que se hizo para los malos jueces? Pues encomiéndale a la memoria.

DOROTEA

¿Cómo dice?

CELIA

Beba la picota de lo puro; que el tabernero medirá seguro.

DOROTEA

Ya no se me da nada de don Fernando.

CELIA

Pareces loca.

DOROTEA

Al clavicordio me llego a divertirme.

CELIA

Y yo escucharte.

DOROTEA

[*Canta.*]

Al son de los arroyuelos
cantan las aves de flor en flor,
que no hay más gloria que amor
ni mayor pena que celos.
Por estas selvas amenas
al son de arroyos sonoros
cantan las aves a coros
de celos y amor las penas.
Suenan del agua las venas,
instrumento natural,
y como el dulce cristal
va desatando los hielos,
al son, etc.
De amor las glorias celebran
los narcisos y claveles,
las violetas y pensiles
de celos, no se requiebran:
unas en otras se quiebran
las ondas por las orillas,
y como las arenillas
ven por cristalinos velos,
al son, etc.
arroyos, murmuradores
de la fe de amor perjura,
por hilos de plata pura
ensartan perlas en flores:
todo es celos, todo amores;
y mientras que lloro yo
las penas que amor me dió
con sus celosos desvelos,
al son de los arroyuelos
cantan las aves de flor en flor,
que no hay más gloria que amor
ni mayor pena que celos.

ESCENA CUARTA

GERARDA. — DOROTEA. — CELIA

GERARDA [*Dentro.*]

Paz sea en esta casa, *et omnibus habitantibus in ea.*

CELIA

En los latines conozco a Gerarda; demonio es esta vieja. [*Sale Gerarda.*]

DOROTEA

Seas bien venida, madre.

GERARDA

Buena sea tu vida, angelito, ramillete de flores, retrato de la limpieza, estanco del aseo, cifra de la hermosura.

DOROTEA

¿Tantos requiebros? ¿Tantos?

GERARDA

Pues ¿qué quieres que te diga, si no he oído jamás tales palabras en tu boca? Que siempre me

has recibido con otra cara de la que Dios te ha dado; y ¡qué cara! El te bendiga: toma, toma; que quisiera ser higuera para darte dos mil en cada rama. ¡Qué niña de los ojos de Amor! ¡Qué rapaza para quitarle el arco, y con la cuerda de la flecha darle dos mil azotes! Que como le pintan desnudo, no fuera menester quitarle los gregüescos. ¿De qué ríes? Niño es, no le imagines hombre como unos bellaconazos que se van al río, y delante de todo el mundo están en cueros, que parecen ristra de azotados. Cuando yo tenía marido, nunca me dejaba ir a esas fiestas; desde allí quedé tan bien enseñada: a los hospitales me voy, y les llevo mi jarrillo de vino y mis bizcochos. Verdad es que se lo pruebo en el portal, porque no les haga mal si es nuevo. Siempre que oigo cantar aquel romance que comienza: «*Dejóme amor de su mano*», me acuerdo del río de Madrid y de sus aventuras el mes de julio, en cuyos baños se pudiera echar un arbitrio; que no le pagaran de mala gana los poco honestos ojos.

DOROTEA

Madre, bien se puede ir a parte que no se vean hombres, o pasar con tanta honestidad, que no los vean las mujeres.

GERARDA

¡Ay, hija, que no sé qué tenemos en la imaginación, que parece que siempre nos está diciendo,

cuando no queremos mirar: «¡Míralo, míralo!» Otra vez te vuelvo a dar higas; que por muchas que te dé, más hermosura tienes donde quepan. ¡Qué bizarra te hace el hábito! En esta religión cualquiera se fuera fraile: a fe que no dijera Cupido, si te viera, lo que dijo a Venus cuando se quería meter monja en Roma en el templo de la diosa Vesta: «*Cuando yo fuere fraile, madre; madre, cuando yo fuere fraile.*»

DOROTEA

Gerarda mía, estoy muy triste.

GERARDA

Calla, bobilla, desconfiadilla, que estás abrasando el mundo con la nieve de ese hábito, partido de ese escapulario azul, como miran los astrólogos el cielo con la banda de los signos. ¿Qué piensas que te traigo? Mira, mira, ¡qué búcaro tan lindo! Aquí está Cupidillo, aquel de tu edad, aquel dulce matadorcillo. Toma, azótale, por el mal que te ha hecho: bien lo merece. Pero no, por el siglo de mi confesor; que primero me has de dar algo.

DOROTEA

¡Qué lindo es!

CELIA

A ver, señora.

DOROTEA

Déjale; que le ensucias, Celia. — Pero ¿qué quieres que te dé, madre?

GERARDA

No más de recibirle. Di: «Yo le recibo».

DOROTEA

¿Es casamiento?

GERARDA

Pues a fe que me dieron a mí una tembladera de plata, que me ha hecho temblar hoy a la comida, porque hace tres cuartillos, aunque, si digo verdad, ya estaban hechos.

CELIA

Serían seis, madre.

GERARDA

Contigo me entierren, que sabes de cuentas. Pedí para ti medias y zapatos, y están sacando un manteo de tabi y unos pasamanos escarchados, que no se los puso Cleopatra tales, aquella que molía perlas para brindar a Marco Antonio; en que verás las necedades de los antiguos, pues era más a propósito brindarle con un torrezno.

CELIA

Madre, ¿no caen en Egipto las Garrovillas?

GERARDA

Anda, ignorante; que los que salieron de él suspiraban por las ollas que dejaban, y no hay olla sin tocino.

CELIA

Si pruebas con la Escritura, ¿quién puede contradecirte?

GERARDA

En mi tiempo la había en romance, y estuvo muy bien quitada, y con santo acuerdo; porque somos muy bachilleras las mujeres, y no hay pocos ignorantes hombres.

DOROTEA

¿Y cómo sabes tú que tomaré ese manteo?

GERARDA

Como has tomado ese búcaro.

DOROTEA

Esto es niñería, y está aquí amor presente; y siendo suyo el agravio, no me dice que no le tome.

GERARDA [*Aparte.*]

Bueno va esto; no me engañaron el chapín y las tijeras: diferente está Dorotea de lo que solía.

DOROTEA

¿Qué dices entre dientes?

GERARDA

Que me dan envidia tus años y tus gracias. ¡Qué piedra imán tan atractiva de voluntades y de oro tienes en esos ojos, y más después que se están riendo sus niñas de verse con el manteo! No dejó mayorazgo la Naturaleza a las mujeres como la hermosura; sacará a este indiano el corazón y los escudos. Las navetas de los escritorios tiene llenas de ellos; a la fe, niña, que me dió no sé cuántos; que no te los enseño, porque los dejo guardados para mi entierro: allí estarán con el hábito pardo; no he de tocar a ellos, porque, hija, lo que importa es pensar en el fin y temer la muerte; que nos ha de pedir cuenta estrecha aquel Señor que sabe hasta los pensamientos, y no hay cabello de que no se la habemos de dar cuando en el valle de Josafat nos veamos todos.

DOROTEA

¡Qué presto te enterneces!

GERARDA

Soy pecadora, Dorotea, y temo que no hay donde huir aquel tremendo día. Tú, como eres moza, estás pensando en tus galas; que, aunque dicen que el *mozo puede morir y el viejo no puede*

vivir, lo cierto es ir con las leyes de la Naturaleza; y es ignorante el que se persuade que puede vivir, siendo viejo, más que los que mira mozos; que si esto fuera, no hubiera él llegado a la edad en que está.

DOROTEA

¿Qué es eso, tía, que te suena en la manga?

GERARDA

Un papelillo que estaba encima de la mesa de este caballero magnífico: pareciéronme versos; y aunque es verdad que soy más aficionada a una bota de Alaejos que a las trescientas de Juan de Mena, por si es cosa que puede aprovecharte, me le puse en la manga: léemele, por tu vida.

DOROTEA [*Lee.*]

«Receta para dar sueño a un marido fantástico.»

GERARDA

¡Que no es ese, rapaza! Muestra; que le he trocado. Este debe de ser.

DOROTEA *(Lee.)*

«Jarabe famoso para desopilar una preñada dentro de nueve meses, sin que lo entiendan en su casa.»

GERARDA

Tampoco es ese. Este pienso que es.

DOROTEA *(Lee.)*

«Oración para la noche de San Juan.»

GERARDA

Creo que lo haces adrede.

DOROTEA

Tía, yo leo lo que tú me das; que traes en esa manga tantos papeles, que no se pueden buscar sin tabla.

GERARDA

Solos estos dos me quedan; que esta bolsilla era de una abuela mía, con no sé qué cosas en latín, que debían de ser de sus devociones.

CELIA

Heredada tienes la virtud, Gerarda.

GERARDA

Si yo fuera como ella, ¿qué me faltaba? Acontecíale estar tres días elevada.

CELIA

¿En pie, madre?

GERARDA

No, sino dormida.

CELIA

¡Qué pura virtud!

DOROTEA *(Lee.)*

«Arancel con que ha de andar un caballero indiano en la corte.

»Primeramente se acomodará en posada limpia, y tendrá cuidado de que nadie la sepa.

»Dirá en todas las conversaciones que posa en casa de un amigo.

»No convidará a nadie por ningún caso.

»No tendrá coche, por no obligarse a prestarle.

»Dará ración a sus criados.

»Haráse pobre, contando siempre que se le hundió su plata en los galeones, o que le robaron los navíos de la reina de Inglaterra.

»Su plato, una gallina para dos días; y su olla, en que haya para él y dos pajes.

»No tenga ama; que acechan mucho y callan poco.

»No haga estrecha amistad con señores, porque no le pidan prestado.

»Con las damas sea liberal de palabras, sin ponerse a peligro de gastos impertinentes. No se enamore; que en la corte lo que se alcanza, nunca fué de uno solo, y engáñase el que lo piensa.

»En viendo que murmuran, diga que tiene quehacer, y váyase.

»Su traje sea honesto y limpio, y procure hablar poco, aunque parezca imposible.

»No se acueste sin haber dicho o hecho alguna lisonja donde pretende, que es la doctrina cortesana, ni se levante sin haber pensado cómo guardará lo que tiene.

»De noche ha de salir los inviernos, por lo que es perjudicial a la cabeza el sereno de Madrid, con el aderezo de orejas que llaman bonete de Roma.

»Y si quiere parecer señor, no pague lo que debiere, o por lo menos lo dilate tanto, que se muera de pesadumbre el que lo pide.»

¿Este hombre me alabas, tía? Lo que había menester un vidriero era un gato que le anduviese retozando con los vidrios.

GERARDA

Mira, Dorotea; ese papel le ha dado algún trajinante corsario, déstos que andan a enseñar bisoños, imponer moscateles y enviar gacetas y relaciones por todo el mundo. Son los primeros que saben a qué hora murió el turco en Constantinopla, cuándo hay estafeta para el Cairo, cómo se dará un arbitrio para que Madrid sea tan grande como París, juntándole Getafe, qué nuevas hay de la China, y otras impertinencias a este tono.

CELIA

Tía, ¿nunca tú has dado algún arbitrio?

GERARDA

Uno famoso para que un soldado solo pudiese defender la entrada en la Florida, o en otro puerto indiano, desde su fortaleza, a los holandeses.

CELIA

¡Sólo un soldado! ¿Cómo?

GERARDA

Mira, Celia; éste había de tener una tinaja de aceite y una jeringa, y en viendo desembarcar los holandeses, y que venían marchando por la playa, no había de hacer más que tomar aceite y disparar a los primeros; pues claro está que por no verse manchar habían de retirarse y advertir a los otros de que tiraban aceite: con que volviéndose a embarcar se irían a su tierra.

CELIA

Buena estaba tu lámpara cuando soñaste aceite.

GERARDA

Lee este otro papel, Dorotea, que bien se ve que es de versos.

DOROTEA [*Lee.*]

«Así Fabio cantaba
del Tajo en las orillas,
oyéndole las aguas,
llorándole las ninfas.
La perezosa tarde
con sombras fugitivas
bajaba de los montes

en brazos de sí misma.
Las aves vagorosas
callaban recogidas,
en tanto que la noche
se revelaba el día.
Las ruedas sonorosas
el silencio rompían,
haciendo a rayos de agua
esferas cristalinas.
Juntando las ovejas
tuerce la honda y silba,
porque el redil nudoso
temprano las reciba.
Tendido yace Fabio
en su choza pajiza;
no habla, que está solo;
no duerme, que suspira;
no sosiega, que piensa;
no engaña, que imagina;
no muere, que está muerto
entre memorias vivas.
Ya lloraba el aurora,
y abriendo clavellinas,
como miraban perlas,
pensaban que era risa;
cuando a las solas peñas
que el eco repetían,
cantó, pasando el arco
a la sonora lira:
—Amar tu hermosura,
gracia y discreción,
no quiero, Amarilis,
que se llame amor.
Méritos del alma,
justicia y razón,
quiere amor que sea
el amarte yo.
No quieren mis ojos
querer por favor;
rendirme a los tuyos
es obligación.
No tengo esperanza,
toda me dejó;
que en amar sin ella
peregrino soy.
Del amor me dicen
que es definición
desear lo hermoso:
pónenme temor;
que si tú lo eres,
es contradicción;

que amor y deseo
uno son los dos.
Si de la belleza
los efectos son,
parece imposible,
pero al alma no.
Negar tu hermosura
es notable error,
y no desearla
parece mayor.
Pero dice el alma
que ella se obligó
a vencer deseos
y amar tu valor.
Para no perderte,
(si en tu gracia estoy)
traigo tan rendida
la imaginación.
Afréntase el alma
que amase mi amor
cosa tan perfecta
sin gran perfección.
Por eso, Amarilis,
a mis penas hoy,
para más fineza,
hice esta canción:
Que no quiero favores
para mis penas,
pues me basta la causa
de padecerlas.
De mi amor la esencia
amor sólo es;
que aun es interés
la correspondencia.
Con tal diferencia,
mi propia pasión
llama galardón
del penar las penas;
Pues me basta, etc.»

GERARDA

¿Qué te parece?

DOROTEA

Extremadamente.

GERARDA

Yo te prometo que no es de los poetas que andan en cuadrilla nuestro don Bela; ya puede andar aparte.

DOROTEA

Llámale tuyo, madre; que no es religión este conocimiento, para que sean todas las cosas comunes.

GERARDA

No lo digo yo por eso, sino por encarecer su ingenio; que los entendimientos son como los instrumentos, que es menester tocarlos para saber qué consonancias tienen; y si el divino tuyo pusiese las manos en este chapetón de la corte (que así llaman ellos a los modernos), yo te aseguro que él descubriese el oro oculto.

CELIA

Eso es lo que tú deseas...

GERARDA

De su entendimiento digo.

CELIA

Y yo de sus cofres.

DOROTEA

Mucho se precia en estos versos de amante casto; pero todos los hombres tienen esta traza.

Entran diciendo que quieren ver; ven, y dicen que quieren oír; oyen, y dicen que quieren gozar; y al fin los habemos de creer si no los arrojamos al principio.

GERARDA

Dorotea, Dorotea, mientras eres niña, toma como vieja; que cuando seas vieja, no te darán como a niña. Deja de pensar en tus locuras, piensa en tu manteo; que ya me parece que te veo con él tan resplandeciente como estaba armado el señor don Juan de Austria en la batalla naval entre aquellos capitanazos honradores de su nación.

CELIA [*Aparte a Dorotea.*]

Extraña es esta vieja. Mira a los despropósitos que salta.

GERARDA

Entonces sí que se buscaban las espadas de filos negros para robustas manos, y no moldes vergonzosos para cabellos viles.

DOROTEA

No enmiendes el mundo, madre; que te harás mal vista; que a los españoles no los afemina el traje; que el valor de las almas siempre es uno. Pero dime, ¿hallástete tú en la batalla naval?

GERARDA

No lo digáis a nadie: allá fuimos tres amigas por nuestro gusto.

CELIA

¿En coche o por el aire?

GERARDA

Malicias nunca faltan.

CELIA

Pues ¿cómo fuiste?

GERARDA

Unos capitanes nos llevaron entonces.

CELIA

¿Con pies de gallo?

GERARDA

¿Qué dices de gallo, Celia?

CELIA

Que debías de ser polla, cuando te llevaba el gallo.

GERARDA

Y ¡qué tal polla! No había en Italia española de más lindo brío.

CELIA

¿Y desde dónde viste la batalla? ¿Qué ventana alquilaste? O andarías, como Santelmo, de gabia en gabia.

GERARDA

Ese Santelmo es una estrellica como un diamante.

CELIA

Tú, Gerarda, bien conocerías entones al Uchali y a Barbarroja.

GERARDA

¿Búrlaste, Celia? Déjame de preguntas, y mira quién llama; que parece galán en lo temeroso con que bate la puerta.

CELIA

¡Ay Dios, señora! El señor don Bela.

DOROTEA

¿El indiano?

CELIA

El mismo.

DOROTEA

Pues ¿quién le ha dado esa licencia? Di que no estoy en casa.

GERARDA

¡Ay, niña, qué término tan cruel para un caballero de tales prendas!

DOROTEA

Esta visita tú la trazaste, Gerarda.

GERARDA

¿Qué preguntas? ¿Si trae el manteo? Y ¡cómo! ¡Hombre es de los que se descuidan!

DOROTEA

No digo sino que estáis concertados.

GERARDA

¿Si son los pasamanos escarchados? Y ¡cómo si lo son! Un dedo de alto tienen de oro.

DOROTEA

Que no te digo eso.

GERARDA

¡Ay, hija, que con la edad estoy de estos oídos perdida! Anoche me puse en ellos unto de conejo.

CELIA

Bien oye cuando le dan algo.

GERARDA

Mira, Celía; ya estoy como los perros; que cuando ven alargar la mano se llegan, y cuando la ven alzar se apartan, porque conocen que lo uno es pan y lo otro es palo; pero no tengas, mis ojos, en la calle descortésmente a quien ya llegó a tu puerta; que no te ha de comer este caballero a la primera visita.

DOROTEA

Tú harás que mi madre riña si le halla aquí cuando venga.

GERARDA

Ella me ha dado licencia. — Entre, señor don Bela, entre; que no está hondo. ¿De qué tiene miedo? Aquí estamos tres mujeres, que entre todas tres tenemos ciento veinticinco años; pero yo sola me tengo los ochenta.

ESCENA QUINTA

DON BELA. — LAURENCIO. — GERARDA. — DOROTEA. CELIA

BELA

No me tire de la capa, señora Gerarda; que a quien trae su voluntad no es menester hacerle fuerza. — Dios guarde tanta hermosura para testigo de su poder, aunque a costa de cuantas vidas mata.

DOROTEA

Llega una silla, Celia.

BELA

No dejéis el estrado, señora Dorotea; que no soy tan gran señor, que merezca que salgáis de la tarima: tomad el almohada.

DOROTEA

Cuando estéis sentado; y perdonad el no haber salido más pasos; que me ha cogido vuestra venida tan de súbito, que no halla el corazón lugar donde se afirme.

BELA

Mientras es vuestro, padecerá inquietud con la imaginación de emplearle en quien le merezca.

DOROTEA

Siempre querría que fuese mío.

BELA

Puertas tiene el corazón por donde suelen robarle.

DOROTEA

Si él las tiene con guarda, estará seguro.

BELA

Los ojos no la tienen.

DOROTEA

Antes muchas, como son la honestidad, el recato y la obligación a la honra.

BELA

Cuando esas guardas vienen desde el corazón a los ojos, ya suelen ellos haber mirado. Cien ojos tenía aquel pastor de Ovidio, y todos se los durmió con su encantada música Mercurio; y por eso ahora los pavones, en cuyas plumas los puso Juno, tienden la rueda, como solicitando que estén despiertos, y en oyendo cantar, se alteran; que piensan que vienen a matarlos.

DOROTEA

Con vos a los menos ya no importará guardar los ojos, si podéis robar los corazones por los oídos.

BELA

No es mi entendimiento capaz de tanta dicha, que halle vuestra atención dispuesta a la música de mis palabras.

GERARDA

¿Queréis que me ponga en medio, aunque lleve la peor parte? Paz, señores, y démoslos por entendidos. — ¿Qué trae Laurencio, que está más cargado que sardesco de convento?

BELA

Un poco de tela y unos pasamanillos.

GERARDA

Descoje, descoje, muestra, desembózate. ¡Qué atado estás! Más difícil es de sacar esta tela de tus brazos, que de la tienda del mercader. ¡Qué cosa tan linda! ¿Es Milán esto? Bien hayan las manos que te labraron.

DOROTEA

Por cierto que es bellísima.

GERARDA

¿Pintó la primavera un prado ni le imitó un poeta con más flores?

DOROTEA

¡Qué bien asientan estas clavellinas de nácar sobre lo verde!

BELA

Así se casaran dos voluntades como estas dos colores.

DOROTEA

Lo verde es esperanza y lo encarnado crueldad.

BELA

La crueldad será vuestra color, y la esperanza la mía; pero ¿quién las podrá casar, siendo contrarias?

DOROTEA

Contrarias, sí, pero no enemigas.

BELA

Decís bien; que una cosa es la enemistad y otra la oposición.

DOROTEA

Tiene más esta esperanza, que está esmaltada de flores, que son más que principios de la ejecución del fruto.

GERARDA

No has dicho cosa más a propósito.

DOROTEA

No tan aprisa, Gerarda; que muchos almendros se han perdido por haber tenido flores sin tiempo.

GERARDA

Echástelo a perder, hija; mejor lo habías dicho, porque la producción de las flores puede ser serenidad del tiempo, y no atrevimiento del árbol, para merecer al castigo del hielo.

BELA

El hielo siempre fué inclemencia del cielo, y no hazaña del aire desnudar un pobre almendro, que en confianza del sol se vistió de flores; mas valentía fuera despojar un moral robusto.

DOROTEA

Al moral llaman discreto, porque de todos los árboles florece el último.

BELA

Yo le llamara desdichado, pues fué tan poco favorecido del sol.

DOROTEA

No es desdicha asegurar el bien que se pretende.

BELA

No es bien el que llega tarde; porque tanta puede ser la dilación, que la esperanza se vuelva desesperación.

DOROTEA

La esperanza tanto tiene de mérito cuanto tiene de paciencia; y es tan galante efecto de amor el no tenerla, que ha muchos días que este nombre anda desterrado de los palacios.

BELA

El amor platónico siempre le tuve por quimera en agravio de la naturaleza, porque se hubiera acabado el mundo. Mal amante llama Platón al que ama el cuerpo más que el alma, haciendo argumento de que ama cosa instable; porque la hermosura falta y se desflora por edad o enfermedad, y es fuerza que falte el amor o se disminuya, lo que no haría amando el alma.

CELIA [*Aparte.*]

¡A Platón encaja este majadero! El ha oído decir que Dorotea es perdida porque la tengan por sabia.

BELA

Mas yo respondo que si la hermosura del cuerpo es lo visible, por quien lo invisible se conoce, cada

uno destos dos individuos se ha de gozar amando, el uno por los brazos y el otro por los oídos.

CELIA [*Aparte.*]

Siempre oí decir que los indianos hablan mucho, si bien todo es bueno, porque aquel clima produce raros y sutiles ingenios; pero ¿qué tiene que ver aquí Platón, sino hacer a Dorotea el plato?

BELA

¿Qué respondéis a esto?

DOROTEA

Estoy en extremo triste.

BELA

En Grecia reinó un humor en las doncellas, que se mataban todas con sus manos: así lo escribe Plutarco.

CELIA [*Aparte.*]

Otro filósofo.

BELA

Para remediar esto el Senado, mandó que a la que se matase la sacasen desnuda a la plaza, y la tuviesen todo el día en público descubierta; con que cesó el matarse, por el temor de la vergüenza de ser de todos vistas.

GERARDA [*Aparte.*]

Medrará la pobre Gerarda con esas sofisterías. —Mira, rapaza, estos pasamanos, de que pudiera el Sol guarnecer los hábitos de sus planetas.

DOROTEA

Son más ricos que de buen gusto.

GERARDA

Hasta con los pasamanos eres ingrata por lo que tienen de manos; hasta ahora, ¿quién te las pide? Y ¡qué tales son ellas para pedirlas, para desearlas y para encarecerlas! Como estás convaleciente, las traes sin adorno. Por vida de don Bela [*A él*] que le prestes esas dos sortijas por un instante, verás lo que parecen en aquella nieve.

DOROTEA

Necia estás, Gerarda, ¡Jesús! ¡Qué necia!—Tened, señor, las manos.

BELA

No desfavorezcáis, os suplico, estos diamantes, siquiera por lo que os parecen, y permitidme que yo os los ponga.

GERARDA

Acaba, muchacha. ¿Qué rehuyes los dedos? ¡Qué descortesía! ¿Tú naciste en la corte?

BELA

En éste no vienen bien, aquí están mejor. Dadme esa otra mano.

DOROTEA

Basta que honréis la una.

BELA

Quejárase la otra si no la igualo, y no quiero yo que haya cosa en vos que se queje de mí.

DOROTEA

Ya las rindo a vuestro favor; que no quiero que me riña Gerarda.

LAURENCIO [*Aparte.*]

¡Bueno anda mi amo! El ha dado entre Caribdis y Scila: estas dos deben de ser los Euripos de la corte. Esto es adquirir con trabajo y gastar con desperdicio.

BELA

¡Qué buenas están las sortijas! Parecen estrellas os diamantes en vuestras manos.

DOROTEA

Decís muy bien, siendo las manos noche.

BELA

¡Noche, señora! ¿Cuándo fueron las del aurora tan cristalinas? Yo os confieso que nunca pensé ver estrellas a mediodía hasta que vi estos diamantes en vuestras manos.

DOROTEA

Ya es mucho tenerlos en ellas; basta que las hayáis visto con adorno. Tomad vuestras sortijas.

BELA

¡Oh injusto agravio! No os las quitéis, hermosa Dorotea; que no hay en el mundo manos tan atrevidas, después de haber estado en las vuestras, ni querrán ellas sufrirlo; que el caballo Bucéfalo de Alejandro de nadie se dejó sujetar sino de sólo su dueño.

LAURENCIO [*Aparte a Celia.*]

¡Oh, si tuvieran esa condición las mujeres! Pero ¿dijera una bestia lo que dijo mi amo? ¿Qué tiene que ver el caballo de Alejandro con los diamantes de Dorotea? Parécese esto a lo que dijo cierto escritor, que la carne era como el Cid Rui Díaz; y en verdad que anda impreso.

CELIA [*Aparte à Laurencio.*]

Como esas cosas andan impresas.

LAURENCIO

Y no son de las que peor se venden.

CELIA

Lo que todos entienden, todos lo compran.

LAURENCIO

Quien no se deja entender, ¿para qué escribe? Si es para los que saben, no han menester saber lo que él sabe.

CELIA

Siempre hay más que saber que lo que un hombre sabe.

LAURENCIO

Tienes razón; y te aseguro que, como las ciencias son infinitas y la vida es breve, quien más sabe no sabe nada.

CELIA

Este tu amo, ¿ha estudiado?

LAURENCIO

Lo que basta para ser bachiller, que es el peor linaje de cortesanos para tratado; porque si habla con hombres que saben, conocen lo que no sabe y se cansan de que piense que sabe: si habla con los que ignoran, huyen de él porque los tiene en

poco y presume mucho. Y esto del magisterio es para las escuelas, no para las conversaciones.

CELIA

¿Eso conoces, y comes su pan?

LAURENCIO

También él me come mi servicio.

CELIA

Enojadillo estás por lo que presumes del amor de Dorotea; que todos los que servimos somos celosos, y más cuanto más privados.

LAURENCIO

Yo no lo soy de su amor, sino de su hacienda.

CELIA

Pienso que no ha menester tutor, demás de ser indiano.

LAURENCIO

Mi señor es liberalísimo.

CELIA

Ya hemos visto el arancel con que pensó vivir en la corte.

LAURENCIO

Como eso sabréis por la madre Cerbatana, que ya le ha quitado las sortijas, y temo que las calzas.

CELIA

Desenfádate, bobo.

LAURENCIO

No me lo digas con la mano, discreta.

CELIA

¿Luego no es favor?

LAURENCIO

Para andar en el rostro, sólo tienen licencia las damas y los barberos.

CELIA

¿Qué sabes tú si lo quiero yo ser tuya?

LAURENCIO

Si yo no lo sé, ¿cómo quieres serlo?

CELIA

¿Trajiste mucha plata?

LAURENCIO

Si leíste el arancel, ¿cómo no sabes que nos habemos de hacer pobres?

DOROTEA

Hacedme placer, señor don Bela, que toméis las sortijas.

BELA

No tomo lo que he dado; que esto tiene malo el mar; entre otras condiciones, que vuelve a recibir los ríos que salieron de él.

DOROTEA

Si los anillos fueron prisión antiguamente, presas estarán mis manos de vuestra liberalidad.

BELA

Es imposible que lo sean de quien tiene en ellas mi libertad; pero mil veces las beso por favor tan grande, que parece que le disminuyo si no me vuelvo loco. —Muestra esas medias, Laurencio. Estos son algunos pares, porque no me dijo la color Gerarda que priva más con vuestro gusto.

DOROTEA

Estas de nácar son excelentes.

GERARDA

Llama este color los ojos.

DOROTEA

Los ojos no, sino el gusto; que de la vista mejor objeto es lo verde, y más la conserva.

LAURENCIO [*Aparte.*]

¡Qué bachillería!

GERARDA

Dirán mejor con el manteo.

DOROTEA

Necia, lo que no se ve no se conforma.

LAURENCIO [*Aparte.*]

¡Cuál es la ninfa! Este sí que es arte de amar, que no el de Ovidio. ¡Ay de los cascos de don Bela!

CELIA

Estas blancas son muy lindas.

GERARDA

No para damas, que las hacen piernas de difuntos, y desde Juan de las Calzas-Blancas son contra la premática del buen gusto.

CELIA

Sí, pero hacen las piernas más gruesas.

GERARDA

Para quien las ha menester; no para esta niña, que no las compra ni se las debe al algodón, sino a la bizarra naturaleza.

DOROTEA

Estas moradas, pudiérades excusar.

GERARDA

Buenas son para un obispo.

DOROTEA

¿Y estas doradas, tía?

CELIA

Para un soldado de la Guardia.

GERARDA

Tómalas tú, Laurencio.

LAURENCIO

Ya no soy de guarda.

GERARDA

Las moradillas serán para mí, pues que no las quiere nadie.

BELA

Los zapatos no traje, que no los había tan pequeños, ni se ha de calzar en tienda pie que lo había de estar del Sol.

LAURENCIO [*Aparte.*]

Ha aquí el Sol con suelas: ¡qué hermoso desatino!

GERARDA

No gastarán mucho ámbar en las zapatillas, que en verdad que la pueden calzar el pie con una azucena.

LAURENCIO [*Aparte.*]

¡Cuál es la vieja! Y tendrá la niña sus trece puntos, como cualquiera hijo de vecino, aunque entren los gigantes!

BELA

Pues, madre, ¿has visto tú el pie de la señora Dorotea?

GERARDA

¡Qué pregunta! Criéla en estos brazos; nadie como yo es testigo de sus perfecciones: a fe que aunque se pare colorada, que la he dado algunos azotes en esta vida. Pero, señor don Bela, ¿y la pobre vieja? ¿No reza de ella esta provisión? ¿No entran aquí los oficiales y hombres buenos?

BELA

Ya te llevaron a tu casa para monjil, anacote; y el manteo se compró hecho porque tú quisiste.

CELIA

Mas, ¿que se te olvidó lo guarnecido?

BELA

No soy tan descuidado con mis amigas: de terciopelo labrado tiene tres guarniciones.

GERARDA

La color me adivinaste: ¿qué no acertará un discreto? Dale tú las gracias, Dorotica, pues que por ti me abriga este liberalísimo príncipe; Dios le abrigue con su piadosa mano. ¡Qué gran obra de misericordia vestir al desnudo!

LAURENCIO [*Aparte.*]

También lo es dar consejo al que le ha menester.

GERARDA

¡Qué buena cuenta, qué cabal, qué entera quedarás el día del Juicio, cuando se ponga en un peso este monjil, y este manteo! No le perderá de mí don Bela; desde ahora le prometo cada día un rosario por él y por las ánimas de sus difuntos, que yo soy muy devota del purgatorio.

LAURENCIO [*Aparte.*]

De las bolsas.

BELA

Hermosa Dorotea, desde que entré aquí puse los ojos en aquel arpa; de vuestras muchas gracias me dicen que es una la voz y la destreza; no os tengáis por deservida de que os suplique me favorezcáis con dos versos de lo que vos tuviéredes más gusto.

DOROTEA

Sólo tengo de música el excusarme, porque me falte todo. — Dame aquella arpa, Celia. ¿De qué estás rostrituerta?

GERARDA

Y tiene razón, que no le han dado medias.

CELIA

¿Nací yo en las malvas?

DOROTEA

Toma estas blancas.

CELIA

La voluntad, no las medias te agradezco.

BELA

De todas maneras queréis honrarme. ¡Qué bien parecen las manos en las cuerdas!

GERARDA

Como los diamantes, hacen diversas luces.

LAURENCIO

Nosotros quedaremos a obscuras.

DOROTEA

Perdonad el afinarla; que es notable el gobierno de esta república de cuerdas.

BELA

Las dos órdenes hacen más fáciles los bemoles.

DOROTEA

Debéis de saber música.

BELA

Afición la tengo.

DOROTEA

[*Canta.*]

«Cautivo el Avindarráez
del alcaide de Antequera,
suspiraba en la prisión;
¡cuán dulcemente se queja!
Don Rodrigo le pregunta
la causa de su tristeza,
porque el valor de los hombres
en las desdichas se muestra.
«¡Ay!, dice el Abencerraje,
valiente Narváez, si fueran
mis suspiros mi prisión,
vuestra victoria mis quejas,

agraviara mi fortuna,
pues me dan menos nobleza,
que ser vuestro esclavo alcaide,
ser Bencerraje y Vanegas.
Hoy cumplo veintidós años;
esos mismos ha que reina
una mora en mis sentidos,
por alma que los gobierna.
Nació conmigo Jarifa:
bien debéis de conocerla,
porque tienen igual fama
vuestra espada y su belleza.
Mal dije veintidós años,
pues cuando estaba en su idea
a quererla antes de ser
me enseñó Naturaleza.
Ni por estrellas la quise;
que fuera del cielo ofensa,
si para amar su hermosura
fueran menester estrellas.»

BELA

¡Excelentes ocho versos! ¿De quién es este romance?

DOROTEA

De un caballero que está ahora en Sevilla.

BELA

¿Cómo se llama?

DOROTEA

Oíd lo que queda. [*Canta.*]

«El criarnos como hermanos
hizo imposible mi pena,
desesperó mi esperanza
y entretuvo mi paciencia.
Declaróse nuestro engaño
en una pequeña ausencia,
si bien la de sola un hora
era en mis ojos eterna.

Por cartas nos concertamos
que fuese esta noche a verla
salí galán para bodas,
que no fuerte para guerras.
Cuando llegastes, Rodrigo,
iba cantando una letra
que compuse a mi ventura,
que a mis desdichas pudiera.
Resistíme cuanto pude;
mas no valen resistencias
para contrarias fortunas:
Preso yo, Jarifa espera.
¡Qué bien dicen que hay peligro
Desde la mano a la lengua!
Pensé dormir en sus brazos,
y estoy preso en Antequera...
Oyendo el piadoso alcaide
su historia amorosa y tierna
para volver a Jarifa
liberal le dió licencia.
Llegó el moro, y el suceso
después del alba le cuenta;
que no son historias largas,
antes de los brazos buenas.»

BELA

¡Dichoso moro!; pues aun hasta ahora lo es en cantar sus dichas esa voz celestial, que me ha tenido abstracto de mí mismo todo este tiempo.

GERARDA

¿Qué te parece, Dorotea, de aquello de *abstracto*? ¿No te dije yo que era muy discreto?

DOROTEA

Tía, yo vivo tan sola y recatada, que siempre seré necia: el señor don Bela ha visto mucho mundo.

BELA

Sí, pero en todo él ninguna cosa como vos.

DOROTEA

Toma, Celia, el arpa; que me obliga a mucho esta respuesta.

GERARDA

No, por tu vida, niña, no lo dejes tan presto. Rogadle, señor don Bela, que vuelva a cantar otra cosa; que si tuviera con qué obligarla, ya la hubiera premiado el gusto con que os ha favorecido; que no suele ser tan liberal de esta gracia; pero ¿qué no se debe a vuestra gentileza?

BELA

Con este maridaje de rubí y diamante puedo servirla.

GERARDA

Arador de palma no le saca toda barba.

LAURENCIO [*Aparte.*]

¡Qué astuta vieja!

DOROTEA

[*Canta.*]

«Corría un manso arroyuelo
entre dos valles al alba,
que sobre prendas de aljófar
le prestaban esmeraldas.
Las blancas y rojas flores
que por las márgenes baña,
dos veces eran narcisos
en el espejo del agua.
Ya se volvía la aurora,
y en los prados imitaban
celosos lirios sus ojos,
jazmines sus manos blancas.

Las rosas en verdes lazos
vestidas de blanco y nácar,
con hermosura de un día
daban envidia y venganza.
Ya no bajaban las aves
al agua, porque pensaban,
como daba el sol en ella,
que eran pedazos de plata.
En esta sazón Lisardo
salía de su cabaña,
¿quién pensara que a estar triste,
donde todos se alegraban?
Por las mal enjutas sendas
delante el ganado baja,
que a un mismo tiempo paciendo,
come hielo y bebe escarcha.
Por otra parte venía
de sus tristezas la causa,
hermosa como ella misma,
pues ella sola se iguala.
Leyendo viene una letra
que a sus estrellas con alma
compuso Lisardo un día,
con más amor que esperanza.
Vióle admirado de verla,
y de unas cintas moradas,
para matarle a lisonjas,
el instrumento desata,
y por dos hilos de perlas,
que dos claveles guardaban,
dió la voz al manso viento,
y repitió las palabras:
«Madre, unos ojuelos vi,
verdes, alegres y bellos:
¡Ay, que me muero por ellos,
y ellos se burlan de mí!»

GERARDA

A ti sola te sufriera villancico que entrara con madre, porque en fin la tienes y eres tan niña; pero no a unos barbados, cuando comienzan:

«Madre mía, mis cabellos...»

Aunque ya, mejor lo pueden decir los hombres que las mujeres.

DOROTEA

[*Canta.*]

«Las dos niñas de sus cielos
han hecho tanta mudanza,
que la color de esperanza
se me ha convertido en celos:
yo pienso, madre, que vi
mi vida y mi muerte en verlos.
¡Ay, (que me muero por ellos,
y ellos se burlan de mí!).»

BELA

¡Qué graciosa repetición! ¿Cúyo es el tono?

GERARDA

De la misma que lo canta: ¿eso preguntas?

BELA

¡Oh, qué mal pregunté! Que no faltará habilidad ninguna a quien el cielo dotó de tantas gracias.

GERARDA

Pues si la viésedes poner las manos en un clavicordio, pensarías que anda una araña de cristal por las teclas. Pues, ¡escribir un papel de letra asentada! Puede trasladar privilegios; y si es de prisa, copiar al vuelo sermones.

DOROTEA

[*Canta.*]

¿Quién pensara que el color
de tal suerte me engañara?
Pero ¿quién no lo pensara
como no tuviera amor?
Madre, en ellos me perdí,
y es fuerza buscarme en ellos:
¡Ay, (que me muero por ellos,
y ellos se burlan de mí!).»

BELA

Es excelente; pero yo me atengo al moro.

DOROTEA

¿Por qué, señor don Bela?

BELA

Porque esto de pastores, todo es arroyuelos y márgenes, y siempre cantan ellos o sus pastoras: deseo ver un día un pastor que esté en un banco, y no siempre en una peña, o junto a una fuente.

GERARDA

¡Jesús, qué gracia!

BELA

Sea verdad que Teócrito y Virgilio, uno griego y otro latino, escribieron bucólicas.

GERARDA

¿No te lo dije yo, niña? ¡Mira qué sabiduría con aquel talle! Entendimiento tiene que podía ser feo.

BELA

El romance de Abindarráez me habéis de hacer merced de darme; que quiero ver vuestra letra.

DOROTEA

Yo haré lo que me mandáis, y os serviré con volverle a cantar; por ventura no os parecerá tan bien.

BELA

¿Qué haces, madre? ¿Para qué me andas en las faltriqueras?

GERARDA

Como te vi tan elevado en la voz de Dorotea, quise hacerte una burla.

BELA

Bien pudieras, porque he estado en éxtasis escuchando al mismo Orfeo.

LAURENCIO [*Aparte.*]

Y échasele de ver en que lleva tras sí las bestias.

BELA

¡Oh, moro más dichoso por celebrarle vuestra boca que por la liberalidad del alcaide en dejarle volver a su Jarifa! Sutil anduvo el poeta en decir que antes de nacer la quiso Avindarráez en la ideal fantasía de la Naturaleza.

DOROTEA

Los poetas son hombres despeñados; toda su tienda es de imposibles.

BELA

Y de sentencias graves cuando escriben cosas serias: valerme quiero de aquel concepto, y decir que os quise antes que tuviese ser.

DOROTEA

Si os valéis de eso, pensaré que vuestro amor es poesía.

LAURENCIO [*Aparte.*]

Presto será historia, y plega a Dios que no sea trágica.

DOROTEA

Mi madre llama por la puerta principal: salid por ésta; y tú quita de aquí todo esto, no lo vea; que no tendré remedio de volver a veros.

BELA

¿Y cuándo será, señora mía?

DOROTEA

Gerarda os lo dirá, que ahora no puedo. [*Vanse don Bela y Laurencio.*]

GERARDA

No tiene mala traza el indiano.

CELIA

De darte su hacienda.

DOROTEA

En efecto, he tomado lo que no pensaba.

GERARDA

Piensa en lo que has de tomar, que esto ya lo tienes.

ESCENA SEXTA

TEODORA. — DOROTEA. — GERARDA. — [CELIA]

TEODORA

¿Qué hacías, Dorotea?

DOROTEA

Aquí estaba con Gerarda.

TEODORA

¡Con Gerarda! Milagro.

DOROTEA

¿Por qué milagro?

TEODORA

Porque nunca te he visto muy deseosa de su conversación.

GERARDA

Estábale diciendo, que en el repartimiento de mis monjas, de los santos de este año me había cabido santa Inés, y habíame enternecido con su martirio, y contábale su vida. ¿De dónde vienes?

TEODORA

De ver una amiga que estaba de parto.

GERARDA

¿Por qué no me llevaste contigo? Pusiérale la rosa de Jericó, y mi nómina de reliquias.

TEODORA

Ya parió una muchacha como unas flores; pero no se parece a su padre.

GERARDA

Imaginaría esa mujer en otro, que no todos los sucesos han de ser culpas.

TEODORA

Un lunar tenía, que se lo he visto yo a un amigo de su marido.

GERARDA

Ves ahí lo que yo digo: estaríasele mirando aquel día, y la imaginación hizo efecto; tan inocente está esa mujer como yo misma, que no he dado paso hoy que no sea en mis devociones.

DOROTEA

Madre, lleno traes de lodo el manto.

TEODORA

Salpicóme un caballero de estos que van deshollinando las ventanas. — Ponle al sol, en ese huerto, Celia.

DOROTEA

Nunca sales que no te suceda algo.

TEODORA

El otro día caí en una cueva.

DOROTEA

¿Por qué sales sin báculo?

TEODORA

Porque tú eres el de mi vejez, y no quieres andar conmigo.

DOROTEA

Vas muy despacio.

GERARDA

Cansada vienes, Teodora; di que te den un traguecito si dura aquello del otro día.

CELIA

Pide el goloso para el deseoso.

DOROTEA

Madre, mejor es que se quede a comer con nosotras Gerarda.

TEODORA

¿Qué novedad es ésta?

GERARDA

Dios te lo pague, niña; y quedaráse mi puchero para la noche; que en verdad que no le había echado garbanzos por ir de presto a misa.

TEODORA

¡Ay! ¿Qué búcaro es éste?

DOROTEA

Una amiga me le ha feriado al manteo que tú decías que había vendido, y de rabia no he querido enseñártele.

TEODORA

Aunque te dije aquellas cosas, bien sé yo tu virtud y honestidad, Dorotea. ¡Qué lindo es el búcaro!

GERARDA

Si hablas en su virtud de esta niña, será nunca acabar; si fuera en el tiempo de las fábulas, y si fuera piedra, como Anajarete.

CELIA

Ya está aquí la comida.

TEODORA

Siéntate, Gerarda.

GERARDA

De capellana os tengo de servir: *Benedicite...*

DOROTEA

Dominus...

GERARDA

Nos et ea que comituri somos, benedicat Deus in corporibus nostros.

TEODORA

No tanta fruta, Dorotea; que estás muy convaleciente. Deja las uvas.

DOROTEA

¿Qué me han de hacer? Que ya estoy buena.

TEODORA

Toma estos higos, Gerarda.

GERARDA

Por ti tomaré uno, que no lo hiciera por el padre que me engendró; pero es menester que sepas que con un higo se bebe tres veces.

TEODORA

¿Quién lo escribe?

GERARDA

El filósofo Alaexos: ¿pensaste que era Plutarco? Abrole por medio. — Dame, Celia, la primera.

TEODORA

¿Sin comerle bebes?

GERARDA

Ahora le echo un poco de sal. Dame la segunda.

TEODORA

Ya tienes las dos aparte; ¿qué harás ahora?

GERARDA

Cerrar el higo y dame la tercera.

CELIA

Bebe, y buen provecho; pero mira que es fuerte.

GERARDA

Más fuerte era Sansón, y le venció el amor. Bien haya quien te crió.

TEODORA

¿El higo echas por la ventana, después de tantas prevenciones?

GERARDA

¿Pues él había de entrar acá? No se verá en ese gozo.

TEODORA

Deja el tocino, Dorotea; come tu pollo, que no estás para eso.

DOROTEA

Todo lo tengo de dejar. ¡Pollo, pollo! Ya me tienen más cansada que castañas en cuaresma.

GERARDA

¡Cuál está el tocinillo! Dame a beber, Celia, que te descuidas de mí: y a fe que no me lo debes; que cuando estás haciendo tu labor, olvidada de mí, estoy yo estudiando los nominativos de tu casamiento; y la noche de San Juan vi grandes cosas en un orinal de vidrio; y a fe que quien pasó a

tales horas, que no venía a burlar. Toribio dijo: «Montañés será tu marido».

CELIA

¿Cosa que sea de estos que venden agua?

GERARDA

¿Pues qué querías? ¿Que tuviese solar, pendón, y caldera? Dame de beber, que me ahogo.

CELIA

¿Tan presto, tía?

GERARDA

¿Esto es presto? Bueno por mi salud. *Esto y nada llevávoslo en el halda.*

TEODORA

Come de esa gallina, muchacha.

DOROTEA

No puedo más, señora; que cocida me hace asco.

GERARDA

Come, Dorotea; que *cara sin dientes hace a los muertos vivientes.*

DOROTEA

¿Y quién es la cara sin dientes?

GERARDA

Las gallinas, hija, que crían linda carne.

CELIA [*Aparte.*]

Cuando la vieja anda por refranes, buena está su alma.

TEODORA

Tú me agradas, Gerarda, que hablas y comes.

GERARDA

Ese niño me alaba, que come y mama.

CELIA [*Aparte.*]

Otro refrancito. ¡Qué colorada está la madre! Parece madroño, y la nariz zanahoria.

GERARDA

Cuando yo me acuerdo de mi Nuflo Rodríguez a la mesa... ¡Qué decía él de cosas! ¡Qué gracias! ¡Qué cuentos! De él aprendí las oraciones que sé. Era un bendito, no hizo en su vida mal a un gato; que cuando le sacaron a la vergüenza fué por ser tan hombre de bien, que nunca quiso decir quién había tomado los platos del canónigo. Ahora parece

que le veo por esa calle Mayor; ¡qué cara llevaba en aquel pollino! No dijeran sino que iba a casarse. Y como él tenía tan linda barba, agraciábale mucho el desenfado con que picaba aquella bestia lerda. Ya le decía yo que no saliera sin acicates.

TEODORA

Gerarda, no bebas más; que dices desatinos, y en otra parte pensarán que era verdad lo que dices. ¿Para qué lloras?

GERARDA

Porque fué crueldad llevarle a galeras.

CELIA

Ya lo enmienda.

GERARDA

Dios manda que se digan las verdades.

TEODORA

No en daño del prójimo.

GERARDA

¿Qué daño es contar sus alabanzas, Teodora, ni refrescar la memoria del bien que se ha perdido?

CELIA

A lo menos refrescar lo bien que se ha bebido.

GERARDA

La primera vez que me halló en aquella niñería del estudiante, fué notable su paciencia. Era invierno, y echónos a mí y a él un jarro de agua en la cama, diciendo con aquella bondad de que él se preciaba mucho: «*A los bellacos, mojarlos.*»

TEODORA

¿No adviertes, Dorotea, la condición del vino?

DOROTEA

Fíale tus secretos; que esa es la primera de sus faltas.

TEODORA

¡Oh infame vicio, tan opuesto a la honra como aborrecido de la templanza!

DOROTEA

Cuanto vino entra, tantos secretos salen.

TEODORA

Desde que le pisaron, por huir de los pies, se sube a la cabeza.

CELIA

¿Para qué me haces señas, tía?

GERARDA

¡Para que me lo preguntes, necia! ¿Cuánto va que me levanto? ¿Pues no me entiendes?

CELIA

Ha caído un mosquito.

GERARDA

No hayáis miedo que se descalabre; no le saques, Celia, que son los espíritus de este licor, como los átomos del aire; el vino los engendra, y a nadie le parecieron sus hijos feos. *Y cuando dieres vino a tu señor, no le mires al Sol.*

CELIA

Que quiera que no quiera, el asno ha de ir a la feria.

GERARDA

Pesa presto, María, quarterón por media libra.

CELIA

No cabe más la taza, que no es saca de lana.

GERARDA

La leche de los viejos es el vino: no sé si lo dice Cicerón o el Obispo de Mondoñedo. ¡Ay mi buen Nuflo Rodríguez!

TEODORA

¡A la tema vuelve!

GERARDA

En su vida reparó en mosquito; todo cuanto venía colaba que era una bendición. Llamaba grosera al agua, porque criaba ranas; y una de las cosas con que me venció para que no la bebiese, cuando me casé con él, fué decirme que habían de cantar en el estómago; y púsome tanto miedo, que desde entonces, sea Dios bendito, no la he probado. Pues ya, para lo que me queda, con su ayuda bien sabré salir de este peligro.

CELIA

Mire que se duerme, tía.

GERARDA

Viéneme el mal que me suele venir; que después de harto me suelo dormir.

CELIA

Pues si sabe la falta, deje la causa.

GERARDA

Un cuchillo mismo me parte el pan, y me corta el dedo.

CELIA

Labrar y hacer albardas, todo es dar puntadas.

GERARDA

La primera vez que yo me fuí de con mi Nuflo, no estuve más de cinco meses fuera de su casa; aun ahora se me acuerda con qué gracia que me dijo, cuando volví: «Aguardaría la señora a que fuese por ella.»

TEODORA

Madre Gerarda, come más y bebe menos; que con la sal de tus gracias te brindas a ti misma.

DOROTEA

Ya me pesa de que la hayas convidado.

GERARDA

¡Ay, Dorotea! Como eres niña, no has menester al vino, ni sabes sus virtudes.

DOROTEA

Querrás ahora ser su cronista.

GERARDA

Díjome mi doctor que el vino viejo que pasa de cuatro años es caliente y seco en el tercer grado.

DOROTEA

¿Qué son grados, tía?

GERARDA

Hija, ¡todo lo que ha de saber quien vive en este mundo! Digo yo que serán más o menos cantidades. Finalmente el vino, mientras más se envejezca, más calor tiene; al contrario de nuestra naturaleza, que mientras más vive, más se va enfriando; es mejor el más oloroso, más poderoso y espiritoso, no amargo ni con punta de vinagre, porque ha de ser agradable a todos los sentidos, y el que danza en la copa, tenle por más gallardo.

TEODORA

El pan con ojos, el queso sin ojos, el vino que salte a los ojos.

GERARDA

Este que digo, ayuda a la virtud expulsiva, resuelve los malos humores y quita las ventosidades; es bueno para los que tienen crudezas en las venas y en otras partes.

TEODORA

Ese vino no es para gente moza, y el verano sería veneno; el invierno será bueno para viejos y flemáticos. Este es razonable; pero ha de beberse con templanza; que de esa manera alegra el corazón y fortalece los espíritus.

DOROTEA

Para huir las ofensas del vino, no se han de comer cosas dulces y aperitivas.

GERARDA

¡Qué segura estoy de ese cuidado!

TEODORA

Si hubieras tomado antes del mantenimiento siete almendras amargas o de otras cosas astringentes, no te ofendiera el vino.

GERARDA

¡Ay Teodora!, déjate de esas invenciones; no hay cosa como siete torreznos. ¿Yo siete almendras? Dáselas a los siete infantes de Lara; que ya soy mayor de veinticinco años, y sé lo que me cumple.

CELIA

Perdida está la vieja.

DOROTEA

Tía, ¿cuál es la mejor agua?

GERARDA

Niña, la que cae del cielo, porque no la bebe nadie.

DOROTEA

Dicen que la clara sutil, que nace al Oriente y corre por la tierra, no sobre piedras.

GERARDA

Corra por donde quisiere, no haya miedo que yo me fatigue por alcanzarla.

DOROTEA

No sé cómo dicen que el vino da buena lengua, y que algunos, para hablar con osadía a los grandes príncipes, se valen de su favor; porque yo veo, Gerarda, que no hablas claro.

GERARDA

Eso no nace del vino, sino del sueño.

DOROTEA

Y el sueño, ¿de quién nace?

GERARDA

De estar confortadas las partes intrínsecas.

DOROTEA

Mucho te costó salir de esa palabra.

GERARDA

¿Cómo ha tanto que no viene Celia a refrescarme? Dame tú de beber, negra; que esta moza me quiere mal porque la riño sus travesuras.

CELIA

La negra está en la cocina.

GERARDA

Pues dame tú de beber, doncella de la Vera, y perdona, que ya sé que te traigo hecha pedazos.

CELIA

No quiere señora.

GERARDA

Este tu hijo don Lope, ni es miel, ni es hiel, ni vinagre, ni arrope.

CELIA

En los ojos tienes eso postrero, como has llorado.

GERARDA

Cuando dan por los aladares, canas son, que no lunares. Dame sin que lo vean.

CELIA

Nueve veces has bebido.

GERARDA

Escuderos de Hernán Daza, nueve debajo de una manta.

CELIA

No la habrás menester esta noche.

GERARDA

No tiene más frío nadie que la ropa que trae.

TEODORA

Mira, Gerarda, que te hará mal, y que Celia y la negra se están riendo, y con ser tu amiga Dorotica, no te la perdona.

GERARDA

Cuando el guardián juega a los naipes, ¿qué harán los frailes?

TEODORA

Quítale esas aceitunas, negra.

GERARDA

Bien puede, que una hora hará que estoy con el hueso de una, pidiendo una consolación.

TEODORA

Alza esta mesa, y dale, niña, un poco de esa gragea a Gerarda.

GERARDA

Gragea a Guinea: reventado sea mi cuerpo, si en él entrare. No se hallará en todo mi linaje persona que haya comido dulce; en mi vida fuí a bautismo por no ver el mazapán y los almendrones; cuando voy por las calles, me voy arrimando a las tabernas, y huyendo de las confiterías, y en viendo un hombre que come cascos de naranja, le miro si tiene ojos azules. Pues ¿pasas? Maldito sea el corazón que las pasó, ni al sol, ni a la lejía.

CELIA

Ande acá, tía, que no está para firmar.

GERARDA

Si como tiene orejas tuviera boca, a muchos llamara la picota.

CELIA

Con buenas oraciones se alza la mesa.

GERARDA

No quites los manteles; daré gracias, pues eché la bendición.

TEODORA

Di; veamos.

GERARDA

Quod habemus comido, de Dominus Domini sea benedito, y amicos y a vobis nunca faltetur, y agora dicamus el sanctificetur.

DOROTEA

No se le puede negar que tiene gracia, y yo conozco muchos presumidos de ciencias que saben menos latín.

GERARDA

Después de comer, siempre tengo yo mis devociones. — Llévame al oratorio, Celia.

CELIA

Tía, mejor es a la cama. No te cargues tanto, que pesas mucho.

GERARDA

La puerta pesada, puesta en el quicio, no pesa nada.

CELIA

Topaste en la silla. Por acá, tía.

TEODORA

¡Qué golpe que se ha dado! Llévala con tiento, ignorante.

¿Qué tiento, si no le tiene?

CORO DE INTERÉS

DÍMETROS JÁMBICOS

Amor, tus fuerzas rígidas
cobardes son y débiles
para sujetos ínclitos
de conquistar difíciles.
Al interés espléndido
son las empresas fáciles,
con el oro dalmático
y los diamantes scíticos.
El dar, pródigo artífice,
constantes hizo adúlteras;
no todas son Eurídices,
Evadnes y Penélopes.
Ya no se mata Píramo,
ni son las Dafnes árboles
para la sacra púrpura
de las doradas águilas.
¿Qué Cáucaso. qué Ródope,
qué mármoles ligústicos,
no vuelve en cera líquida
este metal dulscíono?
Amor a Venus cándida,
porque en los brazos hórridos
la vió de un feo sátiro,
lloró con tiernas lágrimas.
Al fiero Marte indómito
y al claro Apolo Délfico,
por un Fauno ridículo
trocó la diosa impúdica.
No piense amor solícito
por las victorias de Hércules,
que sus historias trágicas
ha de escribir en pórfidos;
que mis pomas hespérides
han de vencer sus máquinas
y los mayores triunfos
de los romanos Césares.

ACTO TERCERO

[*Sala en casa de don Fernando*]

ESCENA PRIMERA

DON FERNANDO. — JULIO

FERNANDO

Apenas, ¡oh Julio!, he llegado, cuando quisiera no haber venido. Bien dijo aquel poeta:

«¡Oh gustos de amor traidores,
sueños ligeros y vanos,
gozados, siempre pequeños,
y grandes, imaginados!»

JULIO

Pues ¿qué es lo que ahora te da pena? ¿Esta era la prisa? ¿Esto decir que se había parado el tiempo? ¿Esto hacerme levantar antes que supiesen los pájaros que amanecía? ¿Para esto prometías tanto dinero a los mozos del camino, porque te pusiesen en la corte el día que señalabas?

FERNANDO

¿De qué te admiras, Julio? ¿No sabes que se esfuerza más el deseo cuando tiene más cerca la causa? Otros que vienen de ausencias largas, descansan de sus cuidados con ver el dueño de ellos; pero, ¡infeliz de mí!, ¿a qué he venido si no tengo de ver a Dorotea?

JULIO

¿Quién te lo quita?

FERNANDO

El mismo amor, que me lo manda.

JULIO

No pienses en lo que piensas.

FERNANDO

¿Cómo puedo no pensar en lo que pienso?

JULIO

Divirtiendo el pensamiento.

FERNANDO

Dame un libro.

JULIO

¿Latín, francés o toscano?

FERNANDO

Dame a Heliodoro en nuestra lengua.

JULIO

¡Gentil devocionario! Toma.

FERNANDO

Aquí dice: [*Lee.*] «*Teágenes y Clariquea quedaron solos en la cueva, juzgando por gran bien la dilación de los trabajos que esperaban; porque, hallándose libres, se dieron los brazos amorosamente.*» ¿Esto quieres que lea?

JULIO

Yo no, que tú lo pides.

FERNANDO

Esto más enciende que entretiene. ¡Ay de mí, Julio! ¿Qué hará la cruel Dorotea?

JULIO

Deja, por Dios, esa imaginación que te atormenta.

FERNANDO

Muestra el ajedrez; jugaremos un poco.

JULIO

Bien dices; pongo las piezas.

FERNANDO

¿Están puestas?

JULIO

¿Pues no lo ves? Comienza. ¿Qué has hecho?

FERNANDO

Derribélas todas, por no ponerme a peligro de perder la dama. Muestra las espadas negras.

JULIO

Quitaréles el polvo de nuestra ausencia.

FERNANDO

De la postura angular, dice Carranza que salen todas las heridas. ¿Qué postura tendría el Amor cuando me dió las mías?

JULIO

Pregúntalo a Dorotea, que le dió el arco.

FERNANDO

Bien hiciste esa treta; que del fin del tajo salen todas las estocadas. ¡Ay, Dorotea, que no me bastan reparos contra las tuyas!

JULIO

¿Por qué arrojas la espada?

FERNANDO

Porque no diga Alciato que está en manos de loco.

JULIO

A un gentil hombre, que tú conoces, se le ha muerto su dama; yo quiero entretenerte con unos versos suyos, a manera de edilios piscatorios.

FERNANDO

Yo tengo dos del mismo, y los he puesto en famosos tonos.

JULIO

Pues escucha éstos, que no son menos buenos que los que dices.

FERNANDO

Di, si te acuerdas de ellos.

JULIO [*Lee*]

«¡Ay soledades tristes
de mi querida prenda,
donde me escuchan solas
las ondas y las fieras!
Las unas que espumosas
nieve en las peñas siembran,
porque parezcan blandas
con mi dolor las peñas;
las otras que bramando,
ya templan la fiereza,
y en sus entrañas hallan
el eco de mis quejas.
¿Cómo sin alma vino
en esta seca arena,
o cómo espero el día,
si está mi aurora muerta?
O ¿pediré llorando

la noche de su ausencia,
que, pues ya viven juntas,
entrambas amanezcan?
Pero saldrán las suyas,
y no saldrá mi estrella;
que, aunque de noche salen,
padece noche eterna.
Alma Venus, divina,
que día y noche muestras
la senda de la aurora
y del mayor planeta,
por esta noche sola
le da la presidencia,
pues sabes que te iguala
su luz y su pureza.
Cubra funesto luto,
barquilla pobre y yerma,
de la proa a la popa,
tus jarcias y tus velas.
No ya tendal te vista,
ni te coronen fiestas,
marítimos hinojos;
mas venenosa adelfa.
Las juncias y espadañas
que de aquestas riberas,
con sus dorados lirios,
tejidas orlas eran,
y los laureles verdes,
secos tarayes sean;
lo inútil de sus hojas
mis esperanzas tengan.
Y rómpaste de suerte
que parezcas deshecha
cabaña despreciada,
que los pastores dejan.
No ya por la mesana
tus flámulas parezcan
sierpes de seda al viento,
de tafetán cometas.
No de alegres colores,
sino de sombras negras,
las palas de tus remos,
las ondas encanezcan.
No las desnudas ninfas,
cuando la vela tiendas
a la embreada quilla
arrimen las cabezas.
Deshechos huracanes
te saquen y te vuelvan,
pues ya la mar de España
les concedió licencia.

Vosotros, ¡oh barqueros!,
que en aquestas aldeas
dejáis vuestras esposas
hermosas y discretas;
si obligan amistades
a mis tristes endechas,
en tanto que las olas
por estas rocas trepan;
pues viven retiradas
las barcas y las pescas,
ayudad con suspiros
mis lastimosas quejas.
El que a la mar saliere,
para que presto vuelva,
embárquese en mis ojos,
y le tendrá más cerca.
El que estuviere alegre,
ni venga, ni me vea;
que volverá, de verme,
con inmortal tristeza.
Cortad ciprés funesto,
y acompañad mi pena
con versos infelices
de míseras elegias.
Y el que mejores rimas
hiciere a las exequias
de mi querida esposa,
tal premio se prometa.
Aquí tengo dos vasos,
donde esculpidas tenga
la desdeñosa Daphnes,
y la amorosa Leda:
aquella verde lauro,
y con las plumas ésta
del cisne, por quien Troya
llamó su fuego a Elena;
y dos redes tan juntas,
que si sus nudos cuenta,
podrá suspiros míos,
y yo del mar la arena.
Sacarán las Nayades,
las Dríadas y Oreas.
Aquéllas de las ondas,
las otras de las selvas,
las frentes que coronan
corales y verbenas,
para que doble el llanto
tan mísera tragedia.—
«Ya es muerta, decid todos,
ya cubre poca tierra
la divina Amarilis,

honor y gloria vuestra;
aquella cuyos ojos
verdes, de amor centellas,
músicos celestiales,
Orfeos de almas eran;
cuyas hermosas niñas
tenían, como reinas,
doseles de su frente
con armas de sus cejas.
Aquella cuya boca
daba lección risueña,
al mar de hacer corales
al alba de hacer perlas;
aquella que no dijo
palabras extranjeras
de la virtud humilde
y la verdad honesta;
aquella cuyas manos
de vivo azar compuestas,
eran nieve en blancura,
cristal en transparencia;
cuyos pies parecían
dos ramos de azucenas,
si para ser más lindas,
nacieran tan pequeñas;
la que en la voz divina
desafió sirenas,
para quien nunca Ulises
pudiera hallar cautela;
la que añadió al Parnaso
la musa más perfecta,
la virtud y el ingenio,
la gracia y la belleza.
Matóla su hermosura,
porque ya no pudiera
la envidia oír su fama.
ni ver su gentileza.»
Venid a consolarme,
que muero de tristeza;
mas no vengáis, barqueros,
que no quiero perderla;
que si mi vida dura,
es sólo porque sienta
más muerte con la vida,
más vida que sin ella
ya roto el instrumento,
los lazos y las cuerdas,
lo que la voz solía,
las lágrimas celebran.
Su dulce nombre llamo;
mas poco me aprovecha,

que el eco que me burla,
con mis acentos suena.
Mi propia voz me engaña;
y como voy tras ella,
cuanto la sigo y llamo,
tanto de mí se aleja.
En este dulce engaño,
pensando que me espera,
salen del alma sombras
a fabricar ideas.
Delante se me ponen,
y yo con ansia extrema
lo que imagino abrazo,
por ver si efecto engendra.
Pero en desdicha tanta
y en tanta diferencia,
los brazos que engañaba,
desengañados quedan.
¡Qué alegre respondía,
dividiendo risueña
aquel clavel honesto
en dos esferas medias!
Y yo, su esposo triste,
al desatar la lengua,
cogía de sus hojas
la risa con las perlas.
Mas ya no me responde
mi dulce, amada prenda;
que en el silencio eterno
a nadie dan respuesta.
De suerte sus memorias
en soledad me dejan,
que busco sus estampas
por esta arena seca.
Y donde tantas miro,
(¡qué locura tan nueva!),
escojo las menores,
y digo que son ellas.
No hay árbol donde tuvo
alguna vez la siesta,
que no le abrace y pida
la sombra que me niega.
Y entre estas soledades,
con ansias tan estrechas
no miro su retrato,
y muérome por verla;
que no pueden los ojos
sufrir que muerta sea
la que tan lindo talle
pintada representa.
Lo que deseo, huyo;

porque de ver me pesa
que dure más el arte
que la naturaleza.
Sin esto, porque creo
(como me mira atenta)
que, pues que no me habla,
no debe de ser ella.
Pintóla Franceliso;
de las paredes cuelga
de mi cabaña pobre;
mas ¡qué mayor riqueza!
Si alguna vez acaso
levanto el rostro a verla,
las lágrimas la miran,
porque los ojos ciegan;
mas no podrá quejarse
de que otra cosa vean,
aunque mirase flores,
sin parecerme feas.
Tan triste vida paso,
que todo me atormenta,
la muerte porque huye,
la vida porque espera.
Cuando barqueros miro,
cuyas esposas muertas,
que tanto amaron vivas,
olvidan y se alegran;
huyo de hablar con ellos,
por no pensar que puedan
hacer en mí los tiempos
a su memoria ofensa.
Porque si alguna cosa,
aun suya, me consuela,
ya pienso que la agravio
y dejo de tenerla...
Así lloraba Fabio
del mar en las riberas,
la vida de Amarilis,
la muerte de su ausencia.
Cuando atajaron juntas
con desmayada fuerza,
el corazón las ansias,
las lágrimas la lengua.
Amor, que le escuchaba,
dijo: «La edad es esta
de Píramo y Leandro,
de Porcia, Julia y Fedra;
que no son de estos siglos
amores tan de veras,
que ni el morir los cura,
ni el tiempo los remedia.»

FERNANDO

Con tanta acción has leído, Julio, esos versos, que me has traído las lágrimas a los ojos.

JULIO

Debe de ser como te halla flaco de la voluntad.

FERNANDO

¡Oh, cuánto me agradan las cosas tristes! ¡Bien haya hombre tan firme y tan dichoso!

JULIO

¿Dichoso puede ser quien pierde lo que los versos dicen?

FERNANDO

¡Pluguiera a Dios que yo llorara a Dorotea!

JULIO

Parece tu deseo el de aquel tirano que, partiéndose a Roma, donde le llamaba César, encargó a un amigo que matase a Mariane, su esposa, si el César le matase a él, porque lo que tanto amaba no fuese de otro; y fué después del mismo amigo que le descubrió el secreto.

FERNANDO

Mejor estado, Julio, es el de ese amante que el qeu yo tengo. ¡Oh si pudiéramos trocar tristezas! Que él llora lo que le falta, y yo lo que tiene otro.

JULIO

No digas tal; que no es posible.

FERNANDO

Si ello es, como es, posible, ¿para qué lo dudas?

JULIO

O quieres, o no quieres a Dorotea; si la quieres, piensa bien de lo que quieres; si no la quieres, no pienses tanto en cosa que no quieres.

FERNANDO

Yo la quiero y la aborrezco.

JULIO

Es imposible.

FERNANDO

Aristóteles escribe que la hermosa Hélide tuvo amores con un etíope, y parió una hija blanca; pero que el hijo de la hija nació negro; y así, de la hermosura de Dorotea nace mi amor blanco; pero de este mismo, después, mi aborrecimiento negro.

JULIO

¿Da la razón el filósofo?

FERNANDO

No más de que vuelve después de muchos géneros la semejanza; consúltale en el libro primero de la *Generación de los animales*.

JULIO

Pienso que te contradices; porque si de la hermosura de Dorotea nació tu amor blanco, ¿quién de los dos fué el etíope, para que saliese negro el aborrecimiento?

FERNANDO

Los celos, Julio; que nunca amor se engendró sin ellos.

JULIO

¡Graciosa respuesta!

FERNANDO

Si de la posición del antecedente se infiere la consecuencia, perfecto es el silogismo.

JULIO

¿Por qué amas a Dorotea?

FERNANDO

Porque es digna de ser amada.

JULIO

Es fuerza que sea bien para que se ame.

FERNANDO

Hay mucha distancia de bien a buena; que ya sé yo del filósofo en las *Ethicas*, donde trata de los amigos, que lo que es absolutamente bueno es amable y apetecible; pero dice que el amor es semejante al afecto, y la amistad al hábito.

JULIO

Holgárame que hubieras leído, en el libro primero de los *Retóricos*, la causa por qué los amantes, en medio de sus tristezas, están alegres.

FERNANDO

¿A qué propósito?

JULIO

Dice que como los enfermos se alegran en la furia de la calentura, pensando en que han de beber, así los que aman, cuando están ausentes, cuando escriben y cuando desean, se alegran imaginando en el efecto del bien que esperan.

FERNANDO

Ya te entiendo, Julio: quieres decir que espero ver a Dorotea; pues ¿cómo se ajusta ese pensamiento al mío si la quiero porque es hermosa, y no la veo porque la aborrezco?

JULIO

No quiero responderte, sino divertirte. Oye el segundo discurso del mismo amante:

«Para que no te vayas,
pobre barquilla, a pique,
lastremos de desdichas
tu fundamento triste.
Pero tan grave peso,
¿cómo podrás sufrirle?
Si fuera de esperanzas
no fuera tan difícil.
De viento fueron todas,
para que no te fíes
de grandes océanos
que las bonanzas fingen.
Halagan las orillas
con ondas apacibles,
peinando las arenas
con círculos sutiles.
Serenas de semblante,
engañan los esquifes,
jugando con los remos
porque no los avisen.
Pero en llegando al golfo,
no hay monte que se empine
al cielo más gigante,
adonde tantos gimen.
Traidoras son las aguas;
ninguna se confíe
de condición tan fácil,
que a todos vientos sirve.
Tan presto ver el cielo
a las gabias permite,
como que los abismos
las rotas quillas pisen.
Ya, ¡pobre leño mío!,
que tantos años fuiste
desprecio de las ondas
por Scilas y Caribdis,
es justo que descanses,
y en este tronco firme
atado como loco,
del agua te retires.
No intentes nuevas tablas
ni el viento desafíes,
que ruinas del tiempo
ninguna enmienda admiten.

Mientras te cuelgo al templo,
victorioso apercibe
para injustos agravios
paciencias invencibles.
En la deshecha popa
desengañado escribe:
Ninguna fuerza humana
al tiempo se resiste.
No te anuncien las aves
tempestades terribles,
ni el ver que entre las ramas
airado el viento silbe;
no mires los que salen,
ni barco nuevo envidies,
porque le adornen jarcias
y velas le entapicen.
A climas diferentes
la errada proa inclinen
las poderosas naves
de Césares Felipes.
Antárticos tesoros
alegres soliciten,
diamantes orientales,
zafiros y amatistes.
Las armas de las popas
con generosos timbres
los montes de agua espanten
la tierra opuesta admiren
Y tú, de sólo el cielo
cubierta, no porfíes
a volver a las ondas,
de quien saliste libre.
Huye abrasadas Troyas,
siendo al furor de Aquiles
Eneas el silencio,
y la virtud Anquises.
Cuando tu dueño y mío
en esta orilla viste
saliendo de las aguas
salir a recibirme,
aun no mostraba el alba
sus cándidos perfiles,
riendo en azucenas,
llorando en alelíes,
cuando a buscar regalos
eras pomposo cisne
por las ocultas sendas
del reino de Anfitrite.
Ni temías tormentas
ni encantadoras Circes;
que ya para sirenas

era mi amor Ulises.
Y aun me vieron a veces
sus cristalinas sirtes
búzano de las perlas,
y de los peces lince.
¿Qué pesca no le truje
cuando la noche viste
de sombras estos montes,
que con mi amor compiten?
Y no en luciente plata,
sino en tejidas mimbres;
que donde vienen almas
son las riquezas viles.
No hay cosa entre dos pechos
que más el alma estime
que verdades discretas
en apariencias simples.
Ya la temida parca,
que con igual pie mide
los edificios altos
y las chozas humildes,
se la robó a la tierra,
y con eterno eclipse
cubrió sus verdes ojos,
ya de los cielos iris.
Aquellas esmeraldas,
que con el sol dividen
la luz y la hermosura,
en otro cielo asisten:
aquellos que tuvieron,
riéndose apacibles,
la honestidad por alma,
que no el despejo libre.
Ya de su voz no tienen
que dulcemente imiten
los arroyos pasajes,
los ruiseñores tiples.
No sé cuál fué de entrambos,
(bellísima Amarilis),
ni quién murió primero
ni quién ahora vive.
Presumo que trocamos
las almas al partirte;
que pienso que es la tuya
esta que en mí reside.
Tendido en esta arena
con lágrimas repite
mi voz tu dulce nombre,
porque mi pena alivie.
Las ondas me acompañan;
que en los opuestos fines

con tristes ecos suenan
y lo que digo dicen.
No hay roca tan soberbia
que de verme y oírme
no se deshaga en agua,
se rompa y se lastime.
Levantan las cabezas
las focas y delfines
a las amargas voces
de mis acentos tristes.
No os admiréis, les digo,
que llore y que suspire
aquel barquero pobre
que alegre conocistes;
aquel que coronaban
laureles por insigne,
si no miente la fama
que a los estudios sigue,
ya por desdichas tantas,
que le humillan y oprimen,
de lúgubres cipreses
la humilde frente ciñe.
Ya todo el bien que tuve
de verle me despide;
su muerte es esta vida
que me gobierna y rige.
Ya mi amado instrumento,
que hazañas invencibles
cantó por admirables,
lloró por infelices,
en estos verdes sauces
ayer pedazos hice;
supiéronlo barqueros,
enojados me riñen.
Cuál toma los fragmentos
y a unirlos se apercibe;
pero, difunto el dueño,
las cuerdas, ¿de qué sirven?
Cuál le compone versos;
cuál, porque no le pisen,
le cuelga de las ramas,
transformación de Tisbe;
mas yo, que no hallo engaño
que tu hermosura olvide,
a cuanto me dijeron
llorando satisfice:
«Primero que me alegre,
será posible unirse
este mar al de Italia
y el Tajo con el Tibre
con los corderos mansos

retozarán los tigres,
y faltará a la ciencia
la envidia que la sigue;
que quiero yo que el alma
llorando se destile
hasta que con la suya
esta unidad duplique;
que puesto que mi llanto
hasta morir porfíe,
tan dulces pensamientos
serán después fenices.
En bronce sus memorias
con eternos buriles
Amor, que no con plomo,
blando papel imprime.
¡Oh, luz, que me dejaste!
¿Cuándo será posible
que vuelva a verte el alma
y que esta vida animes?
Mis soledades siente...
— Mas ¡ay!, que donde vives,
de mis deseos locos
en dulce paz te ríes.»

FERNANDO

Dame un traslado de estas endechas, Julio; que si fueran breves, las estudiara para cantarlas.

JULIO

Las otras dos que tienes son más a propósito.

FERNANDO

¡Qué amor! ¡Qué fineza! ¡Qué verdad! ¡Qué soledad! No le ha faltado a ese amante sino beberse las cenizas de su Amarilis.

JULIO

En los pies de los ídolos de la India he visto unas urnas de oro; y preguntando lo que había

en ellas, me dijeron que las cenizas de algún indio, que porque las pusiesen al pie del ídolo, se dejaban quemar de sus ministros. Paréceme que quisieras ocupar una de éstas a los pies de Dorotea.

FERNANDO

No lo creas, Julio; sino advierte cómo parece que se hicieron los versos para descansar a los que aman.

JULIO

Y para desechar las tristezas y el temor del ánimo, como en Horacio habrás visto, donde dice que con las musas no temía el rigor de los cuidados.

FERNANDO

Remedio del amor las llama Teócrito en su *Cíclope;* y debe ser porque alivian sus tristezas quejándose, que no porque le curen; y son ejemplo los versos referidos. ¡Quién pudiera dar las suyas al aura!, como dijo Anacreonte. Pero ni el escribirlos ni el cantarlos sosegará las tempestades del mar de mis pensamientos.

JULIO

Pues el huir no fué remedio, ¿cómo lo será el acercarte? Mejor lo pasabas en Sevilla: yo pensé que te enamorabas ya de aquella de los ojos negros.

FERNANDO

¡Ay, Julio, que son heridas que se curan sobre falso!

JULIO

No le faltaba hermosura.

FERNANDO

Ni entendimiento.

JULIO

Pues ¿qué le faltaba?

FERNANDO

¿No has visto un hombre que escribe mal y quiere que un maestro le enseñe a escribir bien, que pasa más trabajo en quitarle la primera forma que en enseñarle la segunda? Pues de esta suerte no puede el segundo amor enseñar hasta que el primero olvide.

JULIO

Quiero decirte unos versos que oí en una comedia, a propósito de tus celos, de tus jornadas y de este indiano que te amartela, que, según imagino, ese despertador desvela más tu pensamiento que las gracias y hermosura de Dorotea.

«Canta, pájaro amante, en la enramada
selva a su amor, que por el verde suelo
no ha visto el cazador, que con desvelo
le está escuchando la ballesta armada.

»Tírale, yerra, vuela, y la turbada
voz en el pico, transformada en hielo,
vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo
por no alejarse de la prenda amada,
»desta suerte el amor canta en el nido;
mas luego que los celos que recela
le tiran flechas de temor de olvido,
»huye, teme, sospecha, inquiere, cela,
y hasta que ve que el cazador es ido,
de pensamiento en pensamiento vuela.»

FERNANDO

Julio, ya habemos venido; no hay sino tener paciencia y divertirnos por esos campos.

JULIO

Mejor fuera por esas conversaciones, y mirando otras cosas que tuvieran hermosura.

FERNANDO

Y ¿adónde ha de haber hermosura fuera de Dorotea?

JULIO

En todo aquello que tuviere proporción; que eso es hermosura; porque, como dijo en su *Filografía* León Hebreo, la forma que mejor informa la materia hace las partes del cuerpo entre sí misma más iguales con el todo, unificando el todo con las partes.

FERNANDO

Y ¿dónde se hallará esa unión y correspondencia?

JULIO

En muchas; que no se abrevió la mano de la Naturaleza en Dorotea.

FERNANDO

Mil veces he pensado que de lo que le sobró de la materia de que la compuso hizo después las rosas y los jazmines.

JULIO

A esa cuenta, ¿primero fué Dorotea que las rosas?

FERNANDO

No, Julio; sino que aquello cándido y purpúreo de jazmines y rosas estaba ya gastado con el tiempo, y renovóse con las sobras de los colores de Dorotea.

JULIO

¡Pobre juicio! Mejor será dejarte, que persuadirte.

FERNANDO

Julio, trátame bien, hasta que estés enamorado.

JULIO

Enviaba un villano un rocín de caza que codiciaba un grande, y decía la carta: «Ahí llevan el rocín, más flaco que cuando le vió V. Señoría;

porque está enamorado; y así, le suplico que le trate como V. Señoría quisiera que le trataran, si fuera rocín.»

FERNANDO

Pesado estás, sobre necio.

JULIO

Yo te digo lo que te importa.

FERNANDO

Y yo con Ovidio, que ninguno que ama lo conoce, y con Séneca, en su *Hipólito*, lo que tomó de él Garcilaso, cuando dijo:

«Conozco lo mejor, lo peor apruebo.»

[*Vanse.*]

ESCENA SEGUNDA

[*Sala en casa de don Bela*]

DON BELA. — LAURENCIO

BELA

Estoy contento, Laurencio, de haber conquistado la gracia de su madre de Dorotea; porque hasta tenerla, todo era inquietud y desasosiego de entrambos, y era fuerza que fuese mayor el mío.

LAURENCIO

¿Qué no quieres conquistar, si el general es de diamante y los soldados de oro? Haz cuenta que tú estabas en Madrid, y que ellas fueron a las Indias.

BELA

Cuanto se gasta es poco, respecto de lo que merece Dorotea.

LAURENCIO

Mucho merece, pero mucho se gasta. Notable oficio es la hermosura: a quien le dió la Naturaleza, no busque otro.

BELA

No es oficio, sino dignidad.

LAURENCIO

También las dignidades son oficios.

BELA

Bienes de Naturaleza se llaman, a diferencia de los de fortuna.

LAURENCIO

Los de tu fortuna poco a poco se van a los que le dió la Naturaleza a Dorotea, y tendrálos entrambos: mira si son oficio; y si digo yo bien que no han menester ir a las Indias.

BELA

Los que no la pueden gozar, pésales que haya hermosura.

LAURENCIO

Y a los que la gozaron a tanta costa, les pesa después de haberla gozado.

BELA

Nunca puede pesar tanto placer.

LAURENCIO

No hay placer que no tenga por límite el pesar, que, con ser el día la cosa más hermosa y agradable, tiene por fin la noche.

BELA

Nunca yo estuve más en las Indias que mereciendo ver a Dorotea.

LAURENCIO

Ni ella mejor que cuando te las va quitando; y acuérdome de haber leído en la historia de los Jarifes que le dijeron a aquel discreto moro que se habían descubierto algunas minas de oro en los Montes Claros, que están de aquella parte de Marruecos, y mandólas cegar aprisa y que nadie sacase oro, pena de la vida; porque si lo sabían

los cristianos, no las irían a buscar a las Indias, sino a su tierra.

BELA

Si alguna tengo, no me ha hecho daño el descubrirla; que Dorotea no me la quita con armas, sí con hermosura.

LAURENCIO

Siempre fueron las más fuertes; pues a los que más lo fueron vencieron tanto. Omfale rindió a Hércules, Briseida, a Aquiles; pues en llegando a sabios, Aristóteles adoraba a Hermia, y le compuso himnos, como usaban los griegos, tanto, que, acusado de Demófilo y Eurimedonte, se desterró de Atenas.

BELA

Luego, ¿tendrá disculpa?

LAURENCIO

De amarla, sí; de darla, no.

BELA

No se puede amar sin dar.

LAURENCIO

Ni dar sin empobrecer.

BELA

¿Porqué da Dios a los hombres?

LAURENCIO

Por que los ama.

BELA

Luego ha de dar quien ama.

LAURENCIO

Dios no puede empobrecer; que si fuera posible, dijéramos que cuando no tuvo qué dar, se dió a sí mismo.

BELA

Dime, Laurencio: ¿Platón fué un sabio?

LAURENCIO

Llamáronle divino.

BELA

Pues él dijo que todo lo bueno era hermoso; luego consecuencia es que todo lo hermoso es bueno, y lo que es bueno, digno es de ser amado; ni puede ser reprendido quien ama lo que es bueno.

LAURENCIO

¡Extremados convertibles! Pero paréceme, señor, que a ti y a mí nos hace mucho daño eso poco que habemos estudiado; pero mira, así Dios te guarde, de qué manera declaró Marsilio Ficino el pintar los antiguos el dios Pan medio hombre y medio bestia.

BELA

¿Qué fué la causa?

LAURENCIO

Como era hijo de Mercurio, significaron las dos maneras de hablar en sus dos formas: cuando verdadera, hombre, y cuando falsa, bestia.

BELA

Por buen camino me lo llamas.

LAURENCIO

No digo tal, sino que te aprovechas mal de la parte superior en tus argumentos.

BELA

No ha menèster la hermosura de Dorotea mi defensa.

LAURENCIO

No, sino tu dinero.

BELA

Friné fué una mujer de Beocia que, acusada al magistrado por la hacienda que había adquirido, se desnudó delante de aquellos senadores, que, viendo la perfección de su cuerpo, la dieron por libre; y dijo Quintiliano que más que la acción y patrocinio de los letrados, le había valido la hermosura.

LAURENCIO

No la miraron los jueces con las leyes, sino con los deseos: mejor ejemplo les diera Octaviano, que oyó a Cleopatra sin mirarla al rostro; pero, pues tú estás contento, yo pagado.

BELA

¿No lo he de estar, teniendo ya de mi parte a Teodora madre de mi Dorotea?

LAURENCIO

No por cierto; porque, si antes tenías una sanguijuela, ahora tienes dos que te chupen la sangre; y te figuro como suele un toro en el coso, a quien han echado un alano, que con la parte que le queda libre se va defendiendo; pero, echándole otro, se rinde, y con igual fatiga los lleva a entrambos colgados de las orejas como arracadas.

ESCENA TERCERA

GERARDA. — DON BELA. — LAURENCIO

GERARDA

Adonde hay voluntad, mejor es entrarse que llamar,

BELA

Oh madre mía, y qué segura la tienes!

LAURENCIO [*Aparte.*]

No la mía.

BELA

¿Cómo está mi Dorotea? Lo primero.

GERARDA

No se ha levantado, con achaques de la mala semana.

BELA

Si se la quieres quitar, ponle una calabaza en los pechos; que no lo digo yo, sino Hipócrates.

GERARDA

¿En eso se metió aquel de los *Aforismos?* La vida nos diera. Aun si fuera para mí, ya no importara; pero mejor lo hizo la Naturaleza. De eso estoy libre, gracias a Dios, y de dolor de muelas.

LAURENCIO

¿Cómo te han de doler, si no las tienes?

GERARDA

¿Cómo no riñe tu amo? Porque no es casado. Laurencio, Laurencio, esto que ahora no es, fué perlas algún día, y yo vi más de un soneto a mis dientes. ¿Pensaste que había de ser como el moro que hubo en la India, que vivió trescientos años

y de ciento en ciento le nacían dientes, y se le mudaba el cabello de blanco en negro?

LAURENCIO

Todo eso hay por acá también, sin que lo haga la Naturaleza: pero no se vive tanto.

GERARDA

Prestado lo da todo la Naturaleza.

LAURENCIO

Por poco tiempo lo fía.

GERARDA

Cochino fiado, buen invierno y mal verano; las que tuvimos primavera con gusto, pasaremos el otoño con trabajo.

BELA

Pues buena estás, madre, y bien te portas.

GERARDA

Campana cascada, nunca sana. No hayas miedo que yo sea como el moro.

LAURENCIO

Pues harto tienes de eso.

GERARDA

Casaron a Pedro con Marigüela; si ruin es él ruin es ella.

BELA

Madre, quiérote decir un secreto para confirmar las facultades nativas, que en cualquiera parte afecta y mórbida pone vigor y fuerza, aunque tú no la habrás menester para los desmayos de Venus.

GERARDA

¿Y qué es el secreto? Que sois demonios los indianos.

BELA

Toma un pedazo de oro y métele ardiendo en vino, que es poción milagrosa.

GERARDA

Ya se te ha pegado lo crespo de la lengua: poción, nativa, afecta y mórbida.

BELA

¿No ves que son los propios términos? Haz lo que te digo del oro, y bébete el vino.

GERARDA

Para comprar el vino me holgara de tener el oro; que ese licor saludable no ha menester quien le ayude; poderoso es solo.

LAURENCIO

Bien puedes hacer la experiencia con alguno de los doblones que tienes.

GERARDA

Un ojo a la sartén y otro a la gata. Eso que me ha dado don Bela, hermano, está para mi entierro; que no quiero ir al cementerio de la parroquia con un *Quirieleison* desentonado de un sacristán solo, que parece que pregona algún borrico perdido: mis cofradías tengo de llevar, y la mejor sepultura ha de ser la mía, que no quiero que me dé el agua a cielo abierto.

LAURENCIO

¿Aun muerta aborreces el agua?

GERARDA

No estoy muy bien con ella.

BELA

Hay aversiones y contrariedades naturales; y como hay simpatías, antipatías, así entre los animales como entre los hombres, y aun entre los planetas, para los aspectos infortunados o benévolos. El ciervo y la culebra se aborrecen, los cisnes y las águilas, los toros y los lobos, la perdiz y el cuervo; y entre los hombres, aborrecen los que

saben menos a los que saben más, los discípulos que salen a volar, a los maestros que los enseñaron; y de la misma suerte hay amistades por secreta naturaleza, de que muchos filósofos escriben la causa.

GERARDA

Yo no sé para qué os vais conmigo a las retóricas y habladurías; que es vender miel al colmenero: dadme para el vino, ya que no me deis el oro.

BELA

¿Con cuánto te contentas?

GERARDA

Con lo que el refrán dice: «*Un cuartillo presto es ido, una azumbre también se sume, el arroba es la que ahonda.*»

BELA

Dale ocho reales.

GERARDA

Ya se van bajando las cuerdas al instrumento: no me espanto; que *de los amores y las cañas, las entradas.* Pues en verdad que pienso mortificarme en esto de la sed; que el primero día que visitaste a Dorotea, comí con madre e hija, y si no lo has por enojo, anduve tan liberal de la taza, como de la mano a la boca hay tan pocos atolladeros, que

no salí en dos días de una cocina, aunque yo pensé que estaba en el oratorio.

LAURENCIO

Soñarías la gloria.

BELA

Ahora bien: ¿a qué vienes, Gerarda? ¿Es tuya esta visita, y de Dorotea por paraninfo?

GERARDA

De Dorotea; que yo no vengo acá por mí sola, por no cansarte con mis impertinencias. Esta memoria trajo el sastre de lo que es necesario sacar para el hábito leonado.

LAURENCIO [*Aparte.*]

Leones te despedacen.

BELA

¿Ha de haber oro?

GERARDA

No hay buena olla con agua sola. Unos galones no más, y en el jubón trencillas.

LAURENCIO [*Aparte.*]

De azotes le merecen madre, hija y tercera.

GERARDA

¿Qué dices de su madre entre dientes, Laurencio? ¿No es muy honrada y virtuosa?

LAURENCIO

No lo digo yo sino por la libertad de su casa.

GERARDA

¿Eso te admira, bobo? ¿No sabes que *no hay casa donde no haya su chiticalla?*

BELA

Yo he leído este papel, y se sacará todo como Dorotea lo manda; que todo es poco para servirla.

GERARDA

Este tu Laurencio, mayordomo impertinente, anda siempre rostrituerto, y debe de ser porque Celia no le ha correspondido como él quisiera.

LAURENCIO

¡Yo la he mirado con esos ojos! Sí, sí; hallado se había el enamorado, tierno es el mozo. *No seáis hornera so tenéis la cabeza de manteca;* que también yo sé refranes. ¡Cierto que es Celia muy linda para decirle amores! Buena era para alazán tostado... y llena de pecas.

GERARDA

Así la quieren más de cuatro; *que no hay olla tan fea que no tenga su cobertera. Nuestro yerno, si es bueno, harto es luengo; pues nadie diga de esta agua no beberé;* que suelen mudarse los tiempos.

LAURENCIO

Mudanza de tiempos, bordón de necios.

GERARDA

Así es redonda y así es blanda la luna de Salamanca.

LAURENCIO

Gerarda, Gerarda, *la mujer y el huerto no quieren más de un dueño; que la doncella y el azor, las espaldas al sol.*

GERARDA

Pues ¿qué se puede presumir de Celia y de su recogimiento? *Desde la desgracia primera, ya soy doncella.*

LAURENCIO

Haga quien hiciere, calle quien lo viere, mal haya quien lo dijere.

GERARDA

El dicho apruebo, y el propósito no entiendo; que el golpe de la sartén, aunque no duele, tizna.

BELA

Yo he escrito, madre, debajo de esta lista estos renglones. Mejor es que Dorotea vaya a sacar los recados; llevaránle el coche.

GERARDA

¡Qué astuto eres! Por no me dar algo, quieres que lo saque Dorotea.

BELA

¿Qué has menester?

GERARDA

Un manto.

BELA

Ya le escribo.

LAURENCIO

Gota a gota, la mar se apoca.

GERARDA

Gavilán de Alcaraz, mujeres, no tiene cascabeles. Laurencio amigo, *si quieres que te siga el can, dale pan.*

LAURENCIO

También, madre, dicen que *quien te gobernó, ese te enriqueció*, y debes advertir que a *quien en un año quiere ser rica, al medio le ahorcan.*

BELA

Ya está puesto el manto.

GERARDA

Póngate el rey en ese pecho un lagarto colorado.

LAURENCIO

No se le ha puesto malo tu diligencia.

GERARDA

Me voy a visitar de camino a una doncella que tiene necesidad de mí.

LAURENCIO

No debe de estar satisfecha de que lo es.

GERARDA

Hermano Laurencio, *hacer bien nunca se pierde.* Está afligida la pobrecita; que es mañana la boda, y creo que se descuidó con un paje.

LAURENCIO

¡Qué de descuidos de esos hay en el mundo!

GERARDA

Es como un oro; no sería mala para ti, pues no te agrada Celia; que a dos días de la boda, bien puede salir de casa.

LAURENCIO

La flaca baila en la boda; que no la gorda.

GERARDA

Eso me debes, que te he enseñado a hablar. Adios, don Bela. [*Vase.*]

ESCENA CUARTA

[*Sala en casa de don Fernando.*]

LUDOVICO. — DON FERNANDO. — JULIO

LUDOVICO

Ya pensé que os quedábades en Sevilla.

FERNANDO

¡Oh, Ludovico, cuán agradables son a mi deseo vuestros brazos!

LUDOVICO

Permitid que de ellos me traslade a los de Julio.

JULIO

Tanto estimo los vuestros, como los que dejáis para honrar los míos.

LUDOVICO

Nunca pensé que os hubierais detenido tanto.

FERNANDO

Dios sabe lo que me cuesta de ansias, deseos y desesperaciones.

LUDOVICO

De esa suerte mal probará con vos la ausencia, ser el verdadero Galeno de los amantes.

JULIO

Tres meses ha que salimos de Madrid; y si los amores de don Fernando fueran en alguna comedia, dado habíamos en tierra con los preceptos del arte, que no dan más de veinticuatro horas, y salir del lugar es absurdo indisculpable.

FERNANDO

Por eso es historia verdadera la mía; y más delito fué introducir las ranas Aristófanes, y en sus Anfitriones los dioses Plauto.

LUDOVICO

Yo hice lo que me mandastes el día que sucedió al que os partistes.

FERNANDO

¿Distes la cuchillada a Gerarda?

LUDOVICO

No; porque sabía que os habíades de arrepentir de haberlo mandado, como en el semblante mostráis ahora, y porque una noche que la esperaba a que pasase en casa de una vecina suya, de la misma facultad, se asomó a una ventana y me dijo: «Váyase a su casa, caballero el del rebozo; que no he de salir de la mía hasta que el Sol me lo mande y la gente me defienda.»

FERNANDO

¿Qué me decís, Ludovico?

LUDOVICO

Lo que me pasó con ella.

JULIO

¿Ahora sabes que es hechicera y sortílega?

LUDOVICO

No hay delito porque merezca una mujer herirla el rostro, porque es todo el caudal y mayorazgo que les dejó la Naturaleza.

JULIO

Si el vínculo fuera firme...

FERNANDO

Mejor es que no lo sea, porque tenga lugar nuestra venganza.

JULIO

No la pueden dar mayor a los que hicieron tiros.

LUDOVICO

¿Luego vos la tomárades con eso de Dorotea?

FERNANDO

Nunca la podré aborrecer tanto que desee verla fea: tan dulce me será siempre la memoria de su hermosura. Ni sufrirá mi alma que el tiempo saque de ella una Dorotea tan hermosa y me la ponga tan fea, ni me persuado que los años se atrevan a deslucir tanto milagro de la Naturaleza.

JULIO

Muchas conservan la hermosura largo tiempo.

FERNANDO

La reina de Rodas hizo matar a la troyana Elena de celos de su marido, teniendo sesenta años.

LUDOVICO

Lo demás que me mandastes ejecuté; y pues no habéis recibido mis cartas, por haberos ido a Cádiz y a Sanlúcar, causa de que se perdiesen, sabed, Fernando, que yo llevé vuestros papeles, digo (los que me distes) a Dorotea. Halléla en la cama, y no sin peligro, porque se había querido matar

con un diamante la noche que os partistes. Tomólos su criada Celia, habló poco; pero eso de vuestra determinación injusta, y no sin alguna lágrima, que por más que la escondía no podía negármela, porque le sucedía como al Sol cuando llueve con él, que como no se ve la nube, se ven el Sol y el agua. Despedíme, y de allí a muchos días volví a verla, ya fuera de algunas calenturas de cuyos crecimientos estaba flaca. Nunca yo me espanté que las pasiones del alma se comunicasen al cuerpo; que son muy vecinos y muy amigos. Convaleció Dorotea, hubo muletilla, tocado bajo, punto de toca los primeros días, y después algo del cabello descubierto, como que era descuido; de esta transformación resultó un hábito azul y blanco. Aquí yo la vi un dia... No querría renovaros las llagas.

FERNANDO

¿No sabéis que se están frescas?

LUDOVICO

Más hermosa mujer, no la pintó el Ticiano, aunque entre Rosa Solimana, la favorecida del Turco.

FERNANDO

¿No pudiérades decir Sofonisba, Atalanta o Cleopatra?

LUDOVICO

Esas no las pintó el Ticiano.

FERNANDO

Bien decís, que este retrato le habemos todos visto.

LUDOVICO

Suelen traer las labradoras en las tejidas encellas los naterones cándidos, y caerse algunas hojas de rosa encima de los ramilletes, que también llevan; así habéis de imaginar en su rostro sobre la nieve legítima la color bastarda.

FERNANDO

Parece que escribís versos, cuya costumbre os presta el mismo estilo para la prosa, o queréis volverme loco.

LUDOVICO

No vais aprisa al gusto; que presto le perderéis con lo que se sigue.

FERNANDO

Haréisme grande favor, porque me va la vida en aborrecerla.

LUDOVICO

Yo acudí algunas noches a ver si había moros en la costa, y vi algunos embozados, como criados que esperaban amante dueño. No fué engaño; ¡que ojalá lo fuera! En la reja estaba un hombre, conocióme Dorotea, y rióse mucho; diéronme pensamientos de acuchillarlos, y parecióme después

que cerrar luego la ventana había sido respeto. Ultimamente, yo fuí a visitarla ocho días antes que vos viniésedes (que por estar en Illescas a una novena hasta hoy no os he visto;) hallé una rica tapicería y estrado nuevo; pedí agua para pasar este susto, y vi diferente plata, y dos mulatas de buena gracia, una con una salvilla y otra con un paño de manos labrado, que con extraordinario olor de pastilla de flores, no se había contentado de la limpieza, sola: bebí un áspid en un búcaro de oro. No osé preguntar nada, porque decir a una mujer hermosa y moza que de qué tiene las galas y el adorno de su casa, es negarle la hermosura y ofenderla descortésmente en la honra.

FERNANDO

¿No os preguntó por mí?

LUDOVICO

Esta vez no me dijo nada.

FERNANDO

Pues en eso echaréis de ver la solución de lo que no preguntasteis, y descifraréis el milagro de la riqueza que visteis.

LUDOVICO

Hermano, yo os tengo de decir la verdad; no sé qué dicen de un indiano.

FERNANDO

Acabóse. ¿Para qué pintó la antigüedad al amor con un pez en la mano, y en la otra flores?

LUDOVICO

Porque es igual señor de mar y tierra.

FERNANDO

Mejor fuera pintarle con una barra de oro.

LUDOVICO

¡Oh, gran virtud la del oro!

FERNANDO

Preguntadlo a mis desdichas.

LUDOVICO

No, sino a Arnaldo Villanovano en el libro de conservar la juventud y retardar la vejez. La renovación y confortación de esta piel que nos viste, escribe que se hace con la bebida del oro purísimo preparado. No humedece, ni deseca; antes se casa con el temperamento nuestro dulcemente. Conviene a la complexión humana, y todo aquello en que va faltando, reduce a perennidad y templanza, ayuda al estómago frío, hace valiente al cobarde, confirma la substancia del corazón y expele de él toda impresión maliciosa.

FERNANDO

No paséis adelante en sus virtudes; que si esa tiene, me sacara del corazón este vicioso amor. ¿Con qué podrá restituirme lo que ha quitado, si por él he perdido a Dorotea?

LUDOVICO

Dejaron los antiguos tan oculta la manera de hacerle con perfección, que no sé que haya en España quien le prepare.

JULIO

Basta que haya quien le tenga.

FERNANDO

Con ejemplo infalible se confirma la excelencia del oro, pues estando yo en el corazón de Dorotea, donde la causaba inquietud, me arrojó de él ese caballero con dársele tomable, si no potable; que del pez pólipo se escribe que desde el anzuelo pasa por el sedal a la mano del pescador, y desde ella al corazón y le mata.

LUDOVICO

Mucho le habrá costado.

FERNANDO

Más a mí de mi sangre que a él del oro, y no hay oro como la sangre.

JULIO

Que los metales tienen espíritu fué mente platónica, y de él lo tomó Virgilio en el sexto de la *Eneida*, y lo refiere León Suavio.

FERNANDO

Espíritu debe de tener, y aun espíritus; que tales efectos hace.

LUDOVICO

Dos principios están constituídos en la naturaleza de las cosas; de los cuales se engendran todos los géneros de metales (según Levinio Lemno) en las íntimas entrañas de la tierra, que son el azufre y el azogue; aquél como padre y éste haciendo oficio de madre, produce primeramente el oro, luego la plata menos noble, y después los demás metales; y así, no debéis admiraros, Fernando, que el príncipe de ellos sea tan poderoso.

FERNANDO

¡Maldito sea, que tanto mal me ha hecho, pues por él, siendo tan frío, se engendra el oro por quien me abraso! Ya me acuerdo de su inquietud e inconstancia, y juntamente de su provecho, en que es parecido a la naturaleza mudable y bulliciosa de las mujeres, y en lo que son importantes y necesarias.

JULIO

Del azogue se ha visto que, sangrando a un hombre (que con él le habían curado del mal de Francia), salió por la vena abierta, mezclando sangre y plata en aquellos pequeños globos que parecen perlas.

FERNANDO

¡Ay, Julio, que tengo a Dorotea de suerte en las medulas de los huesos, después que adolecí de su contacto, que creo que si me sangrasen de la vena del corazón, saldría como azogue por la cisura de ella!

JULIO [*Aparte.*]

Más habías menester sangrarte de la vena de la cabeza, para que el viento y Dorotea saliesen juntos.

LUDOVICO [*A Julio.*]

Yo pienso que esta rabia de Fernando no es amor, ni este contemplar en Dorotea efecto suyo, sino que, como tocando la imán a la aguja de marear siempre mira al Norte, así la pasada voluntad tocada en los celos de este indiano, le fuerza a que con viva imaginación la contemple siempre.

JULIO [*A Ludovico.*]

De esa manera le habrá sucedido lo que suele con los espejos cóncavos, que, opuesto al Sol, por reflexión arrojan fuego, que abrasa fácilmente

la materia dispuesta que se aplica, como cuentan del espejo de Arquímedes, con que abrasó las naves enemigas; porque, reducidos los rayos solares a un punto solo, resulta de ellos este ardiente efecto.

LUDOVICO

De suerte, Julio, que el Sol es Dorotea, el espejo el indiano, y don Fernando la materia opuesta.

JULIO

La hermosura de Dorotea pasa por el cristal de los celos al amor de don Fernando; que no fuera tan ardiente si no pasara por ellos.

LUDOVICO

Aciertas, Julio, en ese pensamiento; porque todo amor, reducido a un punto de celos, abrasará la más helada Scitia.

FERNANDO

¡Ay de mí! Mal me fué ausente, peor presente: no durará mucho mi vida.

LUDOVICO

¿Y en qué la pasáis después que vinisteis?

FERNANDO

De noche leo alguna historia o algún poeta; acuéstome con miedo de que no tengo de dormir,

y sáleme tan cierto, que como a cualquiera reloj me pueden preguntar las horas; y si de cansado de la batalla de mis pensamientos (como el Petrarca dijo) me duermo un poco, sueño tan prodigiosas invenciones de sombras, que me valiera más estar despierto.

LUDOVICO

Efectos son de la melancolía.

FERNANDO

Al alba salgo al Prado, o me voy al río, donde sentado en su orilla estoy mirando el agua, dándole imaginaciones que lleve para que nunca vuelvan.

LUDOVICO

¡Qué necia jornada!

JULIO

Habéis de entender, Ludovico, que es esto con tanta tristeza, que muchas veces se me queda casi muerto de estos amorosos deliquios entre los brazos; yo le digo que, pues él sustenta, que son penas bien empleadas, como lo ha dicho en un romance que canta, que no es justo que se entristezca. Ayer estábamos en el Soto; y a este propósito le escribí un epigrama en un libro de memoria.

LUDOVICO

¿Latino o castellano?

JULIO

No, sino castellano; que latino ya no hay quien lo agradezca, que es harta lástima.

LUDOVICO

No es, por cierto; porque el poeta, a mi juicio, ha de escribir en su lengua natural; que Homero no escribió en latín, ni Virgilio en griego, y cada uno está obligado a honrar su lengua, y así lo hicieron el Camoens en Portugal, y en Italia el Tasso.

FERNANDO

Sanazaro escribió en latín poema y églogas.

LUDOVICO

También escribió la *Arcadia* y otras obras, como el Bembo, el Ariosto y el Petrarca.

FERNANDO

¿El Ariosto escribió versos latinos?

LUDOVICO

Mucio Justinopolitano cita un epitafio suyo al marqués de Pescara, que se opone diametralmente a cuantos hay escritos.

FERNANDO

Di, Julio, tu soneto, no se nos olvide.

JULIO

«No es fineza de amor entristecerse,
antes deben las penas desearse;
porque quien es discreto en emplearse,
tendrá por gloria el gusto de perderse.
Amor en posesión no ha de entenderse;
que es honra del sujeto recelarse,
y puede en esperanza aventurarse
lo que con el silencio merecerse.
Triste estará en su celoso estado
quien con amor indigno se entretiene,
pues no hay seguridad donde hay cuidado.
Del mal empleo la tristeza viene;
que cuando es el amor bien empleado,
no puede entristecer al que le tiene.»

LUDOVICO

Tú le acabaste felizmente; no como algunos, que comienzan el soneto y van bajando en estilo y pensamiento, hasta que no dicen nada. ¿Y vos no hábéis hecho alguna cosa a esta ausencia?

FERNANDO

Estos versos:

«¡Ay riguroso estado,
ausencia fementida,
que dividiendo el alma,
puedes dejar la vida!
¡Cuán bien por tus efectos
te llaman muerte viva,
pues das vida al deseo
y matas a la vista!
¡Oh, cuán piadosa fueras
si en aquesta partida

la vida me quitaras
como el alma me quitas!
Humilde Manzanares,
en tus verdes orillas
que de olmos te coronan,
de hiedras te entapizan,
una pastora vive
de partes tan divinas,
que es honra de la corte
y gloria de la villa.
Sus alabanzas cantan
las aguas fugitivas,
las aves que la escuchan,
las flores que la imitan.
Es tan bella, que tiene
envidia de sí misma,
pudiendo estar segura
que el mismo Sol la envidia;
que no la ve más bella
por su dorada cinta,
ni cuando viene a España,
ni cuando va a las Indias.
A no quererme, pienso
que al tiempo que se mira,
la hicieran sus espejos
de su cristal Narcisa.
Yo merecí quererla,
¡dichosa mi osadía!
que es merecer sus penas
calificar mis dichas.
Cuando seguro estaba
de verla y de servirla,
la poderosa fuerza
de tanto bien me priva.
Ajenos intereses
mi muerte solicitan,
cuando mis esperanzas
más verdes florecían.
Así la flor de Apolo,
al tiempo que declina,
sepulta el rojo cerco
entre sus hojas mismas;
así desmaya el ámbar
la rubia clavellina,
que el animal que pace
con pie grosero pisa.
Así del duro golpe
que el álamo derriba,
la parra que le abraza
con frágiles caricias,
desmaya la firmeza,

y el alma desasida
las rúbricas desata,
los pámpanos marchita.
A diferente cielo
el cuerpo solo obligan,
que parta sin el alma,
¡ay, Dios, qué gran desdicha!
Cuando mi amor no fuera
de fe tan pura y limpia,
su sentimiento sólo
mi muerte solicita.
Quitar que no lo sienta
quererme mal sería,
pues lo que della quiero
lo mismo me lastima.
¡Oh, sierras, que de nieve
tocadas y vestidas,
y cuyas frentes altas
las nubes desafían!
Cuando mi amor os pase,
¿cuáles serán vencidas?
¿Mis encendidas llamas
o vuestras nieves frías?
Saldré yo victorioso,
y a la pastora mía
dirá mi voz turbada
que por cantar suspira:
— Dulces pensamientos
que vais conmigo,
volveréis en el aire
de mis suspiros.
Si me acompañáis,
dejarme tenéis,
porque volveréis
más presto que vais.
Aunque porfiáis
en acompañarme,
¿por qué de matarme
vivís contentos?
Dulces pensamientos, etc.»

JULIO

Menester es, señor Ludovico, que busquéis algún entretenimiento a don Fernando, que por los pasos que va furioso, llegará presto a acabar con todo; que esto debe de ser lo que él desea.

FERNANDO

Antes ni temo mayor mal, ni deseo salir del que tengo.

«El esquivo dolor no es el que hace
la guerra que padezco, de mi daño;
que el mal no espanta al que le tiene en uso.»

Esto dijo en un soneto aquel ilustre andaluz Fernando de Herrera, y verdaderamente que, aunque le parece a Julio que puede esta imaginación mía conducirme a más desesperados términos, recibe engaño, porque más seguro estoy de no enloquecer sin Dorotea que con ella.

LUDOVICO

Encareció su hermosura.

JULIO

Yo sé que si la tuviera no la quisiera tanto.

FERNANDO

Aquí la privación es necio argumento.

JULIO

Cuando ella no sea, los celos bastan.

FERNANDO

¿Cómo la puedo yo querer por lo que la aborrezco?

JULIO

No la aborreces, sino que temes que te aborrezca.

FERNANDO

Bien sabes tú que he deseado su muerte.

JULIO

Una cosa hallé leyendo el libro tercero de Jenofonte, que me causó admiración, no lejos de este propósito.

LUDOVICO

Pues que tú la encareces, será notable.

JULIO

Díjole Armenio a Ciro que no mataban los maridos a sus mujeres, cuando las hallaban con los adúlteros, por la culpa de la ofensa, sino por la rabia de que les hubiesen quitado el amor y puéstole en otro.

LUDOVICO

¡Extraño pensamiento! Y que, mirado bien, debe de ser el primero movimiento para matarlas, como se ha visto en muchos que han sufrido la ofensa mientras ellas no estaban enamoradas.

JULIO

Prueba infalible.

FERNANDO

De amar y de aborrecer, preguntad al mismo; porque respondió Ciro que tenía dos ánimos cuando juzgaban por imposible que dejase a la hermosa Pantea; y veréis que el uno era de amor, y el otro de aborrecimiento.

JULIO

Eso es por lo que yo temo tu juicio, y más quisiera que amaras o aborrecieras determinadamente.

LUDOVICO

Esta enfermedad, melancólica por amorosa inclinación o por la posesión perdida del bien que se gozaba, llaman los médicos *erotes;* cúrase con baños, música, vino y espectáculos.

JULIO

Vino, Fernando no le bebe; música, él canta y le causa mayor tristeza; porque es como el camaleón, que sobre la color que le ponen, de aquella parece; si en tristes, triste; si en alegres, alegre.

LUDOVICO

La razón da Plinio, y no me agrada, porque dice que, por ser el más temeroso de todos los animales del mundo, pierde el color tan pronto; debiéndose atribuir a la transparencia, como sucede al vidrio.

JULIO

Hay una hierba que llaman los latinos *centum capita.*

LUDOVICO

Ese nombre le viniera bien al vulgo. ¡Desdichado del que pone la tabla de sus estudios a su depravado juicio e ignorante gusto!

JULIO

Tiene la hierba que digo la raíz hermafrodita, y como cae la diferencia a hombre o mujer, así hace el efecto; pero vaya esta mentira con las demás fábulas.

LUDOVICO

El mismo autor afirma que, por tener esa raíz Safo, aquella gran poetisa, quiso tanto a Faon Lesbio, que fué sujeto de una de las Epístolas de Ovidio.

JULIO

Si Gerarda ha descubierto esta hierba, que las tales llaman mandrágora, y la tiene Dorotea, ¿qué espectáculo, qué música, qué vino como ella misma, para que descanse mi amado preso, como dice la letrilla que ahora cantan?

FERNANDO

Antes me dejaré morir mil veces.

LUDOVICO

Luego ¿no pensáis verla?

FERNANDO

Ese día sea el último de mi vida.

LUDOVICO

En su *Convite de amor* dijo Platón que solamente se reían los dioses de los amantes perjuros.

JULIO

Alguna vez se rieron de la música de Palas, por la fealdad con que tañía.

FERNANDO

Yo pude ver a Dorotea muchas veces después que vine, y, contra todos mis deseos, salieron con victoria mis desengaños; que siempre fué valiente la honra.

LUDOVICO

Pues tomad alguna honesta ocupación.

FERNANDO

No soy inclinado a la caza, ni jugué en mi vida.

LUDOVICO

Escribid un poema, pues sabéis que os divertirá mucho.

FERNANDO

Hame quitado amor el ingenio.

LUDOVICO

Amor le ha dado a muchos que no le tenían.

FERNANDO

Y a los que le tenían le ha quitado. ¿Qué os parece que escriba?

LUDOVICO

Un sujeto grave, pues tantos capitanes españoles os darán el asunto. Poned los ojos en aquel excelentísimo soldado y duque de Alba, por la tierra, o el felicísimo marqués de Santa Cruz, por la mar; éste, Toledo invencible, y aquél, Bazán famoso; a aquél obedeció la campaña, y a éste el agua; y dedicadle a alguno de sus hijos.

FERNANDO

Soy mozo para tanta empresa.

LUDOVICO

Cuando hayáis acabado, no lo seréis; que hay mucho intervalo desde el primer diseño a la postrera lima.

FERNANDO

Más a propósito era para mis hombros débiles un sujeto amoroso, como la hermosura de Angélica.

LUDOVICO

Eso no podrá divertiros, que es lo que yo deseo; sea cosa grave.

FERNANDO

Comenzaré mañana.

LUDOVICO

Tendréis la mitad del hecho.

FERNANDO

Todos los principios son difíciles.

LUDOVICO

El fin prueba los actos; porque el fin, no sólo es a quien todo se refiere, pero lo mejor de todo, según el filósofo en sus *Físicos*.

FERNANDO

Claro está que tengo de proponer el fin en el principio: mas ¿por qué me canso, sabiendo claramente que para más que algunas endechas tristes que yo cante, no me ha de dar lugar esta pasión celosa, que como una cortina de nube se opone a toda la luz de mi entendimiento?

LUDOVICO

Yo os veré mañana, y os traeré de mi corto ingenio un sujeto que escribáis, que vestido de

vuestros versos será admirable. Quedad con Dios. [*Vase.*]

FERNANDO

¿Qué te parece, Julio, de mis fortunas? Juré a Ludovico que no vería en mi vida a Dorotea, y muérome por quebrar el juramento.

JULIO

¿Ya se te olvida lo que te dijo de la risa de los dioses?

FERNANDO

Por eso mismo me parece que no saldré con ello, pero sí con no hablarla.

JULIO

Si la ves, tú la hablarás.

FERNANDO

No lo creas.

JULIO

No haré; que ya lo tengo creído.

FERNANDO

¿Qué se perderá en que vamos esta noche a ver las puertas por donde yo entraba a tanta gloria? Esto no es ver a Dorotea; que Dorotea no es puerta.

JULIO

Y es fácil silogismo.

FERNANDO

¿Cómo?

JULIO

Toda puerta es de madera, toda mujer es de carne; luego la mujer no es puerta.

FERNANDO

Maldito seas, que en tanta tristeza me has movido a risa: ¡qué gracioso silogismo!

JULIO

A lo menos el que el indiano hace con Dorotea, está en *Dari*, y si hubiera en su lógica *Tomari*, allí estuviera el suyo, infiriéndose la conclusión de dos pronunciados, que son, el amor dando y el interés pidiendo.

FERNANDO

Ahora bien, tomaremos, por lo que sucediere, dos broqueles y dos jacos, por si fueren menester las lecciones de Paredes.

JULIO

Galán maestro, aunque siempre trae luto.

FERNANDO

Veamos siquiera esta noche la caja de aquella joya.

JULIO

¿Llevaré el instrumento?

FERNANDO

Llévale; que si se ofreciere sacar la espada, poco importará perderle.

JULIO

¿Qué más perdido que tú?

FERNANDO

Calla, Julio; que algún ingenio sagrado dijo que la lengua del amor es bárbara para quien no le tiene. [*Vanse.*]

ESCENA QUINTA

[*Calle. — Es de noche.*]

DON BELA. — LAURENCIO. — FELIPA

BELA

En entrando por esta calle, me parece que por abril estoy en alguna de la insigne Valencia.

LAURENCIO

¿De qué suerte?

BELA

Tiene diferente olor que las otras.

LAURENCIO

Téngolo por imposible, si reparases en los naranjos de donde sale azar tan diferente a estas horas.

BELA

¡Oh, Laurencio! Acuérdate de Plauto, donde dijo que hasta los perros de sus damas lisonjeaban los amantes.

LAURENCIO

Traes en la imaginación el buen olor de Dorotea; y está más viva cuanto más te acercas a su casa, que los que aman tienen todos los sentidos en la imaginación.

BELA

Esta es la reja; de día me agrada esta celosía, y de noche me enfada.

LAURENCIO

¿Por qué causa?

BELA

Porque de día impide que vean a Dorotea, que es lo que yo deseo, y de noche no me deja verla como yo querría, que es a lo que vengo.

LAURENCIO

¡Qué de requiebros habrán entrado por estos hierros!

BELA

¿Habrá con qué compararlos?

LAURENCIO

Pues ¿no?

BELA

¿Con qué, Laurencio?

LAURENCIO

Con las mismas necedades que le habrán dicho.

BELA

Yo no, sino locuras. ¿Qué hará Dorotea?

LAURENCIO

Estará pensando qué pedirte.

BELA

¡Qué palabra tan de criado!

LAURENCIO

El mercader lo diga.

BELA

Yo te digo que para lo que merece, todo es poco.

LAURENCIO

Algún día te ha de parecer mucho.

BELA

Por linda que fuera, no valiera un real, si no costara.

LAURENCIO

Eso es verdad, porque los hombres más asisten por lo que dan, que por las gracias que sus damas tienen.

BELA

¿Por qué razón?

LAURENCIO

Porque, como los jugadores, piensan desquitarse de lo que han perdido.

BELA

Una ventana han abierto.

FELIPA [*A la ventana.*]

¿Es el señor don Bela?

BELA

Yo soy, Felipa.

FELIPA

Aún no está recogida Teodora.

BELA

¿Qué hace?

FELIPA

Allí está con el rosario, dando más cabezadas que reza cuentas.

LAURENCIO

¿Y son de la jineta o de la brida?

BELA

¿Y mi Dorotea?

FELIPA

Compone un romance que quiere enviarte.

LAURENCIO

¿No lo dije yo? ¿Cuánto va que es el romance para el mercader y el estribo para tu dinero?

BELA

Habla bajo, ignorante.

FELIPA

¡Si la vieses con qué gracia está haciendo gestillos a los conceptos, compitiendo con el papel la

mano de la pluma, haciéndola más blanca la negra que está sirviéndola!

BELA

¿De tintero, Felipa?

LAURENCIO

¡Qué buen requiebro! Dile que moje en la negra.

FELIPA

Roldán anda suelto; quiero hacer que le recojan. Tú, en tanto, da una vuelta, y tendré avisada a Dorotea.

BELA

Dale este papel; que también a mí me hace el amor poeta.

FELIPA

¿Para qué traes guantes de ámbar, que hacen sospecha cuando pasas?

BELA

Tómalos tú, porque no la tengan. [*Quítase Felipa de la ventana.*]

LAURENCIO

Verdadero ha salido mi pronóstico.

BELA

¿De qué suerte?

LAURENCIO

Siempre dije que estas damas te habían de quitar hasta el pellejo; mira si ha sido engaño, pues ya te quitan los guantes, que lo parecen.

BELA

Debes de pensar que es el de Alejandro, de quien se escribe que el sudor era puro ámbar.

LAURENCIO

Fué lisonja de los escritores.

BELA

Ya sé yo que en su pluma consiste la fama de los príncipes, o buena o mala.

LAURENCIO

Cuando sea verdad, gracia es la de Alejandro, que le dió la Naturaleza a algunos animales; que los micos orientales huelen a almizcle, y de los gatos se saca el algalia.

BELA

Dorotea huele bien, naturalmente.

LAURENCIO

Por lo que tiene de gato, y al fin lo vendrá a ser de tus doblones.

BELA

¡Qué desagradable necio!

LAURENCIO

Porque no sé decir lisonjas.

BELA

¿Quieres ver el engaño en que estás?

LAURENCIO

Más quisiera no ver el tuyo.

BELA

Dorotea ¿es hermosa?

LAURENCIO

No puedo negarlo.

BELA

¿Es entendida?

LAURENCIO

Por todo extremo.

BELA

¿Tiene gracias naturales?

LAURENCIO

En cuanto dice y hace.

BELA

¿Has visto que entre en su casa persona sospechosa?

LAURENCIO

Ninguna.

BELA

¿Muéstrame amor?

LAURENCIO

Tú lo sabes.

BELA

¿Es limpia?

LAURENCIO

¿A qué propósito?

BELA

A la salud importa.

LAURENCIO

Todo lo confieso.

BELA

¿Merece ser querida?

LAURENCIO

Merece.

BELA

¿Pues qué delito es el mío?

LAURENCIO

Lo que gastas.

BELA

¿Qué es lo que gasto?

LAURENCIO

Tiempo y dineros.

BELA

Todo es mío.

LAURENCIO

Los dineros sí, el tiempo no.

BELA

¿Pues cúyo?

LAURENCIO

De tus negocios.

BELA

¿Qué me estorba a mí Dorotea?

LAURENCIO

El acudir a tus pretensiones.

BELA

Antes me alivia del cansancio insufrible de las respuestas, oyendo siempre una cosa misma.

LAURENCIO

Quien pretende sin paciencia, ¿para qué pretende?

BELA

¿También te cansa que pretenda?

LAURENCIO

No por cierto; pero no se encaminan bien los negocios con viciosos entretenimientos.

BELA

¿Ya me predicas?

LAURENCIO

Señor, señor, a pretensiones humanas, diligencias divinas.

BELA

Yo hago las que puedo.

LAURENCIO

La primera se te olvida.

BELA

¿Dirás que dejar a Dorotea?

LAURENCIO

La razón lo dice.

BELA

Habiendo leal correspondencia de su parte y tanto amor de la mía, ¿cómo es posible?

LAURENCIO

Considerando que ella te dejara a ti si se le ofreciera mejor ocasión.

BELA

No hiciera; que es mujer principal.

LAURENCIO

Sí; pero es mujer.

BELA

Las de tan altas prendas no se comprenden con ese nombre.

LAURENCIO

¿Qué prendas?

BELA

Su nacimiento noble y otras obligaciones.

LAURENCIO

Di que es señora de la casa de Dorotea, como ahora se usa.

BELA

¿Pues no hay señores de casas y solares?

LAURENCIO

Muchos; pero algunos con desollado atrevimiento se ponen ese título de los apellidos que tienen, y como nadie sale a la causa, sálense con ello; que el que es varón legítimo de su apellido, debe honrarse, y debe ser honrado por su clara limpieza; pero fingir lugares y vasallos hombres comunes sin dignidad ni oficio, provoca a risa y a escándalo.

BELA

Toda hermosura es señora de vasallos.

LAURENCIO

Y más si tiene tantos cuantos la pretenden.

BELA

¿Qué importa que pretendan, si no alcanzan?

LAURENCIO

¿Acuérdaste de que la pretendiste?

BELA

¿Cómo puedo olvidarme?

LAURENCIO

¿Qué medios pusiste?

BELA

Oro y Gerarda.

LAURENCIO

¿Hate favorecido?

BELA

¿Eso preguntas?

LAURENCIO

Y si otro la pretendiese, ¿no haría lo mismo?

BELA

No, porque estoy yo de por medio.

LAURENCIO

También lo estaba el que tú venciste.

BELA

Las leyes dicen que la posesión y la propiedad son cosas diversas y separadas.

LAURENCIO

¿Pues qué propiedad es la tuya en lo que posees con mala fe?

BELA

Yo sé que todo el oro del mundo no es ya poderoso, Laurencio, para conquistar a Dorotea.

LAURENCIO

No hablo en lo que tú mereces y ella conoce; pero el oro siempre fué oro, y Gerarda siempre será Gerarda.

BELA

Contra el oro, más oro; contra Gerarda, acero.

LAURENCIO

No es remedio el que trae más daño.

BELA

¿Qué daño?

LAURENCIO

Poner las manos en una mujer miserable.

BELA

Por lo menos quitara una embustera del mundo.

LAURENCIO

Y ¿qué importara donde quedan tantos cuya pluma y lengua andan quitando a todos con car-

tas fingidas y con palabras feas la honra que ellos no tienen?

BELA

Paréceme que vienes esta noche de mala gana: vuélvete, Laurencio; que estás impertinente.

LAURENCIO

No podré obedecerte; que no es justo que te deje solo.

BELA

Pues si has de estar conmigo, calla.

LAURENCIO

Mal hice en hablar como amigo, habiendo de callar como criado.

ESCENA SEXTA

[*Habitación de Dorotea.*]

DOROTEA. — FELIPA

DOROTEA

¿Con quién hablabas, Felipa?

FELIPA

Con el señor don Bela.

DOROTEA

¿Fuése?

FELIPA

Díjele que estaba Teodora cuidadosa, rezando, mirando y gruñendo.

DOROTEA

Y de mí, ¿qué le dijiste?

FELIPA

Que estabas escribiéndole un romance; y murmuraba Laurencio.

DOROTEA

¿Qué murmuraba?

FELIPA

Que sería alguna prosa dedicada a tus galas.

DOROTEA

Todos os habéis engañado.

FELIPA

¿Cómo?

DOROTEA

Es imposible que lo adivines.

FELIPA

¿Cosa que fuese alguna carta?

DOROTEA

No he podido sufrir más tiempo la esperanza de que Fernando se acordaría de mí.

FELIPA

Ni yo lo creyera del grande amor que te tuvo, y que tú le mereciste.

DOROTEA

¡Fuertes son los hombres!

FELIPA

Con el agravio mucho.

DOROTEA

Yo no le hice agravio.

FELIPA

Dijístele que querías agraviarle.

DOROTEA

Presente, no lo hiciera.

FELIPA

¿Qué puedes escribirle que venga a propósito en tan pacífica posesión de don Bela?

DOROTEA

Llega esa luz, y escucha.

FELIPA

Celosa está Celia de mi privanza.

DOROTEA

Todo lo ha menester para que no se entone y desvanezca; que es discreción de los señores descuidarse algunos días de los criados que quieren bien, para que teman que pueden olvidarlos; que tratarlos siempre con igualdad no es servirse de ellos, sino servirlos.

FELIPA

Bien haces en barajarnos como fueren las ocasiones de habernos menester; que salir siempre uno, es fullería de la condición y desprecio de la voluntad.

DOROTEA

Escucha unas necedades tiernas.

FELIPA

En siendo tiernas, no pueden ser necedades.

DOROTEA [*Lee*]

«¿Quién dijera, Fernando mío, la noche antes del día que te partiste, que a los dos nos sucediera

tan gran desdicha, que a mí me obligaran a darte causa, y tú la tuvieras para partirte? Crueles fuimos entrambos, pero tú más conmigo, como quien tenía más valor y entendimiento. Es la condición de las mujeres tan temerosa, y imprímese en su cobardía tan fácilmente la más mínima amenaza, que ella tuvo la culpa de mi atrevimiento. Dirás que ¿cómo no pudo mi amor aconsejarme que nos estaba mejor a los dos morir que dividirnos, y que mi madre no podía ser tan riguroso juez como yo lo fuí de mí misma? Aquí no sé qué disculpa darte, mas de que parece que me quitó con los cabellos el entendimiento. Toda fuí lágrimas hasta tu casa, tan desatinada y ciega, que entre cuantas cosas imaginé, ninguna fué tu ausencia; que si pensara que tenías amor, que te dejara libre para elegir más el remedio de la desdicha que el rigor de la venganza, antes volviera a dar a mi madre los cabellos que me quedaban, que ir a llevarte los que me había quitado. Pensaba por el camino que hallaría consuelo en tu sentimiento, y hallé mayor crueldad en tus manos que en las suyas, pues ella me castigaba por ti, y tú a mí por ella. Respondísteme con tanta severidad y aspereza, que le fué forzoso al alma esforzar mi natural flaqueza, para no perder su honra; que no hay cosa que más se la quite que los desprecios de lo que ama. Esto no puedes negar, que estuvieron presentes Julio y Celia, más admirados de tu respuesta que de la novedad del suceso que yo te refería. ¿Qué corazón de fiera con tan animosa

determinación en un instante ejecutara, con cinco años de amor, tan gran castigo? Los antiguos que escribieron ingratitudes de hombres, ¿qué memoria dejaran de tu crueldad si fueras de aquel tiempo? Lo más que me dijiste para consolar mis lágrimas fué hacerme cargo de que por mí no estabas casado, sin acordarte que ahora tienes veintidós años; mira, cruel, si te queda bastante tiempo para casarte, y si por lo mismo me estás en obligación, pues los cinco años de nuestro conocimiento te he quitado de arrepentirte. Secásteme con tu sequedad las lágrimas, con tu aspereza el corazón, y con tus palabras la voluntad; que las respuestas injustas enfurecen la humildad, obscurecen el entendimiento y alteran con tempestades de ira la serenidad del alma. Finalmente, la tuviste para partirte; pues no es esa la mayor crueldad si la comparo a tres meses de olvido, donde te habrá parecido que sería bajeza darme a entender que te acordabas de mí con escribirme. ¿Qué hubieras perdido de quien eres por saber de un cuerpo a quien llevaste el alma, dejándome en estado que aquella noche, como no tuve espada para matarme, la hice de una sortija que me diste, porque lo fuese el veneno de su diamante? Pero no quiso ejecutar mi muerte, respetando el corazón en que estabas; que, como siempre fué de cera para tu gusto, no se preció de rendir cosa tan débil, a imitación del rayo. ¡Oh qué bien me has animado para sufrir tan desesperada ausencia sin ofensa tuya! ¡Oh cómo me has entretenido con

la esperanza de verte, para no dar en las ocasiones de olvidarte! Pero bien ha hecho, porque desengañándome de tu amor, no me atormente el mío. No te hago cargo de los trabajos que he pasado por estimarte, en la salud, en la opinión y en la hacienda: de las necesidades sí, hasta ponerme en ocasión de parecerte mal por no tener que vestirme. Mas ¿para qué te hago cargo de estas cosas, cuando has de pensar que te aparté de mí para tenerlas? Y por ventura en ocasión que si ésta llega a tus manos, se la comunicarás con risa al quien se estará burlando de mis lágrimas, gloriosa de que te ha desenamorado de mí; y mentiréis entrambos, porque ni tú lo estarás, ni ella me ha vencido; y esto, no por arrogancia, sino porque es fácil consecuencia que tú no me puedes haber olvidado a mí, pues yo no te he olvidado a ti; que conforme a lo que los hombres sentís, decís y escribís de nosotras, con más facilidad os olvidamos. Y pues que yo, con tantas razones para aborrecerte, y con ser mujer, te quiero todavía, claro está que quien es hombre me tendrá el mismo amor ahora que solía tenerme, fuera de tener más que olvidar los hombres en las mujeres que nosotras en ellos, porque siempre son mayores nuestras perfecciones y gracias, acompañadas de aquella blandura natural, cariño y dulzura que mueve vuestra inclinación a nuestro deseo. No te digo que me respondas, ni que te acuerdes de mí; que esto no se hace rogando, sino sintiendo; sino sólo te suplico que no te quejes de mí en tus

versos, porque si me quitaron alguna opinión alabándome, no me acaben de destruir ofendiéndome. — *La misma.*»

FELIPA

No has dicho cosa en la carta como la firma.

DOROTEA

¿Qué te parece?

FELIPA

De tu amor y de tu entendimiento.

DOROTEA

El uno suple lo que el otro falta. [*Sale Celia.*]

CELIA

Si has leído, llegaré a hablarte.

DOROTEA

Con menos ceño, Celia; que yo no tengo causa para guardarme de ti. Esta es una carta.

CELIA

Querría preguntarte para quién es, por ser yo la estafeta.

DOROTEA

Llévate el enojo a Sevilla, por parecerte a don Fernando.

CELIA

No, señora; mas impórtame saber si le escribes; que puede ser que te hayas cansado sin causa.

DOROTEA

¡Ay Dios, Celia! ¿Es muerto aquel loco, o se ha pasado a las Indias?

CELIA

No, señora, ni Dios lo quiera; mas porque pienso que está en Madrid.

DOROTEA

¿Qué dices, necia?

CELIA

Que le han visto Bernarda y la negra bajar rebozado por nuestra calle, y a su meritísimo ayo y consejero Julio: dijéronmelo en secreto, quise certificarme, y es sin duda.

FELIPA

¿De qué te alteras? ¿Adónde vas? Detente, que anda don Bela por la calle. Déjame a mí; que si fuere necesario, yo sabré hablarle.

DOROTEA

Detenme, amor; que pues Fernando se viene, mejor es fingir descuido que mostrar cuidado.

ESCENA SEPTIMA

[*Calle*]

DON FERNANDO y JULIO

FERNANDO

Obscura noche.

JULIO

A propósito de tu intento.

FERNANDO

Deseo que me ayude su obscuridad.

JULIO

Virgilio dijo que arrojaba Caco de la boca una fumífera noche: ¿qué dijera de esta calle?

FERNANDO

A mí me parece el rocío Idalio, que dijo Pontano, la mirra del Orontes, y todas las hierbas aromáticas, sabeas, arabias, armenias y pancayas.

JULIO

El polvo de la oveja alcohol es para el lobo; pero dijo don Luis de Góngora de las calles de Madrid, que eran lodos con perejil y hierbabuena.

FERNANDO

Mejor durmiera yo en ésta que en los jardines de Chipre o entre las rosas del monte Pangeo, hibleas o elisias flores.

JULIO

Ebrios de amor llamó Filostrato en la imagen de Ariadna a los que, amando con exceso, no tienen modo ni límite en el amor.

FERNANDO

Dime, Julio: en la juventud, ¿no es la sangre más sutil, clara, cálida y dulce?

JULIO

El discreto filósofo considera el sentido de la proposición para prevenir lo que ha de responder, conceder o negar. Apostaré que quieres decir que resueltas con la edad aquellas partes sutiles, se hace más crasa y densa, y procediendo los años se muda en sequedad y frialdad. Pues no te llevo diez años; que si te reprendo, no es como viejo sino como amigo.

FERNANDO

Parece que respondes antes que te pregunten.

JULIO

Yo no me canso de que ames, sino de que no descanses.

FERNANDO

Como el Sol, corazón del mundo, con su circular movimiento forma la luz, y ella se difunde a las cosas inferiores, así mi corazón, con perpetuo movimiento, agitando la sangre, tales espíritus derrama a todo el sujeto, que salen como centellas a los ojos, como suspiros a la boca y amorosos conceptos a la lengua.

JULIO

Conozco que tienes en las venas infusa la sangre delicadísima de Dorotea, como, en el Marsilio platónico, Lisias la de Fedro; pero todos los antiguos filósofos dijeron que la ley no era otra cosa que una razón derivada de la deidad de los dioses, que manda las cosas honestas y prohibe las contrarias.

FERNANDO

¿Amo yo por ventura el mármol del otro joven, que le coronaba de rosas, y le quiso comprar al magistrado de Atenas, y porque no se le vendió se murió con lastimosas ansias? ¿Amo yo la pintura de Elena como el legado de Cayo César, o una mujer con alma y tantas gracias, que fué cuidado y particular estudio de la Naturaleza su hermosa fábrica?

JULIO

Ahora bien, éstos son males que sólo el tiempo tienen por Avicena.

FERNANDO

¿Por fuerza había de ser moro? ¿No hallaste otro médico?

JULIO

No, ¿porque quién puede curar un loco sino un bárbaro?

FERNANDO

¡Ay paredes! ¡Ay puertas! ¡Ay rejas de la cárcel hermosa de mi libertad! Quiero besaros mil veces.

JULIO

¿Los hierros besas?

FERNANDO

Aquí solía poner la mano Dorotea cuando sus hierros eran eslabones de mi cadena, y su mano argolla de cristal que los ceñía.

JULIO

Ya los puede hacer de oro, según nos dicen.

FERNANDO

¿Qué no podrá el oro, como materia prestantísima del elemento terrestre?

JULIO

Todos los cuerpos elementales, dijo Paracelso que se resolvían en su elemento: el hombre en

tierra; y usando filosóficamente de la fábula de las ninfas, la resolvió en el agua, y no sé qué dijo de Melusinas, que las dió al aire.

FERNANDO

Eso, Julio, ¿a qué propósito?

JULIO

À que se dejó al reino de amor.

FERNANDO

¿Quién es su reino?

JULIO

El elemento del fuego.

FERNANDO

Dejóle, ¡ay de mí!, para la salamandra de mi corazón.

JULIO

Eliano y Plinio dicen que un animal llamado perigono se engendra del fuego.

FERNANDO

Ese soy, Julio, que vivo y muero templando con mis lágrimas este vivo ardor que me consume.

JULIO

Allá dijo el poeta Hesíodo, que tenían larga vida las náyades: debe de serlo ya tu espíritu; y la anfibia es un animal que vive la mitad en tierra y la mitad en el agua.

FERNANDO

Todas esas fábulas son moralidades de mis penas.

JULIO

Verdaderas quieren que sean, y dan testigos, pues Draconeto Bonifacio vió tritones, y Teodoro Gaza nereidas, y en estas navegaciones y descubrimientos de las Indias vieron unos pilotos un viejo desnudo en unos riscos; y llegando a preguntarle qué tierra era aquélla, súbitamente se arrojó desde la peña al mar, y entre sus esferas de espuma se zambulló en sus ondas.

FERNANDO

Mejor se dice *sumergirse.*

JULIO

También dice el castellano *somurgujóse,* y aunque es significativo, es áspero.

FERNANDO

¡Qué neciamente me entretienes! ¿Qué hará ahora Dorotea?

JULIO

Estará con dos velas a tu retrato, haciendo oración por que su dueño vuelva.

FERNANDO

¡Oh, enemigo mío! ¿No bastaba la burla sino también con don Bela? ¿Piensas que no entiendo el equívoco?

JULIO

De ninguna manera fué con malicia lo de las velas; que fuera demasiada sutileza; y en esto debes creer que me sucedió como a los poetas, que dicen muchas veces por el consonante lo que no pensaron por el ingenio, y más cuando son legos, que es lo que llaman donados del Parnaso.

FERNANDO

¡Qué mal empleada mujer!

JULIO

Antes dicen que bien, porque el indiano, si no es muy mozo, es muy entendido; y en los diálogos del Guazo hallarás que las mujeres ignorantes aman el cuerpo, y las discretas el alma; y el Ariosto en un canto de su *Orlando* las aconseja que quieran hombres de edad, como no sean *Tropo maturi*.

FERNANDO

¡Ay de mis veintidós años y de mis veintidós mil tormentos! ¿Cuándo se han de acabar ellos o esta miserable vida?

JULIO

¿Ahora sales con eso?

FERNANDO

¡Oh mi bien! ¡Oh mi primero amor! ¡Oh mi esperanza! ¡Oh mi señora! ¡Oh mi Dorotea! ¿Cómo pudiste ser tan cruel conmigo? ¿Cómo me dijiste tales palabras, que fué forzosa obligación de mi honra perderte para siempre?

JULIO

Señor, deja por Dios esos desatinos; toma el instrumento y canta, siquiera porque diviertas tanta tristeza; que yo pienso que sabe que estás aquí, y por ventura echarás de ver si ha quedado alguna centella en las cenizas de aquel fuego, para que el fénix amor salga a segunda vida, como le pinta Lactancio, antístite de los bosques y venerable sacerdote de la luz, después que ha hecho su sepulcro o nido sobre las lágrimas de mirra, el espirante amomo, acanto y casia.

FERNANDO

Por más que haces no puedes divertirme. Sepa o no sepa Dorotea que estoy aquí, yo le quiero

decir mis locuras con estas cuerdas y cuando no me escuche no importa; que el alma se deleita con la música naturalmente.

JULIO

Así lo dijo el filósofo.

FERNANDO

¡Ay, sol mío! Sal a oírme, aunque me abrases, pues eres el mismo fuego.

JULIO

Los cuerpos celestes calientan, no porque son cálidos, sino en cuanto son de veloz movimiento y luminosos.

FERNANDO

Pero ¿cómo saldrás a oírme, aunque tengas allá mi alma que te lo advierta, si tienes también la de don Bela, que no te deje?

JULIO

Imposible es que un sujeto tenga más de una forma: si el amor de Dorotea ocupa el alma de don Bela, ¿dónde ha de estar la tuya?

FERNANDO

Allí junto a Dorotea.

JULIO

También es imposible estar la forma sin la materia.

FERNANDO

¿Quién te lo dijo?

JULIO

Averroes cuando menos.

FERNANDO

Pues tú y Averroes idos noramala, que me tenéis quebrada la cabeza.

JULIO

Canta, canta, pues has templado; no venga quien lo estorbe.

FERNANDO

Pobre barquilla mía,
entre peñascos rota,
sin velas desvelada,
y entre las olas sola;
¿adónde vas perdida?
¿adónde, di, te engolfas?
que no hay deseos cuerdos
con esperanzas locas.
Como las altas naves,
te apartas animosa
de la vecina tierra,
y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
mayor en las congojas,
pequeño en las defensas,
incitas a las ondas,
advierte que te llevan
a dar entre las rocas

de la soberbia envidia,
naufragio de las honras.
Cuando por las riberas
andabas costa a costa,
nunca del mar temiste
las iras procelosas.
Segura navegabas;
que por la tierra propia
nunca el peligro es mucho
adonde el agua es poca.
Verdad es que en la patria
no es la virtud dichosa,
ni se estimó la perla
hasta dejar la concha.
Dirás que muchas barcas
con el favor en popa,
saliendo desdichadas,
volvieron venturosas.
No mires los ejemplos
de las que van y tornan;
que a muchas ha perdido
la dicha de las otras.
Para los altos mares
no llevas cautelosa,
ni velas de mentiras,
ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó, barquilla?
Vuelve, vuelve la proa,
que presumir de nave
fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretejen?
¿Qué ricas banderolas
azote son del viento
y de las aguas sombra?
¿En qué gabia descubres,
del árbol alta copa,
la tierra en perspectiva
del mar incultas orlas?
¿En qué celajes fundas
que es bien echar la sonda,
cuando, perdido el rumbo,
erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿qué sirve fama heroica?
que nunca desdichados
sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
ramas verdes o rojas,
que en selvas de corales
salado césped brota?
Laureles de la orilla

Solamente coronan
navíos de alto bordo
que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea
por tu soberbia pompa
Faetonte de barqueros,
que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
cuando lamiendo rosas
el céfiro bullía
y suspiraba aromas.
Ya fieros huracanes
tan arrogantes soplan,
que, salpicando estrellas,
del Sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
de la vulcana forja,
en vez de torres altas,
abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes,
a la playa arenosa
mojado me sacabas;
pero vivo, ¿qué importa?
cuando de rojo nácar
se afeitaba la aurora,
mas peces te llenaban
que ella lloraba aljófar.
Al bello sol que adoro,
enjuta ya la ropa,
nos daba una cabaña
la cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
yo la llamaba esposa,
parándose de envidia
la celestial antorcha.
Sin pleito, sin disgusto,
la muerte nos divorcia:
¡ay de la pobre barca
que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre la arena,
inútiles escotas;
que no ha menester velas
quien a su bien no torna.
Si con eternas plantas
las fijas luces doras,
¡oh dueño de mi barca!,
y en dulce paz reposas,
merezca que le pidas
al bien que eterno gozas,
que adonde estás me lleve
más pura y más hermosa.

Mi honesto amor te obligue;
que no es digna victoria
para quejas humanas
ser las deidades sordas.
Mas ¡ay que no me escuchas!
Pero la vida es corta:
viviendo, todo falta;
muriendo, todo sobra.

JULIO

Paréceme, señor, que han abierto un poco de la ventana; sombra hace la luz. ¿Si está allí Dorotea?

FERNANDO

Necio, ¿cómo puede ser que el Sol no hiciera sombra con otra luz, sino mediante el cuerpo opuesto?

JULIO

Dará en Celia, y ella formará la sombra.

FERNANDO

Creo que he cantado mal, porque me temblaba la voz.

JULIO

Antes no te he oído en mi vida con tan excelentes pasos y cromáticos; divinamente pasabas en las octavas de la voz al falsete.

FERNANDO

Debes de consolarme; que mal puede tener la voz segura quien tiene el corazón temblando: cantaré otra cosa, ya que voy perdiendo el miedo.

JULIO

A lo menos porque te escuchan.

FERNANDO

¿Qué me queréis, alegrías,
si me venís a alegrar,
pues sólo podéis durar
hasta saber que sois mías?
¿De qué sirve persuadirme
que tenga gusto y placer,
pues ya no puedo tener
de dónde pueda venirme?
¿Para qué quiero alegrías
después de tanto pesar,
pues sólo podéis durar
hasta saber que sois mías?
Quien alegra sus tristezas,
arguye poco valor;
que son tristezas de amor
las más honradas finezas.
Ni yo me quiero, alegrías,
de vuestro gusto fiar,
pues sólo, etc.
Entretuviera las penas
de mi cansado vivir,
si pudiérades venir
diciendo que sois ajenas.
Decid que sois, alegrías,
de quien podáis alegrar,
pues sólo, etc.
Un tiempo alegre me vi,
que a ser triste me enseñó,
porque tan poco duró
que apenas le conocí.
Cometas sois, alegrías;
yo, donde vais a parar,
pues sólo, etc.

JULIO

No hacen señal ni de hablarte ni de llamarte; sólo pasan sombras de una parte a otra por lo que se ve abierto de la ventana.

FERNANDO

Deben de ser mis dichas, que en esta casa siempre fueron sombras. Vámonos, Julio.

ESCENA OCTAVA

FELIPA. — FERNANDO. — JULIO. — DOROTEA

FELIPA [*A la ventana*]

¡Ah, caballero!

JULIO

Vuelve, que te llaman.

FERNANDO

La voz desconozco.

JULIO

Ya todo será diferente.

FERNANDO

Y todo será en daño mío.

JULIO

Como hay nuevo corregidor, habrán mudado las varas.

FERNANDO

¿Quién me llama, y qué es lo que me manda?

FELIPA

Una dama que se ha alegrado mucho de oíros, os suplica que cantéis otra vez aquello de la pobre barquilla.

FERNANDO

No querrá el dueño, porque no ha tenido tanto peligro en alta mar como llegando al puerto; pero cantaré, por serviros, el estado en que se halla, que no es muy dichoso, porque debí a esta casa el que tuve alegre; que aquí vivía una dama, tan dulce sujeto de mis pensamientos, cuanto ahora triste.

FELIPA

Y vive ahora, porque nació en ella y no ha tenido otra.

FERNANDO

Dijéronme que se había pasado a las Indias.

JULIO

¡Qué bien dicho, aunque no para en la calle!

FELIPA

¡A las Indias! Pues ¿a qué efecto?

FERNANDO

Como eso muda el tiempo y puede el oro.

FELIPA

Los cuerpos muda la fuerza y violencia de la fortuna, no las almas.

FERNANDO

Es imposible que sin el alma se mude el cuerpo.

FELIPA

Estáis engañado; porque donde no va la voluntad va el cuerpo solo, como quien lleva luz en una linterna, que alumbra la calle y obscurece la persona.

JULIO

No he oído cosa tan aguda.

FERNANDO

Esa razón me ha muerto.

FELIPA

Pues yo, ¿qué os he dicho?

FERNANDO

La luz que pasa por la linterna es por medio de la puerta, que es hecha de materia tan indigna, que por ella se significa el mayor agravio de la honra.

JULIO [*Aparte*]

¡Qué bien dijo la *madera* de que se hacen linternas y tinteros!

FERNANDO

Pero quiero hacer lo que me mandáis; que me ha deslumbrado mucho la linterna, porque no hay cosa que ofenda más los ojos, si es descortés el que la lleva.

Gigante cristalino
al cielo se oponía
el mar con blancas torres
de espumas fugitivas,
cuando de un tronco inútil
cuyas ramas solían
hacer dosel a un prado,
que fué de un rayo envidia,
tenía Fabio atada
su mísera barquilla,
los remos en la arena,
la red al sol tendida.
Ya no repara en nada;
que quien de sí se olvida,
grandes memorias tiene,
que a tanto mal le obligan.
Baja fortuna corre,
poco la vida estima
quien todo lo desprecia
y a todo se retira.
Que despreciarlo todo
es humildad altiva,
acción desesperada,
que no filosofía.
Mas tanto pueden tristezas
de pasadas alegrías,
que obligan, si porfían,
a no estimar la muerte ni la vida.
Las atrevidas ondas
que a conquistar subían
por escalas de vidrio
las almenas divinas,
abrieron una nave
desde el tope a la quilla,

sembrando por las aguas
velas, jarcias y vidas.
Y dijo: «Si estuvieras
atada a las orillas,
como mi barca pobre,
vivieras largos días...
¡Dichoso yo, que puedo
gozar pobreza rica,
sin que del puerto amado
me aparte la codicia!
La soledad me mata
de un bien que yo tenía,
no los palacios altos,
ni el oro de las Indias.
Cuando anegarse veo
las naves, y las dichas,
consuelo en las ajenas
la pena de las mías.
Mas tanto pueden, etc.
Memorias solamente
mi muerte solicitan,
que las memorias hacen
mayores las desdichas.
Para regalo tuyo,
Amarilis divina,
cuando la aurora rayos
redes al mar tendía,
sacaba yo corales,
que, como se corrían
de verse con tus labios,
más finos parecían.
A tus hermosas manos
llevar también solía
los peces y las perlas
en una concha misma.
De mi cabaña humilde
las paredes suspiran,
adonde yo gozaba
tu dulce compañía.
Y en tantos desconsuelos
quiere el amor que sirvan
en esperanzas muertas
estas memorias vivas.
Mas tanto, etc.

DOROTEA [*Aparte a Felipa desde dentro*]

¡Ay, Felipa! ¿Quién será esta dama? Que me abraso de celos.

FELIPA

Mira que puede oírte.

DOROTEA

Temblando me está el corazón; estoy por llamarle.

FELIPA

Tu madre ha conocido la voz, y está mirando, aunque finge desatención, la inquietud de tus acciones y el desasosiego de tus movimientos.

DOROTEA

¡Ay, Felipa, que somos Fernando y yo como la voz y el eco! El canta, y yo repito los últimos acentos.

FELIPA

Creo que andas por que te vea.

DOROTEA

¿Puede ignorar su alma que la mía le escucha?

FELIPA

La prima que se le quebró ha puesto, y a cantar vuelve.

FERNANDO

Tan vivo está en mi alma
de tu partida el día,
que vive ya mi muerte,
no vive ya mi vida.

Nunca del pensamiento
un átomo se quitan
las luces eclipsadas
de tu postrera vista.
Así las azucenas
por la calor estiva
entre las hojas verdes
las cándidas marchitan.
Así la pura rosa
que vió la dulce risa
del alba, con la noche
la púrpura retira.
Trocado muerte habemos,
siendo en mis ansias vivas
tu vida la que muere,
mi alma la que espira.
Intento consolarme
con ver que, fugitiva,
parece que me llamas,
y que a partir me animas.
Mas tanto pueden desdichas,
que obligan, si porfían,
a no estimar la muerte ni la vida.»

FELIPA

Yo os prometo, caballero, que el poeta de esas endechas escribe de lo más crespo.

FERNANDO

Antes de lo más peinado.

FELIPA

Levantan ahora los nuevos términos a la lengua.

FERNANDO

Testimonios.

FELIPA

Bien parece lo realzado.

FERNANDO

Si se entendiese.

FELIPA

O se escribe verso o prosa.

FERNANDO

Sentencia y belleza bien pueden estar juntas; que son como discreción y hermosura.

FELIPA

Yo no quiero argüir con vos, que sería descortesía y atrevimiento.

FERNANDO

Yo no os he visto en esta casa, pero me persuado que cuanto hay en ella es entendimiento.

FELIPA

Favorecéis al dueño; pero decidme cómo.

FERNANDO

Porque son tantos los que aquí le han perdido, que le tendrán hasta las esclavas que le hubieren hallado.

FELIPA

No será a lo menos el vuestro, pues le mostráis tan grande.

FERNANDO

No habla aquí mi entendimiento, sino mi desdicha, y todos los desdichados son discretos.

FELIPA

Yo he visto necios desdichados.

FERNANDO

Serán dos veces necios.

FELIPA

Con las gracias que vos mostráis aquí, aunque no os veo el talle, por la sombra de la noche, tengo por imposible que a lo menos en una cosa dejéis de ser dichoso.

FERNANDO

¿En qué, por vida vuestra?

FELIPA

En ser querido.

FERNANDO

Cuando fuera así, que yo tuviera algunas gracias, ¿qué cosa más contra mí para ser correspondido?

FELIPA

Pues los méritos, ¿no son el fundamento del amor?

FERNANDO

Como quisiere la fortuna.

FELIPA

La fortuna, ¿no compite con la Naturaleza?

FERNANDO

No, porque siempre la derriba.

FELIPA

¿Qué llamáis fortuna?

FERNANDO

Riqueza.

FELIPA

Méritos conquistan.

FERNANDO

Sí, pero no conservan.

FELIPA

Quien deja lo que tiene por gusto, quéjese de sí mismo.

FERNANDO

Así lo hago yo, que por eso canto cosas tristes; pero yo os prometo que no pude dejar de dejarlo. Pero ¿qué me importa, si lo que dejé no me deja?

FELIPA

Si otra noche venís por aquí, no traigáis lamentaciones.

FERNANDO

Acabadlo vos con mi tristeza; que por hacerla mayor, he buscado entre los versos que sé de memoria los que mejor se aplican a las que tengo.

FELIPA

Paréceme que ese pescador lamentaba alguna prenda muerta: ¿por dónde se aplica a sentimiento vuestro, pues la tenéis viva?

FERNANDO

Porque lo mismo es tenerla ausente, aunque se diferencian en que los ausentes pueden ofender y los muertos no; y este pescador lloraba la más hermosa mujer que tuvo la ribera donde nació, más firme, más constante y de más limpia fe y costumbres.

FELIPA

Parece aprobación de libro.

JULIO

Tres hombres rebozados te han escuchado en la esquina con alguna inquietud, y pienso que, pues suenan los broqueles, tocan a pesadumbre.

FERNANDO

Pues dame el mío, y arrima esta guitarra a esa reja.

ESCENA NOVENA

DON BELA. — DON FERNANDO. — JULIO. — FELIPA
LAURENCIO. — DOROTEA

BELA

Este debe de ser el sevillano de quien siempre nos cuenta Dorotea tantas gracias.

LAURENCIO

Si las demás lo son como la voz, será perfecto en todas.

BELA

Dame, por tu vida, más celos de los que tengo.

LAURENCIO

Esto no es para darte celos, sino para quitártelos.

BELA

Si los celos nacen de las gracias ajenas, ¿cómo se han de quitar encareciéndolas?

LAURENCIO

Sabiendo un hombre dejar el campo libre al que las tiene, pues le dan lugar para que las ejecute.

BELA

¡Hermosa cobardía! Reconocerle quiero; porque si la cara y el talle desdicen de la voz, este es el mejor camino para perder los celos.

FERNANDO

¿Qué es lo que miran? ¿No pueden pasar sin reconocer? ¡Qué gentil cortesía!

BELA

No vengo a ser cortés, sino a echarle de esa puerta.

FERNANDO

Si trae esa determinación, a buen tiempo viene.

FELIPA

¡Ay, señora, que se matan!

DOROTEA

Don Bela y don Fernando son.

FELIPA

Y Julio y Laurencio.

DOROTEA

Saca una luz a esa ventana; que el corazón se me sale del pecho por ayudar a Fernando.

FELIPA

¡Oh qué mal dicho!

DOROTEA

¡Oh qué bien hecho! Ayudadle, corazón animoso, o no digáis que sois mío.

CORO DE CELOS

DÍCOLOS DÍSTROFOS

¡Oh celos, rey tirano!
¡Oh bastardos de amor! ¡Oh amor villano!
¡Oh guerra del sentido!
¡Oh engaño a la verdad, puerta al olvido!
¡Oh poderosa ira,
que en sombra amor por accidentes mira,
con miedo del agravio,
furia del necio y necedad del sabio,
que con tu propio daño
presumes engendrar el desengaño!
¡Cuerpo que el aire finge,
enigma que propone fiera esfinge,
substancia y diferencia,
que resultas del acto y la potencia,
de amor que desconfía,
fuego abrasado y calentura fría!
Por ti la bella Elena
suspensa puso fin a tanta pena.
Antíope por Dirce
y en las ondas del mar Scila por Circe
por Zéfalo gallardo,
la esposa que mató sangriento dardo,
por quien la blanca aurora
tierno maná sobre las flores llora
tu imagen formidable
sin causa en mil tragedias fué culpable.
No pases de recelos;
que si llegas a ofensa, no eres celos.

FIN DEL TOMO I

INDICE

LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA

POR

ALFONSO DANVILA

Serie de novelas históricas que han obtenido un éxito de público y crítica que hace recordar el de los «Episodios Nacionales», de Galdós. Reflejan estas novelas una de las épocas más turbulentas de nuestra historia: el período comprendido entre la muerte de Carlos II y el triunfo de los Borbones.

NOVELAS PUBLICADAS:

	Pesetas
El testamento de Carlos II............	5,—
La Saboyana.........................	5,—
Austrias y Borbones.................	5,—
El primer Carlos III.................	5,—
Almansa..............................	5,—
La Princesa de los Ursinos...........	5,—
El Archiduque en Madrid. Dos tomos.	10,—
El congreso de Utrecht...............	
El triunfo de las lises..............	
Aun hay Pirineos.....................	